La Esfera

Año VII * Núm. 344

Precio: Una peseta

TESORO BIBLIOTECA MADRID

LA MADRINA, cuadro de Bartolomé Mongrell Muñoz, que figuró en la reciente Exposición Nacional

(c) Ministerio de Cultura 2016

PARÍS Y BERLÍN
Grand prix et Medailles d'Or

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan siempre esta marca y nombre BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna.

Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas
A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues devuelve al cabello, *sin teñirlo*, la substancia que le da vida y color, haya sido *rubio, negro* ó *castaño*. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha. Se usa lo mismo que el ron quina.

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos) Por su calidad superfina, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Naturales, Rosados, Rachel claro y Rachel obscuro.

CREMAS marca BELLEZA *(líquida ó en pasta espumilla)*. Ultima creación de la moda. Blancura, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).

LOCION BELLEZA Para el cutis. La mujer y el hombre deben emplearla para la juventud natural del rostro y firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con *arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, asperezas, manchas, etc.*, á las 24 horas de usarla la bendicen. Evita el crecimiento del vello. Es inofensiva. Delicioso perfume.

TINTURA WINTER Marca belleza. Con una sola aplicación desaparecen las canas; *cabello, barba* ó *bigote*, hermoso castaño ó negro. Es la mejor y más práctica.

PELÍFERO BELLEZA (vegetal) Detiene inmediatamente la caída del cabello. Hace renacer el cabello á los *calvos*, por *rebelde que sea la calvicie*. Cabeza sana y limpia de *caspa*.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En **Buenos Aires, A. García y C.ª**, calle Cerrito, 393.—En **Habana**, droguería de **Sarrá**.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cía., Badalona (España).

J. C. WALKEN

F O T Ó G R A F O

16, Sevilla, 16

Durante el veraneo es una delicia escribir a sus amigas con la pluma "Ideal" WATERMAN

De venta en todas las papelerias Pídase catálogo a E. Hassinger Seccion 4 Balmes 75 BARCELONA

Misterios de la Policía y del Crimen

PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN

Lea Ud. los viernes la revista ilustrada **NUEVO MUNDO**

40 céntimos número en toda España

Salsa LEA & PERRINS

Da un picante muy agradable y un olor estimulante, á la CARNE, PESCADO, SOPA, AVES DE CAZA, QUESO, ENSALADAS, etc.

Fíjense en la firma en blanco
Lea & Perrins
sobre la etiqueta roja de cada botella.

La verdadera y original WORCESTERSHIRE SAUCE.

PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

"LA ESFERA" "MUNDO GRÁFICO" "NUEVO MUNDO"

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono S-9

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	40 pesetas
» »	Seis meses.....	22 »
» »	Tres »	12 »
EXTRANJERO.....	Un año	60 »
»	Seis meses.....	35 »
PORTUGAL.....	Un año	45 »
»	Seis meses.....	25 »

Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	15 pesetas
» »	Seis meses.....	8 »
EXTRANJERO.....	Un año	25 »
»	Seis meses.....	15 »
PORTUGAL.....	Un año	18 »
»	Seis meses.....	10 »

Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	19 pesetas
» »	Seis meses.....	10 »
EXTRANJERO.....	Un año	30 »
»	Seis meses.....	16 »
PORTUGAL.....	Un año	22 »
»	Seis meses.....	12 »

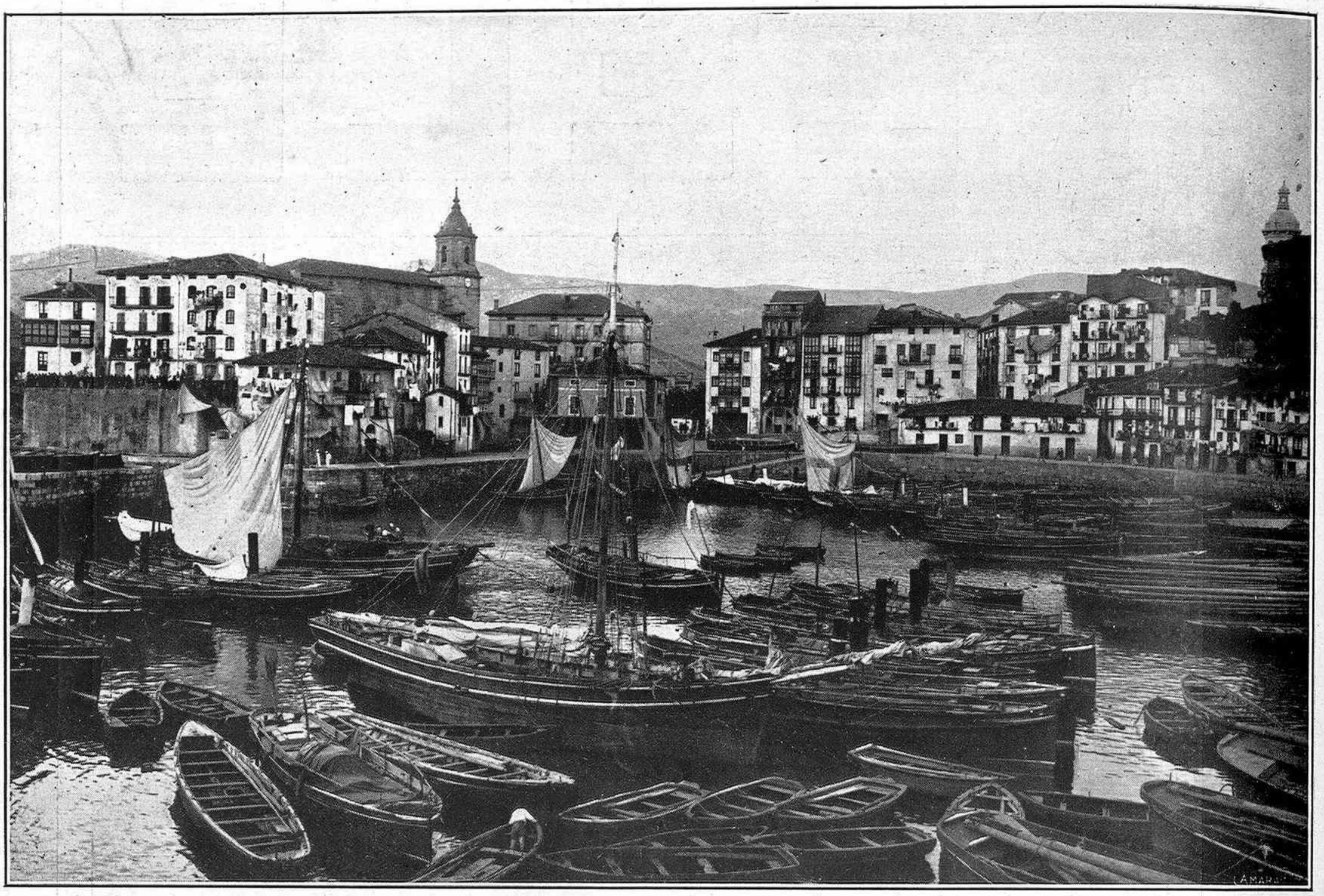
(c) Ministerio de Cultura 2006

PEELE

ROSALIMA, notabilísima y aplaudida canzonetista FOT. KAULAK

© Ministerio de Cultura 2006

PANORAMAS DE ESPAÑA



Pintoresca vista del puerto de Lequeitio (Vizcaya) FOT. TORCIDA

NO HACE SALIR EL PELO

pero lo conserva y evita
que se caiga, el

ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO

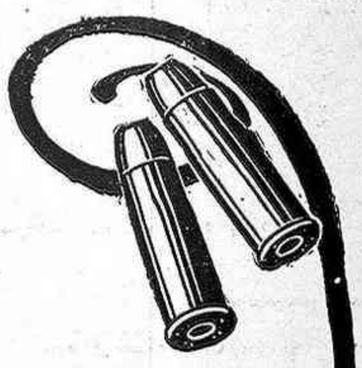
Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid

TINTAS
LITOGRÁFICAS Y TIPOGRÁFICAS
DE
Pedro Closas
ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS
Fábrica: Carretas, 63 al 71 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

LA BIEN PAGADA
ÚLTIMA NOVELA
DE
"El Caballero Audaz"
:-: EN TODAS LAS LIBRERÍAS :-:

TAPAS
para la encuadernación de
La Esfera
confeccionadas con gran lujo
Se han puesto á la venta las correspondientes al primer semestre de 1920
De venta en la Administración de
Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57,
al precio de 5 pesetas
Para envíos á provincias añádanse 0,45 para franqueo y certificado

Remington UMC

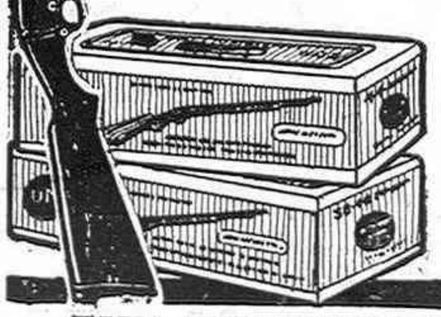


Rifles y Cartuchos
calibres 38 y 44

Entre los aficionados al deporte de la caza hay demanda para un rifle de tamaño mediano y precio módico, que a la puntería certera reuna la propiedad de hacer segura la presa. El rifle de repetición Remington UMC, de once tiros, calibres 38 y 40 y el calibre 44, son inestimables para el uso general. Exactos hasta una distancia de 200 yardas.

Remington UMC
La Marca Preferida

Solicite esta marca a los comerciantes en su localidad.



Se envía catálogo a quien lo solicite. Se ruega al interesado que escriba su dirección con claridad.

REMINGTON UMC

C-1

THE REMINGTON ARMS UMC COMPANY
233 Broadway Nueva York

(c) Ministerio de Cultura 2006

FUNDADORES DE ESTADOS

CHILE — BERNARDO O'HIGGINS

DERROTADOS los patriotas chilenos por las tropas del virrey Abascal en la funesta jornada de Rancagua (Octubre de 1814), dispersáronse los restos del ejército libertador, y, salvando la cordillera de los Andes, lograron la mayor parte de los fugitivos hallar refugio en las provincias de Cuyo, que pertenecían á la República Argentina.

No se dieron por vencidos los emigrados chilenos y, firmes en su propósito de conseguir en día no lejano la completa independencia de la patria chilena, organizaron en Mendoza, bajo el mando del ilustre caudillo argentino D. José de San Martín, un numeroso ejército destinado á reconquistar á Chile, arrebatándolo definitivamente á la dominación de España.

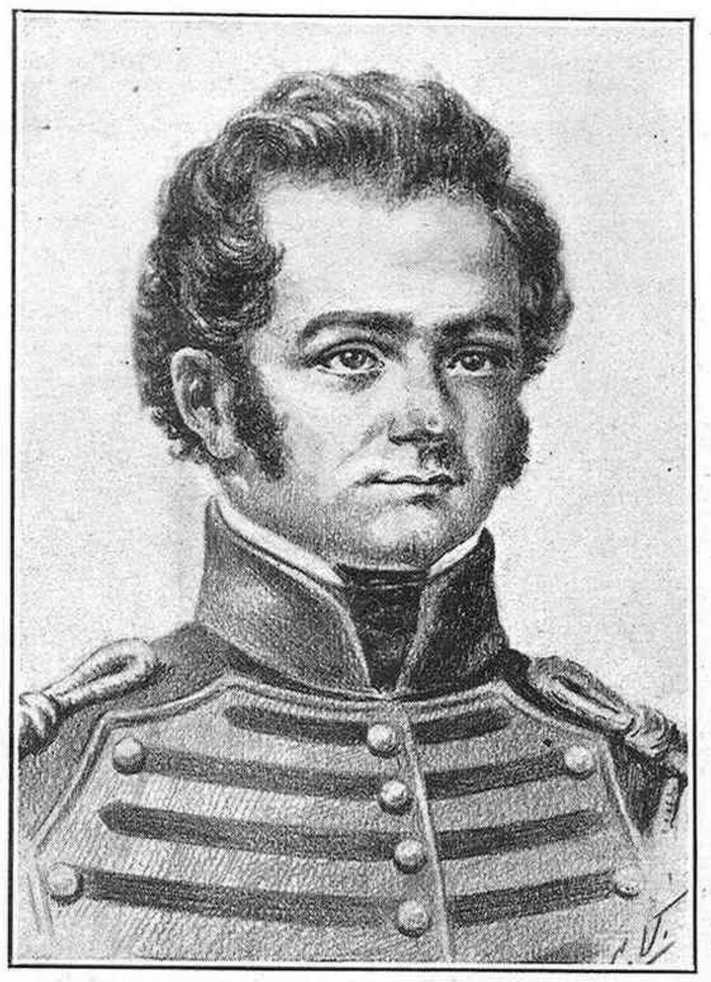
En los primeros meses del año 1817, aquel núcleo de patriotas, denominado *ejército de los Andes,* bajo el mando de San Martín, atravesó la cordillera, y derrotando á los españoles en la sangrienta batalla de Chacabuco (Febrero de 1817), entró triunfalmente en Santiago.

El caudillo chileno D. Bernardo O'Higgins, que tanto se distinguiera en esta campaña, fué nombrado director supremo de la nación, mientras las fuerzas españolas se retiraban á Talcahuano, y la independencia de Chile se proclamaba al año siguiente.

ooo

Bernardo O'Higgins, primer jefe del Estado chileno, era hijo del virrey del Perú D. Ambrosio O'Higgins, y había nacido en Chillán en 20 de Agosto de 1776. A los quince años fué enviado á Europa para terminar su educación, instalándole, al efecto, en una modesta pensión de los alrededores de Londres, permaneciendo en la misma por espacio de tres años. Durante su permanencia en la capital inglesa contrajo estrecha amistad con el venezolano Francisco Miranda, quien inculcó á nuestro biografiado las ideas de independencia de que, andando el tiempo, había de ser uno de sus más decididos campeones.

A mediados de 1802 embarcó O'Higgins para Chile, al objeto de posesionarse de los bienes de su



BERNARDO O'HIGGINS

padre, fallecido en el año anterior al disponerse á embarcar para España.

La posesión de sus cuantiosos bienes no mitigó en el joven O'Higgins las ideas de libertad que para su patria anhelaba. A dicho fin, no tardó en tomar parte en una sedición militar en Santiago, que fué sofocada fácilmente, siguiendo á partir de esta fecha una larga serie de algaradas políticas que, si bien fueron favorables para la causa de la libertad de Chile, fomentaron lastimosamente entre los patriotas las rivalidades iniciadas al principio de la lucha por la independencia.

El desastre de Rancagua, que puso nuevamente á Chile bajo la soberanía de España, demostró á los directores del movimiento lo funesto de aquellas ambiciones. La victoria de Chacabuco, en la que tanto se distinguió O'Higgins, decidió la independencia de Chile, nombrándose á aquel general director supremo de la nación, por la Junta de Notables reunida en Santiago.

La llegada de refuerzos españoles obligó al director á una nueva y gloriosa campaña para las armas chilenas; pues las tropas de la metrópoli fueron definitivamente derrotadas, perdiéndose aquella rica colonia de España.

Pacificado temporalmente el territorio, dedicó O'Higgins sus iniciativas á la creación de la marina chilena, organizando al efecto una escuadrilla republicana, que prestó su valioso concurso á la causa de la libertad de Chile, privando á los españoles de recibir los auxilios de que tan necesitados estaban.

El envidiable talento militar de O'Higgins no fué, desgraciadamente, secundado por sus dotes de gobierno; pues la desacertada elección de sus ministros provocó la indignación del pueblo chileno y fué causa de su caída.

El general Freire, al frente de un motín militar, obligó al director á privar á sus favoritos de toda participación en el Gobierno. En 28 de Enero de 1823 se nombró en Santiago una Junta que exigió á O'Higgins la abdicación, partiendo voluntariamente á su destierro del Perú.

Algunos años más tarde, reintegrado por el Senado de Chile en todos sus honores y grados militares, disponíase á regresar á su patria cuando le sorprendió la muerte en Lima en 24 de Octubre de 1842.

CARLOS URBEZ

CARDUI
EL TÓNICO DE LA MUJER
El Tiempo ha demostrado su eficacia

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.
BAUME BENGUÉ
Curacion radical de
GOTA-REUMATISMOS
NEURALGIAS
De venta en todas las farmacias y droguerias.

CALVACHE
FOTÓGRAFO
Carrera de San Jerónimo, 16

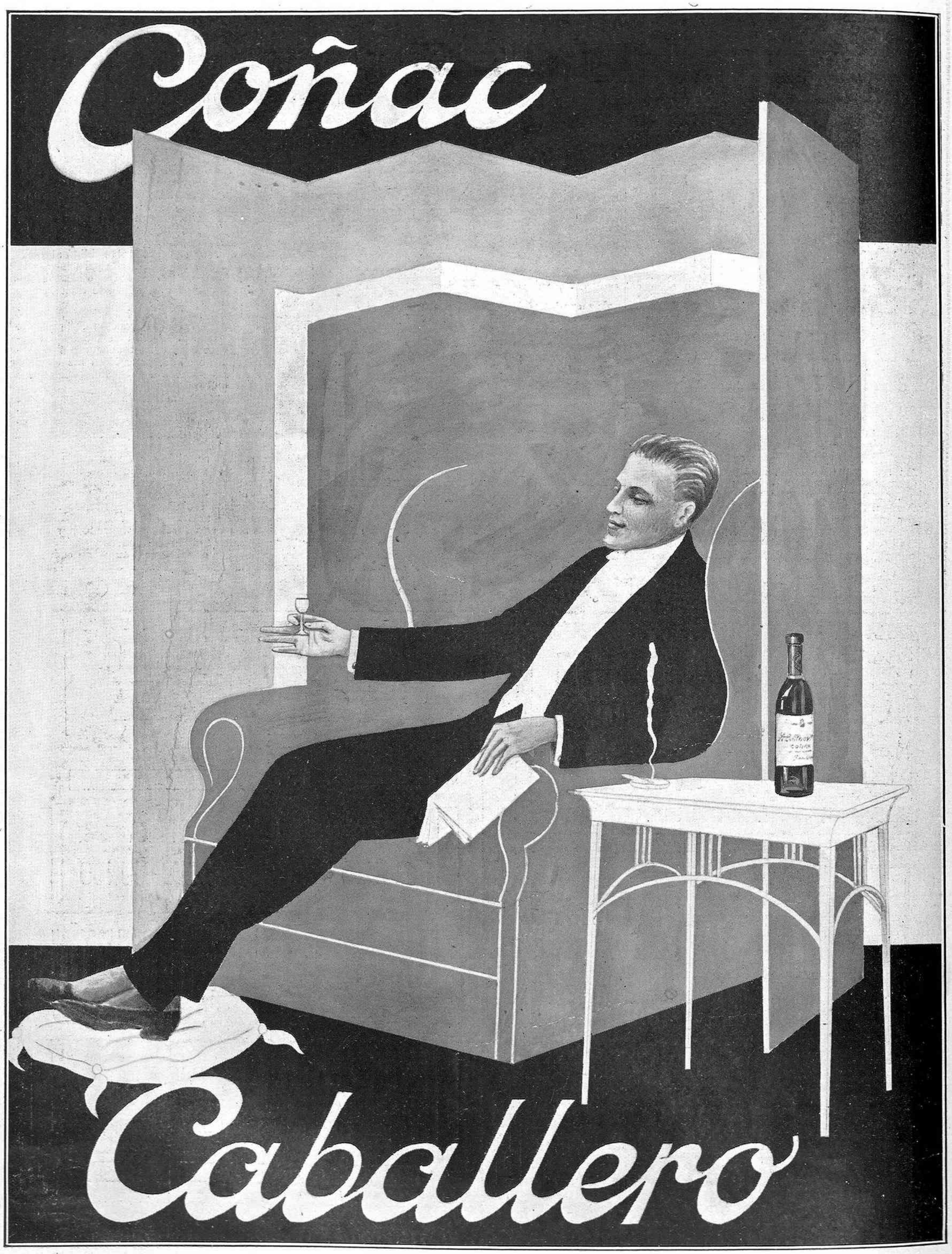
Sucursal de LA ESFERA
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO
LIBRERIA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6, MADRID
FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97
Se remite á provincias y Extranjero toda clase de libros, y gratuitamente el Boletín bibliográfico

Probad la Hepalina para el Estreñimiento la Indigestión y todos los demás desórdenes del Estómago y del Hígado . . . .

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á Hermosilla, número 57.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Coñac



Caballero

(c) Ministerio de Cultura 2006

La Esfera

Año VII.—Núm. 344

7 de Agosto de 1920

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

LA ADORACIÓN

Cuadro original de Gerardo David

© Ministerio de Cultura 2006

DE LA VIDA QUE PASA

EL AMOR A LAS CIUDADES

Los hombres más tocados de ese demonio intelectual, padre de goces y placeres, que se llama «amor á lo diverso», guardan casi siempre en el fondo del alma un gusto extático por algunos parajes ó formas de vivir. Esta simpatía, como tantas otras, toma á veces el violento aspecto del odio, y vive con ardor más fructífero en quienes, por intransigencias de la personalidad ó por la distancia, parecen menos arraigados á los paisajes patrios, que en los falsos tradicionalistas, perezosos é indiferentes, poco preocupados de contrastarlos y proyectarlos con el anhelo, cuando no con el esfuerzo, hacia un devenir mejor.

El campo, la ciudad, la fauna, con esas particularidades que, recíprocamente, son creadoras y criaturas de los lugares donde viven, inspiran al hombre sensible un cariño, hijo de abstracciones desinteresadas y padre de un sentimiento concreto; y así se quiere á una región, á un bosque ó á una ciudad, con cariño exorable ó exigente, susceptible y necesitado de correspondencias, del mismo modo que se querría á una mujer.

El amor á los paisajes extraurbanos exige una percepción más aguda; la variedad fluctúa entre límites menos distantes y recorre una gama de suaves matices difícil de aislar. Esta forma del amor exige, pues, naturalezas complejas, almas afiladas y en éxtasis; mientras que en el amor á la urbe ama el hombre algo de sí mismo, y proyecta, por la tradición ó por la inducción del esfuerzo humano, hacia esas dos zonas que de continuo tienen estrangulado al fugitivo presente, el pasado y el porvenir. La ciudad, obra del hombre, le sirve de espejo multiforme para reconocerse, y de aquí que su cariño por ella pierda el carácter franciscano y angélico, para convertirse en pasión. La ciudad es un organismo vivo, palpitante, humano; es la suma de millares de concupiscencias, de millares de aspiraciones; y cien atonizadas ansias que en su pequeñez individual serían invisibles, surgen al sumarse á la vista del observador menos sagaz. ¿Quién no ha sentido vivir la ciudad cual una gigante querida? ¿Quién no ha participado de sus exaltaciones, de sus desfallecimientos, de sus deseos turbios y oblicuos, de su sensualidad primaveral, del orgullo algo vano de su prosapia y de su confianza en el futuro?

Amantes de ciudades pueden citarse á cientos. Rodembach cantó á Brujas como á una novia flamenca; en los relatos de W. Irwing late un hondo amor á Granada; bajo los paseos eruditos de G. Cain, poco cuesta descubrir una forma nueva del múltiple amor que París ha sabido siempre encender. La ciudad mima cual nodriza, acoge cual mujer joven, cuya caricia compensa los sinsabores de la lucha, y calma y ordena después los recuerdos, á manera de benévola anciana...

Su alma es femenina y su cuerpo vive. Tal calle es su arteria central; tal plaza, su corazón; tal remanso florido, su sonrisa; tal colina, su frente, coronada de pensamientos; tal barrio fétido y obscuro, el órgano imprescindible para la vida, en donde se fraguan tantas veces los pensamientos de la frente y las galas del florido remanso. De este modo, la ciudad adquiere para su galán un supremo sentido de feminidad, y poco á poco se destilan en los coloquios y en los monólogos del amor las mismas ideas y palpitaciones que suelen determinar el ritmo pasional entre el hombre y la mujer.

Y hay castidad ó lujuria, idolatría ó amor claro, que no abdica del sentido crítico. El amante de ocasión estimará los atractivos un poco violentos que se logran á expensas de algo interno y puro; elogiará el carácter, lo pintoresco; se pasmará ante los negativos esfuerzos, por oponer al caudal del tiempo alguna de esas peculiaridades que fueron antaño, al florecer, cifras de gracia; relacionará siempre, con egoísmo de gozador, las cualidades y defectos con su capacidad inmediata de placer, y procederá, en fin, con esa adulación ó esa tiranía de quien mendiga ó usurpa. El otro, por el contrario, buscará en las piedras doradas por el sol vespertino, anuncio de nuevas auroras; evocará en los parajes propicios los recuerdos, para hacer de ellos trampolín hacia los días claros é invisibles que alumbrarán la ciudad cuando ya él no pasee por entre sus calles, y en cada mirada á las perspectivas, que se transforman mientras él va también transformándose, parecerá decirle, con anhelo de enamorado jamás ahito:

«Mejora, no te detengas en aquel punto en que mi juventud, al coincidir contigo, embelleció todo; rejuvenécete, ya que yo no lo puedo lograr; sé más viva, más de tu tiempo, más suave y perfecta, mientras yo me voy de tu seno hacia la Muerte.»

De este modo místico parece hablarle á la ciudad de Madrid, tan adulada y explotada por algunos llamados madrileñistas de esos de cariño chulesco, calumnia agasajadora, leyenda manida é insulsas historias de vecindad, un madrileño ejemplar, D. Luis Bello, desde las páginas de *Ensayos é imaginaciones sobre Madrid*. Un amor de pureza y aspiración fluye de este libro, que va á buscar las raíces ciudadanas de la villa y corte, se asoma á las cimas nevadas de la Sierra, penetra la idiosincrasia de sus hombres, llora incapacidades, desentraña posibilidades y causas, y se detiene con temblor de elegía ó de epitalamio ante bellezas del ayer y bellezas de siempre, inadvertidas para tantos. Libro de amor, pero de amor pudoroso, en el que las más trémulas sensualidades se velan con los cendales del ideal, es éste, sin duda, uno de los mejores sobre Madrid escritos. Su autor es uno de esos, en apariencia desarraigados, de que se habló antes. No esperéis hallarle nunca con capa terciada ó con cualquier otro uniforme de madrileñista, en esos sitios de Madrid donde unos cuantos farsantes se obstinan en sintetizar la vida, por fortuna, varia de la villa. No lo oiréis lanzar cohetes de retórica verbenera desde las columnas de los periódicos. Cuando ha escrito acerca de su ciudad, lo ha hecho con el conocimiento profundo y el anhelo profundo de un enamorado.

Yo le he visto alguna vez, al volver la esquina de una calle, no importa si moderna ó antigua, dejar retrasada la mano para acariciar sosegadamente, con una de esas caricias blandas que lo mismo complacen á la joven, á la anciana y á la niña, la arista familiar de piedra que el tiempo suavizó y destruirá.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

MUJERES QUE VALEN

PILAR MILLÁN ASTRAY — DIBUJO DE JOSÉ CLARÁ

Aun cuando pertenece á una época en que las mujeres acaparan triunfos académicos y hacen sus estudios en la Universidad, esta mujer sólo ha hojeado el libro de la vida y sólo frecuentó la escuela del mundo.

Las vicisitudes y azares de la existencia, primero entre sus padres y hermanos, luego en su matrimonio y, por último, en su viudez, fortalecieron su alma y dejaron en su memoria las huellas de todo lo gozado y de todo lo sufrido: un caudal inmenso de imágenes y sensaciones.

Hace algunos meses que, por vez primera, se le ocurrió escribir un relato novelesco. Lo envió á un concurso. Triunfó. Desde entonces compuso cuarenta novelitas y diálogos, algunos de los cuales vieron la luz en las más famosas publicaciones ilustradas, y la mayoría forma el volumen rotulado *Todo amor*, que acaba de aparecer.

Sus figuras se mueven y sus escenarios se dibujan con ligereza y con gracia superficial, pero se destila de su clara sencillez un sentimiento profundo. Muchas veces brota de una de sus frases una lágrima ó una sonrisa.

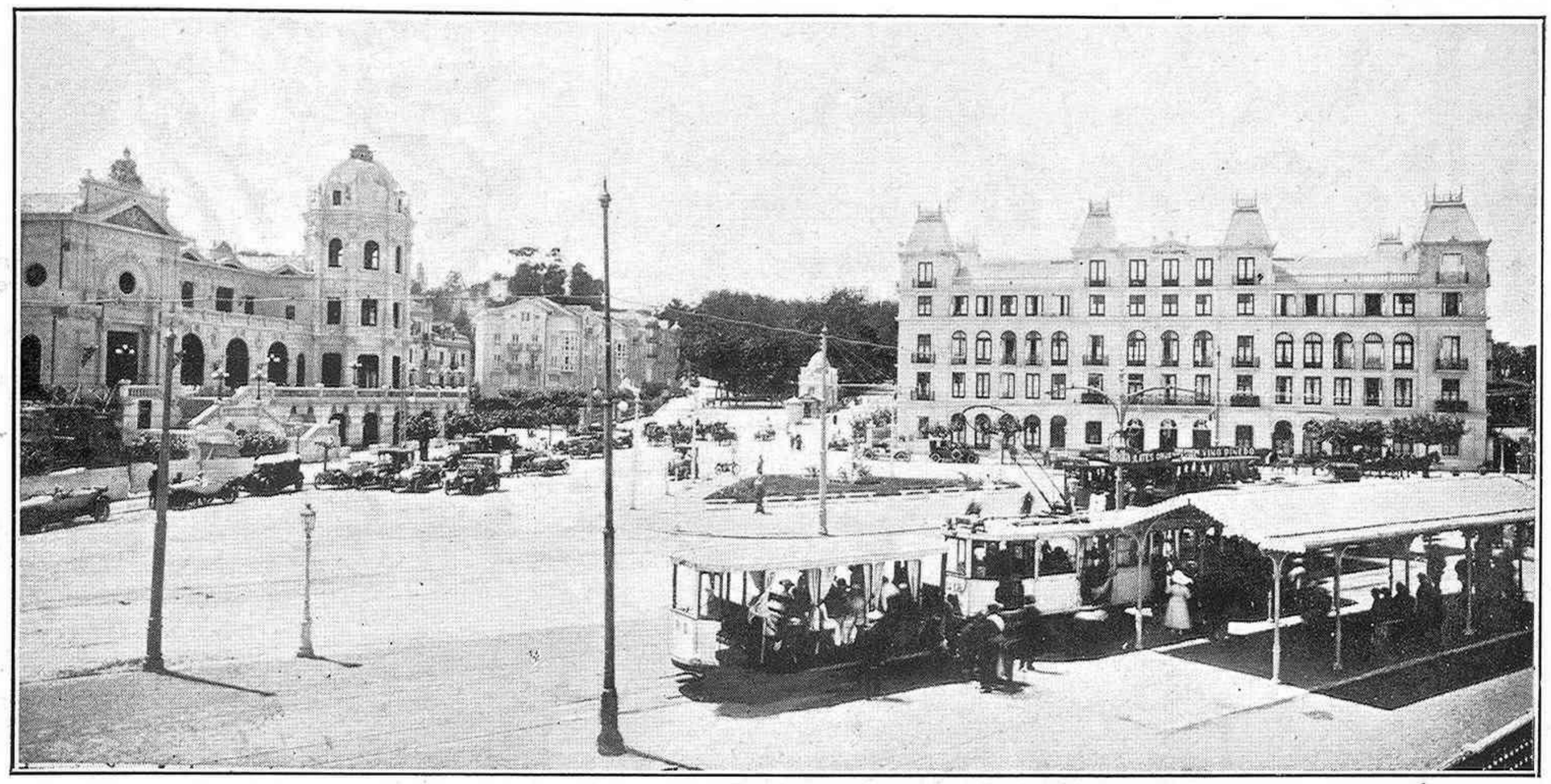
Su estilo es «facilidad, lozanía, optimismo». Pilar Millán Astray escribe como habla, como si hasta el presente nadie hubiera escrito. Leerla es oirla; es mantener una conversación interesante con una persona que vivió mucho y saca de la vida gratos ejemplos.

No se deja seducir por las minucias psicológicas ni por las inscripciones interminables que nos abruman en tantos libros; va derecho á su asunto como un cuentista del siglo XVIII; confía en la imaginación de sus lectores, y obra en esto muy cuerdamente, porque los detalles nimios emborronan las figuras, las situaciones y los paisajes. A un sincero narrador le basta, para conseguir su propósito, un trazo fácil y firme.

(c) Ministerio de Cultura 2006

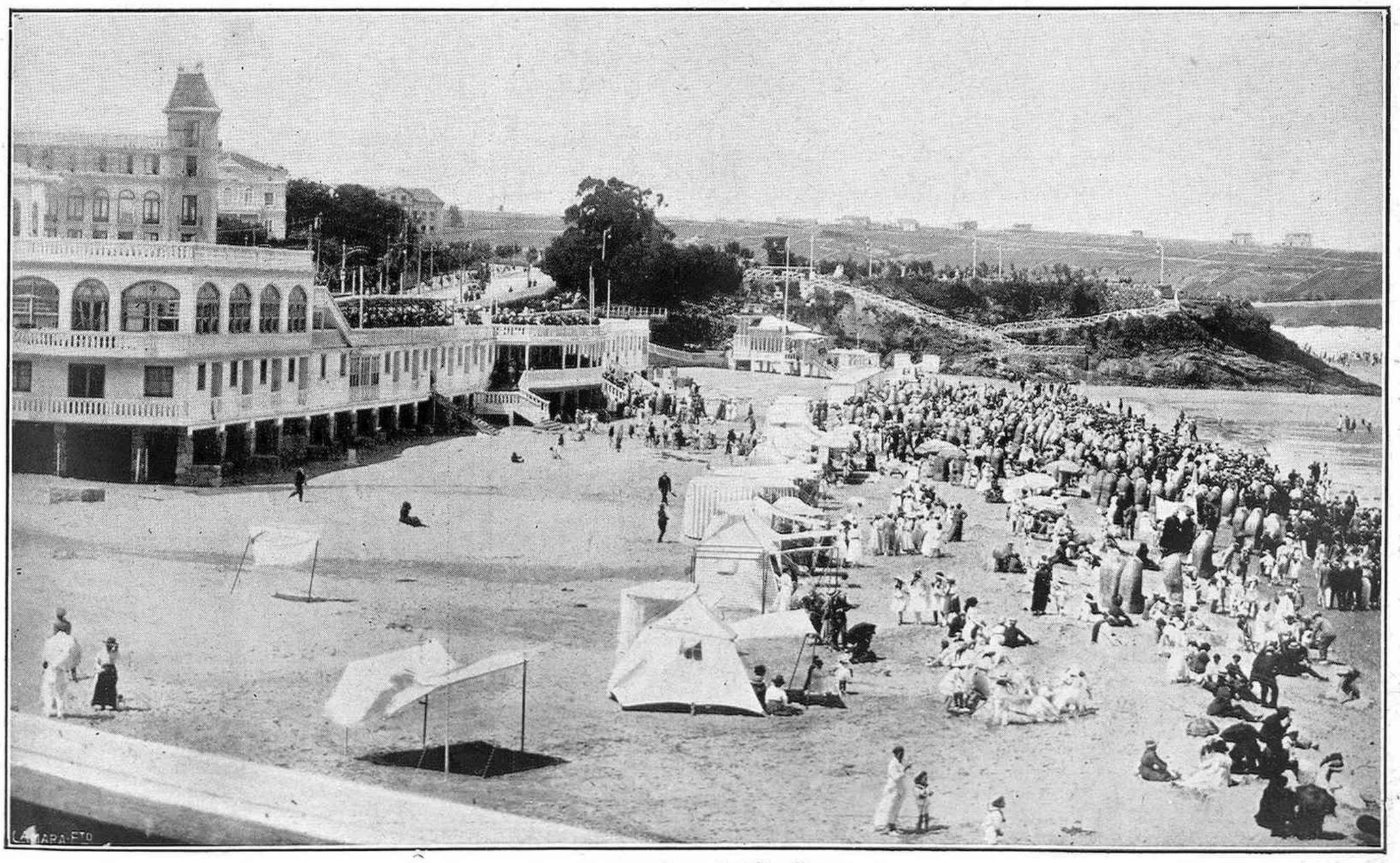
EL VERANEO EN SANTANDER

LA PLAYA DEL SARDINERO



Vista tomada desde el balneario del Sardinero, en la que se destaca el Casino y el Gran Hotel

Una simple ojeada á las adjuntas fotografías basta para informar al lector de los progresos admirables realizados por el Sardinero en pocos años. Suntuosos hoteles, que en punto á *confort* y decorado nada tienen que envidiar á los mejores de las más famosas playas francesas, inglesas y belgas; lindísimas *villas,* rodeadas de frondosos parques edificados por aristocráticas familias santanderinas y madrileñas; paseos espléndidos y avenidas umbrosas, desde los que se atalaya el majestuoso Cantábrico, y sin cesar oreados por las confortantes brisas marinas, y como complemento de todo ello, el soberbio Casino, de elegantísima traza, dotado de cuantas comodidades pueda apetecer el veraneante de mayores exigencias, y en cuyo elegante teatro y vasta sala de fiestas alternan para amenizar la *villégiature* las mejores compañías extranjeras y españolas, con los artistas más eminentes. Por tales razones, la colonia veraniega aristocrática aumenta de año en año, siendo el actual numerosa cual ninguno.

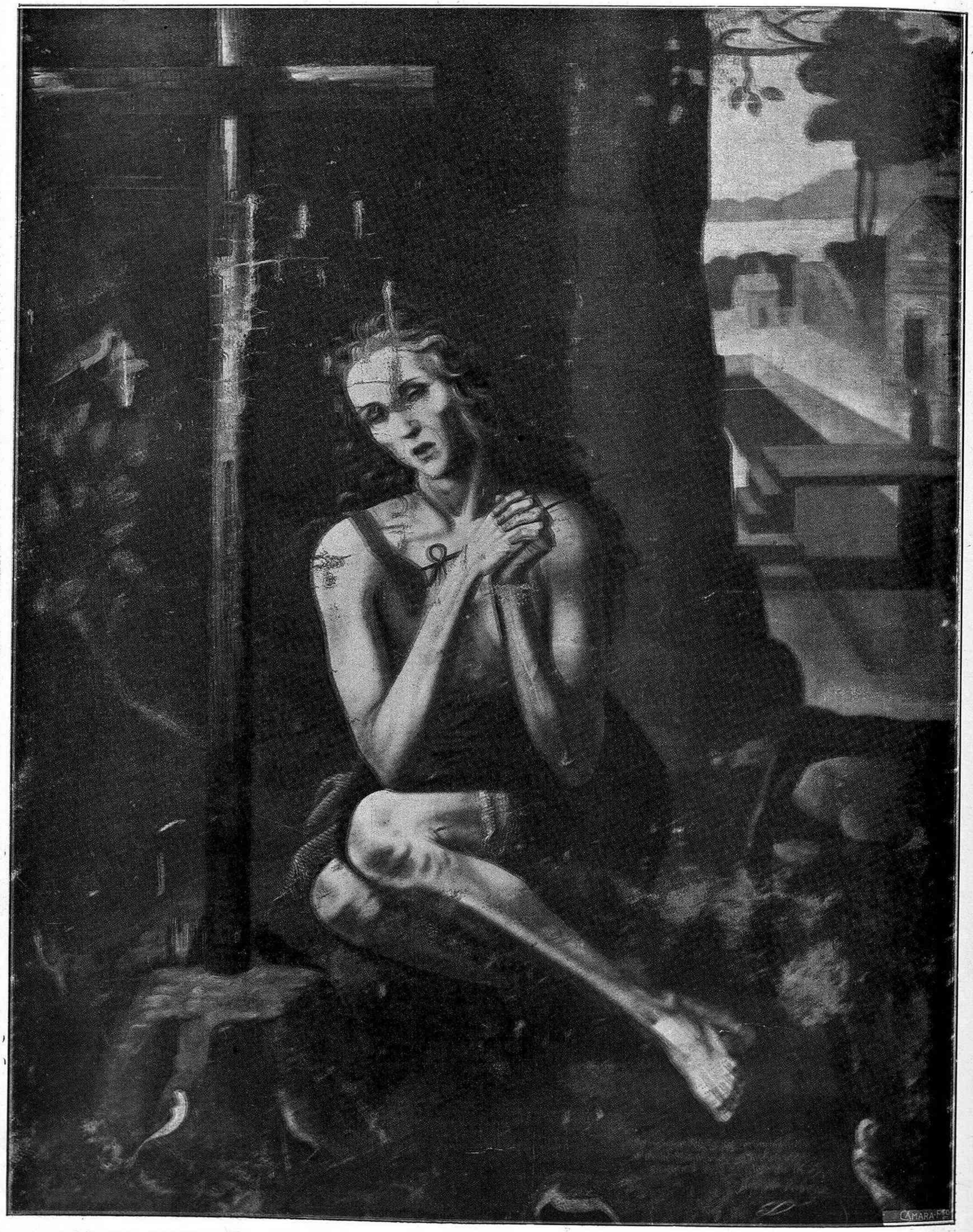


La primera playa del Sardinero

FOTS. ARAUNA

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA PINTURA ANTIGUA



SANTA MARIA EGIPCIACA, cuadro atribuído á José de Ribera, propiedad de Juan Main

(c) Ministerio de Cultura 2006

:-: TEMAS :-:
ARTÍSTICOS

¿UN CUADRO DE RIBERA?

"D. Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar"

"El glorioso pintor José de Ribera", grabado original de Dujardin

He aquí una obra extraña é inquietante que remueve aspectos de la vida española pretérita y que habrá de suscitar alguna discusión entre competentes, profesionales y aficionados de las bellas artes.

Viene del fondo de América. Retorna, tal vez, al cabo de tres siglos después de ser pintada. Y frente á este lienzo piadoso, animado de aquella obsesión hórrida que informa parte de la pintura realista del siglo XVII, sentimos curiosidad, propicia á la investigación y alentada por el misterio.

Es un cuadro de grandes dimensiones y respetado en aquel estado que el tiempo y el olvido de sus anteriores poseedores le fueron dejando. Representa una mujer, ya de cierta edad, con los cabellos grises y el cuerpo—demacrado por el ayuno y los voluntarios tormentos—mal cubierto por una tela áspera y harapienta. Recluída en una gruta, y al pie de una tosca cruz de madera, enclavija sus manos y se estremece toda en éxtasis doloroso de fervor. A la izquierda se aparece, como una dulce evocación del mundo renunciado para siempre, un paisaje claro y armonioso, con aguas, árboles, montes, cielos y vagos edificios. Orla las tres cuartas partes de la composición, y termina precisamente en la superior de la salida de la gruta hacia el mundo, una graciosa y suelta enramada donde se posan deliciosas figuras de pajarillos, hechos con minucioso candor y sabio detenimiento de primitivo. Quizás en la sombra voluntaria de la creación, é involuntaria por el descuido en que se tuvo luego la obra, se agitan otros animales. Por de pronto, surge un conejo graciosamente sentado á la entrada de la gruta.

Prescindiendo de los detalles, accesorios dotados de un encanto suave y armonioso, la figura de la penitente, que alguien ha titulado *María la Egipciaca,* es de una grandeza impresionante. Está expresada la exaltación mística, la tranquila locura de los ermitaños con un vigor, con una energía y, sobre todo, con un sentimiento extraordinarios. El alma se sobrecoge y turba viendo esa mujer flaca á quien conmueve el fuego íntimo de los deliquios celestiales. La cabeza es un prodigio de expresión entre el aborrascamiento de los cabellos grises, con los ojos húmedos en las cuencas orbitarias y entrecerradas por un espasmo cruento. Las mejillas, demacradas hasta insinuar la calavera; la boca entreabierta, en un lamento ó en una oración, y por los brazos y las piernas rígidas, en una violenta tensión muscular, el artista hizo alarde de sus conocimientos anatómicos.

La pintura española, que ha tenido particular complacencia en asuntos de este género, pocas veces alcanza tal grado de perfección y pocas veces también muestra tan clara la influencia italiana que vino á espiritualizar la nativa fiereza, el áspero naturalismo de nuestros maestros de los siglos XVI y XVII.

Si la composición armónica y el firme dibujo hacen de este cuadro algo notabilísimo y excepcional, no lo es menos por la finura de su colorido, la pródiga riqueza de recursos cromáticos hábilmente ponderados y valorados que en él resaltan. El vigor junto á la delicadeza, el ímpetu al lado de la ternura, el escrupuloso detallismo en contraste con la pincelada amplia. Y todo ello empapado en esa luz inconfundible de las obras maestras.

Ahora bien, ¿quién es el autor de esta *María la Egipciaca?*

En la parte inferior del cuadro hay la siguiente inscripción: *Esta copia dedico respetuosamente al Excmo. Marqués de Guadalcázar. En Roma á... de Agosto de 1629. Joseph Ribera.*

¿Qué quiere decir esta inscripción? ¿Es copia de un cuadro original suyo hecha por el propio Ribera? ¿Lo es de una obra ajena? ¿Escribió el mismo *Españoleto* esta dedicatoria?

He aquí un tema interesante para los eruditos, para las especialidades en el estudio de la pintura antigua. Nosotros nos limitamos á contemplar el cuadro sin afirmar nada concreto. Personas más autorizadas habrán de decirlo con mayor seguridad. Pero sí queremos añadir algunos comentarios que puedan ayudar previamente á ese juicio.

□□□

Esta *María la Egipciaca* ha sido adquirida en Cuzco, la más antigua ciudad de América, la que fué capital del Imperio incaico y que somnolece ahora entre los viejos edificios del período colonial, los más remotos palacios de los Incas y su templo de las *Virgenes del Sol.*

Explicable la existencia de este cuadro en la ciudad sagrada sí recordamos que el año 1629, en que fué firmada la dedicatoria, era D. Diego Fernández de Córdoba, primer marqués de Guadalcázar, virrey y capitán general de Nueva España y del Perú, y haberse hallado en poder de los descendientes de los Sousas y Alfonso, en quienes continuó la casa de Guadalcázar.

A D. Diego Fernández de Córdoba, conde de Posadas, además de marqués de Guadalcázar, sucedió su hijo D. Francisco Antonio, caballerizo mayor de Felipe IV, y muerto en 1650. Sus dos hijas, D.ª María de la O y D.ª Ana, murieron solteronas. Pasó entonces el marquesado á un tío de ellas, D. Luis Fernández de Córdoba, teniente general de Caballería del Perú, y luego, en 1671, á D.ª María Francisca, hermana de don Francisco Antonio, á quien heredó su nieta Francisca, y á ésta su hija Francisca María, extinguiéndose con esta señora la línea de los Fernández de Córdoba, y la casa de Guadalcázar continuó en la de los Sousas, antes citados.

Es curioso observar que el nombre del pintor español no aparece en este cuadro como en casi todos los suyos, *Jusepe de Ribera, español,* sino *Joseph de Ribera.*

Pero recuérdese que también firmó el *Españoleto* alguna de sus obras de esta última forma, como por ejemplo, la *Inmaculada Concepción,* hecha para las religiosas de Monterey—*Joseph de Ribera, Español Valenciano*—y la *Aparición de Cristo á sus discípulos—Joseph de Ribera, Hispanus Valentinus.*

En 1629 José Ribera se hallaba en la plenitud de sus facultades y en la plenitud de su gloria. Estaban muy lejos los primeros años de miseria en Italia, cuando dibujaba las estatuas antiguas y erraba por las calles «pobre y desnudo», como dice Cea Bermúdez, durmiendo en las puertas de los templos y de los palacios, alimentándose con mendrugos de pan.

Entonces es rico, vive pródigamente, pertenece á la Academia Reomane; la leyenda le atribuye episodios ostentosos, como el de aquel criado que le daba los pinceles y le decía las horas. Su esposa hacía la vida de las grandes damas napolitanas. Sus obras llenaban los templos y los palacios de Italia y de España. Felipe IV enviaba á los virreinatos de América, como dones espléndidos, algunas de esas obras...

Y el pintor, lleno de gloria, de orgullo y de riquezas, se complacía en pintar los ascetas mugrientos y flacos, las penitentes como *Santa María Egipciaca,* del Museo de Montpellier, *vieille femme maigre et décharnée, a demie nue, a la beauté disparue depuis longtemps, a l'expression extatique, priant, les bras croisés, un morceau de pain et une tete de mort.*

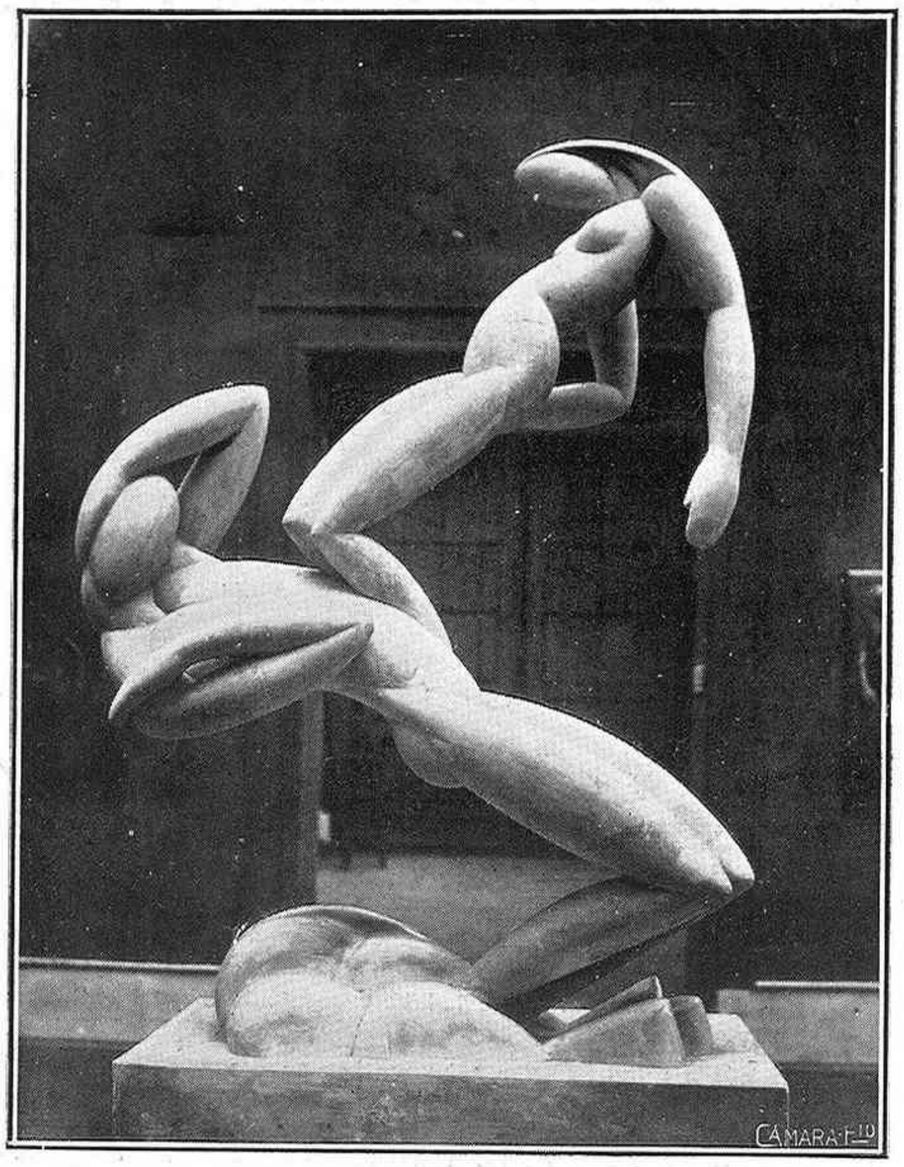
Y acaso también esta otra *María la Egipciaca,* á la cual se podrían aplicar las anteriores palabras de Paul Lafond, el gran crítico francés que ha estudiado á Ribera con una comprensión y un amor profundos.

FORTUNIO

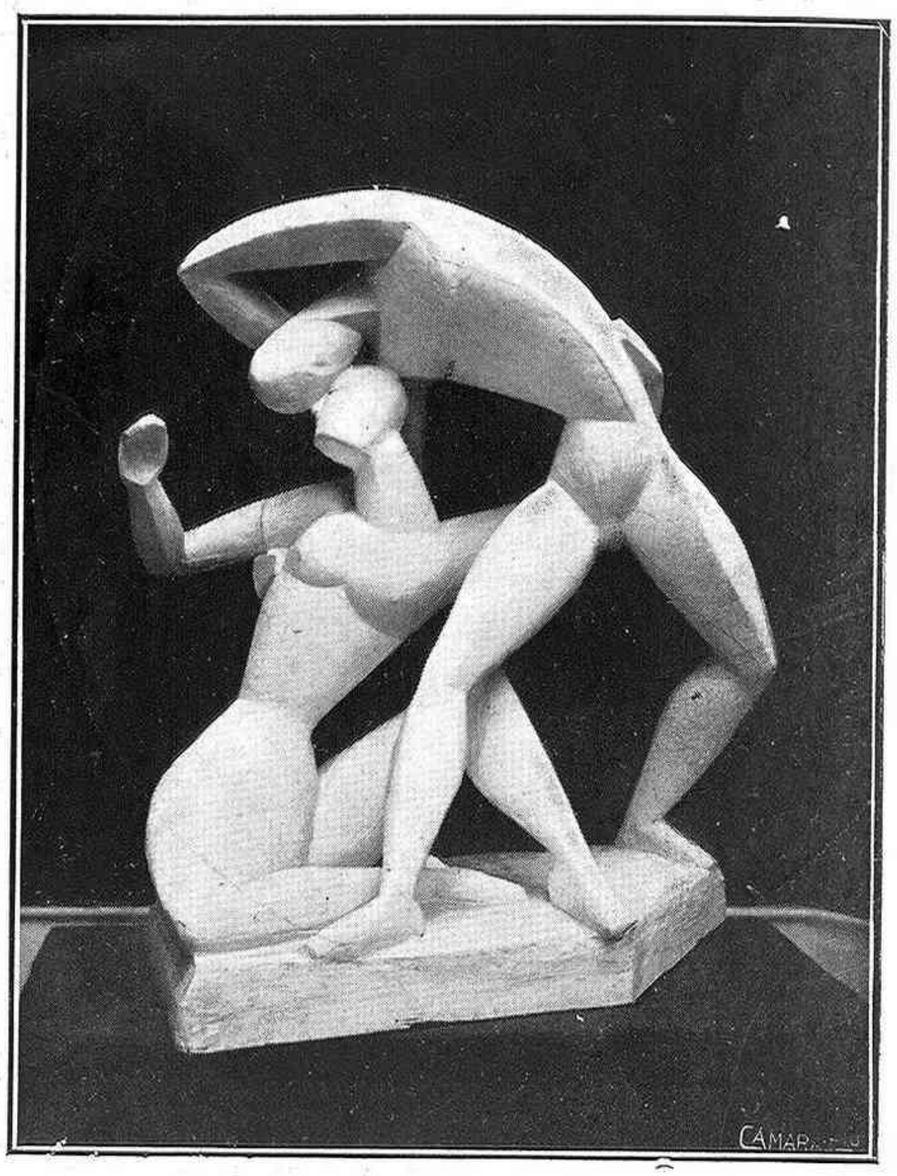
© Ministerio de Cultura 2006

EL ARTE Y LA EXTRAVAGANCIA

ESCULTURAS EXPRESIONISTAS



"El nacimiento de Eva", escultura de Jorge Leschnitzer



"Eros", escultura original de Hermann Carbe

Este *Tritono,* que pide á la fraseología musical su título y al desequilibrio nervioso su inspiración; esa *Plástica,* que guarda una remota reminiscencia de la pesadilla de un clown á quien se le empieza á agotar la imaginación para los trucos circenses; ese *Nacimiento de Eva,* que olvida el modelo humano para embutir dentro de otro uno de esos maniquíes de madera, con su cabeza monda y sus miembros articulados, que se venden en las tiendas de objetos de dibujo para los pintores académicos, nos desconciertan un poco, sin divertirnos nada.

Pero tienen el interés de la actualidad. Los autores de estas cosas pertenecen al *Novembergruppe* y tendrán al alcance de la mano en sus estudios la obra *Der Expressionismus,* de Paul Fechter, y en los labios la contraseña expresionista: *Basta de Naturaleza. Volvamos al sentimiento.*

«Al sentimiento de haber hecho esas cosas», diría un retruecanista.

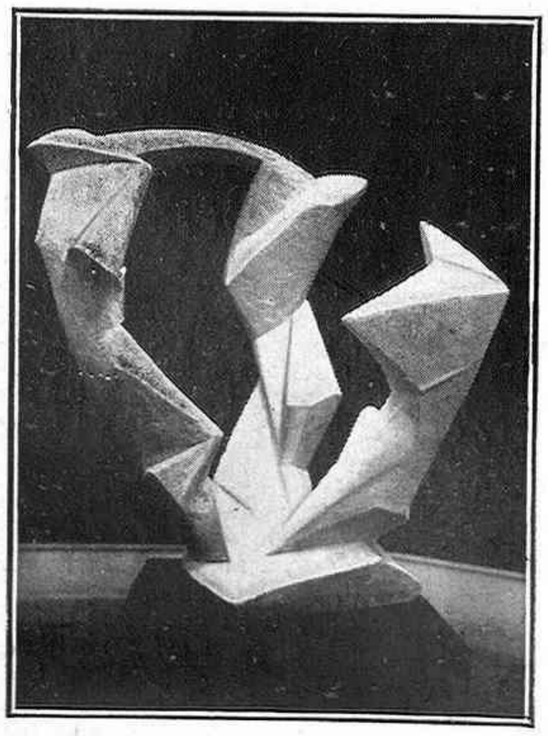
Y no obstante, seria tan absurdo como el obstinarse en creer que sólo ese es el arte moderno: despreciarlo rotundamente ó burlarse de ello con la inconsciencia de un visitante de Exposición Nacional madrileña en tarde de domingo ó en día de moda.

Antes de estas elucubraciones plásticas y de estos exhibicionismos agresivos de las recientes esculturas del *Grupo de Noviembre,* el expresionismo alemán ha producido obras considerables. Sobre todo en la pintura y en el arte editorial.

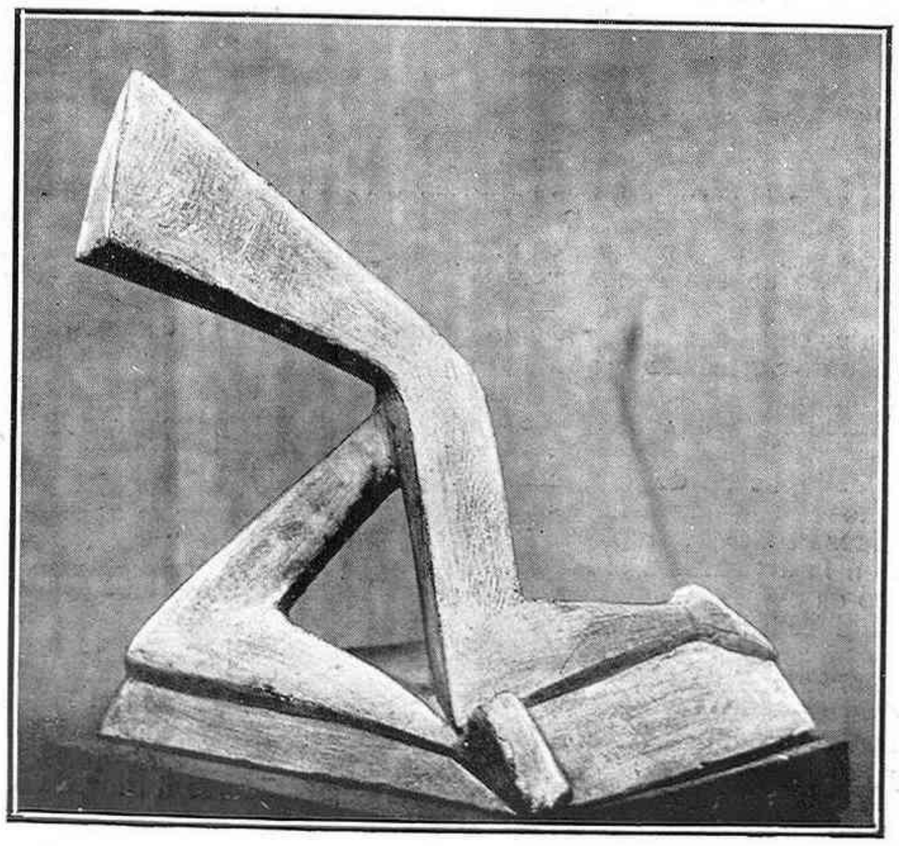
Recordemos los nombres de Kandisky y Pechstein, de Schulein, Karl Gaspar, las deliciosas *Stilleben* de Max Urel, los paneles decorativos de Walther Teutsch, los paisajes y escenas pastoriles de Richard Seewald. Pensemos en Willy Jaeckel, alguno de cuyos retratos está inspirado en el de Mauricio Barrés de Ignacio Zuloaga, pero cuyas exaltaciones místicas é ideológicas tienen un subido valor pictórico y sensitivo; Willy Jaeckel, que nos parece uno de los artistas más admirables de nuestra época y á quien hemos de consagrar muy pronto atención especial.

Pensemos en Karl Sigerist, el gran cartelista, el originalísimo ilustrador, verdadero maestro de ambos géneros en la pintura industrial de nuestra época, que figura al frente de un grupo numeroso donde están Max Korner, Camill Grasser, Hoffmann, Albert Heim, Hugo Frank, Maye. Lukas, renovadores del anuncio artístico en Alemania y seguramente en Europa dentro de poco.

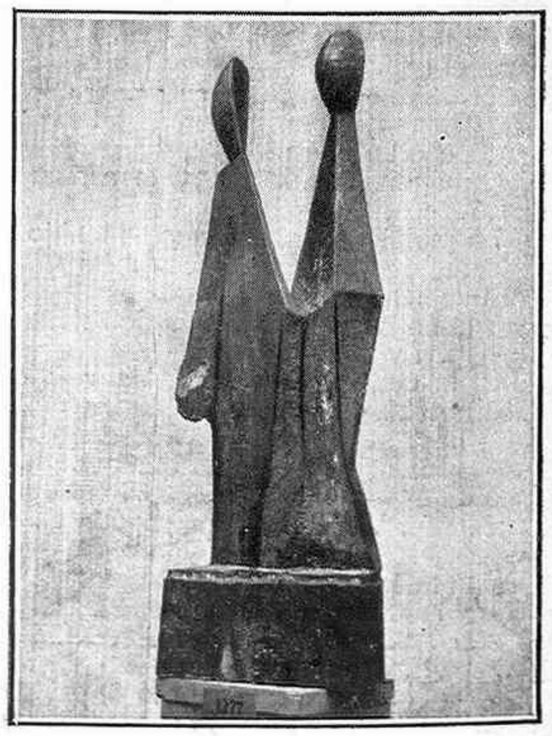
Y, por último, tampoco la escultura expresionista, á pesar de las extravagancias de algunos, más *bluffistas* que sinceros intérpretes de su sentimiento, puede ser juzgada ligeramente cuando en ella figuran las obras de Jorge Kolbe y de Milly Steger.



"Tritono", escultura de Rudoff Belling



"Plástica", escultura de Willy Kluck



"Hombre y mujer", escultura de Fritz Perretti

(c) Ministerio de Cultura 2006

BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS

SEÑORITA MARÍA DE LOS ÁNGELES L. DE CARRIZOSA

Hija menor de los marqueses del Mérito

Linda y gentil, en su belleza clásica, esta preciosa señorita, que reune en su cara graciosa y morena todos los encantos de la mujer andaluza, es una flor de ensueño de los mágicos jardines de Córdoba. Aristocrática por su nacimiento y por su espíritu, tiene la rara virtud de todas las sugestiones. La poderosa simpatía que rodea como un halo divino su figura, nerviosa, menuda, perfecta y gallarda, es como una dorada red que aprisiona las voluntades en un misterio de fascinación.

Y es su voz cristalina y riente, como una alada sinfonía, donde las palabras tienen vibraciones de notas, sonidos de perlas que se desgranasen sobre una cincelada copa de oro. Y son sus manos blancas, señoriles, como dulces mariposas sobre la perfumada seda de su falda. Y son sus ojos negros y evocadores un raudal de luz que ciega, atrae y tortura.

Por eso los cierra piadosamente en un noble impulso de caridad...

(c) Ministerio de Cultura 2006

NUESTRAS VISITAS

LUISA PUCHOL

¡Ay! ¡Yo quiero montar en la voladora! — gritó, con dulcísima voz mimosa de chiquilla ingenua, la gentil artista.

—Pues vamos allá, y en la voladora celebraremos nuestra conversación — propuse yo.

—¡Sí!... ¡Sí! ¡Qué bien!... — clamó con júbilo infantil Luisa.

Estábamos en el parque de recreos de la Ciudad Lineal.

La tarde, gris, azotada por el viento precursor de la tormenta, tendía sobre el jardín sus pabellones de nubes cárdenas preñadas de electricidad... La tierra exhalaba un vaho húmedo, sensual y pesado.

Subimos á una góndola de la voladora... Luisa, entre risa y alborozo; yo, observándola de hito en hito.

Luisa Puchol es una deliciosa mujercita: muñeca convertida en un prodigio de carne amasada con nácar y con rosas. Posee unos grandes ojos de verdes pupilas y negros iris, que tienen siempre una mirada franca é ingenua de colegiala traviesa; su nariz, gruesa, correcta, de rosadas aletas vibrátiles, se modela sobre el fresón purpúreo, jugoso, palpitante y sensual de los labios...

Más tal vez que sus ojos magníficos, redondos y lucientes, con extremas tonalidades de aguas marinas, es la boca: gruesecita, carnosa, de labios encendidos; lo que da carácter á su rostro, de óvalo amplio y puro, que se dibuja en un mentón voluntarioso, para terminar en la graciosa curva de la barbilla, suave y translúcida, de rosa.

Comenzaron á girar lentas y suaves, como impulsadas por unas alas invisibles, las góndolas aéreas del «carroussel». Luisa Puchol, sentada en una de ellas, se dejaba mecer por el acompasado movimiento circular.

—¿Subirá más? — gritaba —. Yo quiero que suba mucho...

—¿No siente usted miedo?

—¡Oh!... No; yo no tengo miedo á nada. Yo hubiera sido una gran domadora de leones.

Saqué el lápiz, una cuartilla, y...

—Vamos á ver, Luisita: dígame usted cosas.

—¿Y qué le voy á decir yo? ¡Si no sé nada!...

Y como yo continuara con la expresión interrogadora, insistió:

—¡Palabra que no sé nada!...

—Me han dicho que ama usted, ó que la aman á usted, ó que está usted enamorada...

—¡Ay, qué lío!... — Y tras una pausa, procurando ponerse seria, prosiguió: — No hay nada de eso.

LUISA PUCHOL — FOT. KAULAK

—Pero ¿no tiene usted novio?

—¡Novio, sí! — exclamó—. Novio para casarme un día acaso lejano.

—¿Y quién es ese hombre?

—Lo sabe todo el mundo: un compañero de la compañía. Pero ¡cuidado que es usted curiosón!...

—Es que tiene usted ojos de estar enamorada.

Suspiró, y muy melancólica, como soñando, dijo:

—Enamorada... enamorada, no lo estuve más que una vez, y era yo muy jovencita. Tenía quince años.

—Y ahora ¿qué edad tiene usted?

—¡Ay, soy muy vieja ya! — Y en voz baja, haciendo un encantador mohín de contrariedad, continuó: — Tengo ya veintitrés años. Se lo digo á usted bajito para que no se entere nadie: ¡veintitrés años! ¡Ay, Dios mío de mi alma!; dentro de siete años tendré treinta. ¿Se ha fijado usted en esto?...

Y puso un gesto muy triste. En seguida, llevada por el giro de la «góndola», rió con un alborozo pueril de chiquilla en asueto. Y sujeta á los tirantes de la canastilla, hacia atrás la gentil cabeza, coronada por el airón color de oro antiguo del cabello, desordenado y onduloso, mostraba su garganta, torneada y perfecta, esponjada de risas armónicas, como un loco trinar de ruiseñores...

—¿Qué es lo que le gusta á usted más de la vida?...

—Primero que nada, mi arte, y después...—vaciló un instante.

—Después, ¿qué?...

—*Flirtear*... Me encanta el *flirt*. Lo más agradable para una mujer es sembrar ilusiones... Crear quimeras. Engreír á los espíritus conquistadores y donjuanescos. Hace un poco de tiempo he traído de cabeza á un viejo tenorio... ¡Pobrecito! ¡Lo que yo me divertía con esto!

Y al decírmelo, Luisa Puchol hacía aletear sus manos; sus preciosas manos, enjoyadas, largas, magníficas, blancas y llenas de mujer amorosa... Sus uñas, pulidísimas, brillaban como diminutos espejos rosados.

— Vamos, Luisita: ¿Qué es lo que más la inquieta de la vida?...

Meditó un momento, y después, como pensando en voz alta, murmuró lentamente:

—La muerte, no; yo jamás pienso en ella; me parece que voy á ser eterna.

—¿Eterna?... ¿Y tan bonita como está usted ahora?...

Se puso muy triste...

—No; por eso, en realidad, lo único que me inquieta seriamente es la vejez. Ser invadida por las arrugas... ¡huy, qué horror!...

—Entonces, usted se cree muy bonita.

Se le arrebolaron levemente las mejillas...

—Hombre, no asusto de fea ni empacho de bonita; soy una mujer vulgar.

El aire hacía flotar su cabello y comentó, mientras ordenaba los rizos:

—La cabeza la tengo algo loca—y aclaró—, pero del pelo; por dentro está todo muy equilibrado.

—¿Por qué cosa de la vida siente usted predilección?

—Por jugar á la comba. Me encanta ser niña... jugar. Por eso la vejez me aterra. ¡Oh, qué horror!

—¿Cuál ha sido el momento más dichoso de su vida?

—¡Ay, yo sé tan poco de la vida!... — lamentó.

(c) Ministerio de Cultura 2006

—Pero habrá usted tenido algún rato feliz...
—No, señor; ponga usted que lo espero.
—¿Y artísticamente?...
—El día que debuté en Madrid.
—¿Con qué y dónde debutó usted?
—En Martín, con el estreno de *Los Cuáqueros*.
—¿Cuál fué el día más desgraciado de su vida?
—El día que Serafín se rompió una pierna.
—Serafín ¿es su novio?...
—¡Ay, no, señor!; es un muñeco muy rico que tengo yo. ¡Lo quiero más!... Siento por él verdadera locura. Lo peino todos los días y hasta le crece el pelo.

Reí. Insistió seria:
—¡De verdad!...
—¿Cuál es su flor preferida?
—El clavel — y acarició uno rojo que sobre su descote alabastrino parecía un palpitante corazón.

Lentamente se detuvo la barquilla voladora... Saltamos á tierra...

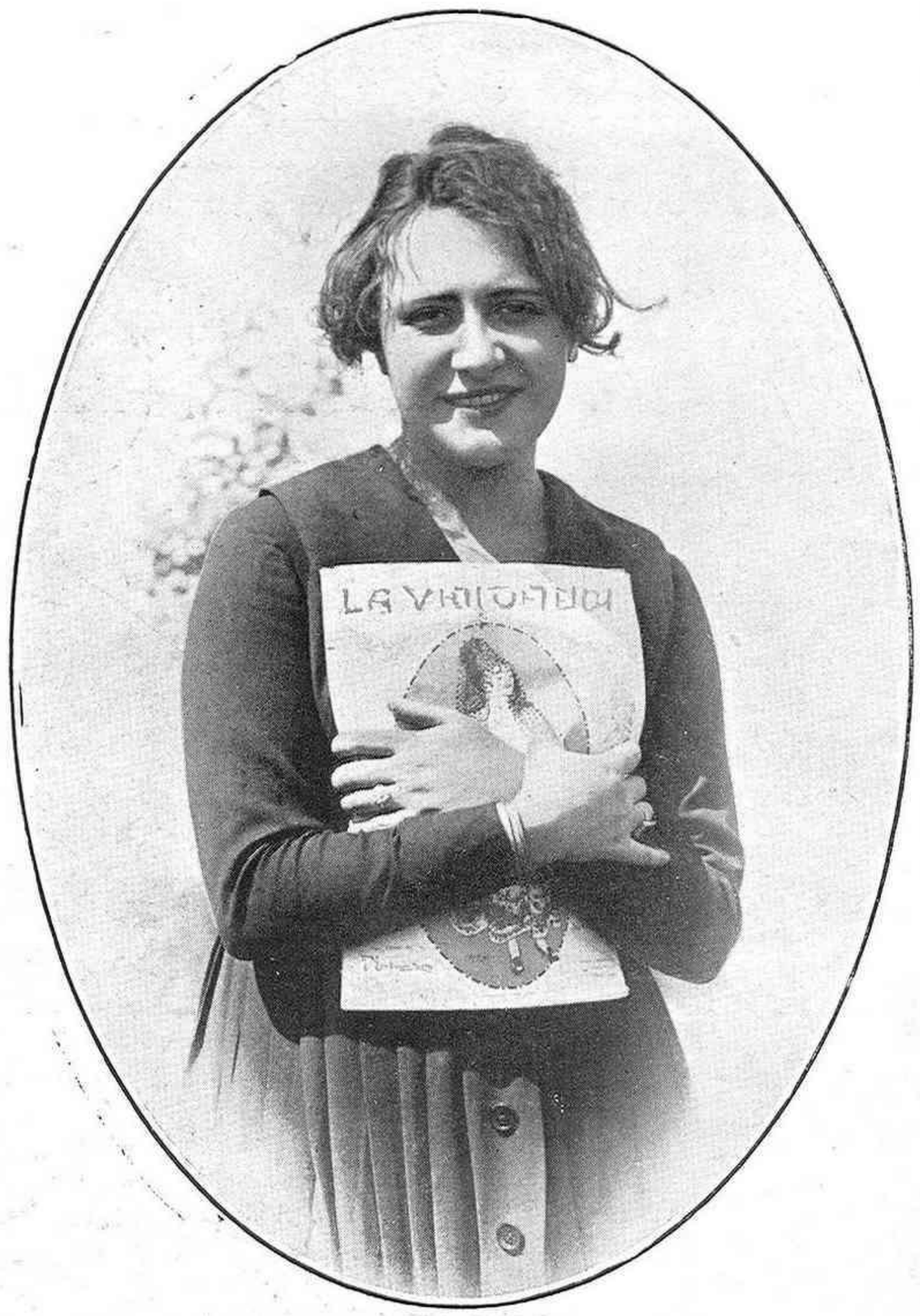
El jardín estaba delicioso á la luz melancólica de la tarde... Era la hora de las grandes sinceridades... Esa hechicera hora color de amatista.

Nos internamos en el parque.

Yo continué mi interrogatorio.
—¿Cuántos novios ha tenido usted, Luisa?
—¡Oh, muchos!... Este de ahora creo que hace el número siete.
—No está mal. ¿Y dónde tuvo usted el primero?...
—En donde nací, en Valencia; en cuanto salí del colegio de monjas.
—¿Luego se educó usted entre monjas?...
—Sí, señor.
—¿Y era usted aplicada?
—No; estaba siempre deseando la «oración de salida».
—En Valencia, ¿vivía usted con sus padres?
—No, señor; mis padres andaban errantes trabajando. Yo vivía con mi abuelita. A los trece años me caí á un jardín desde un primer piso, y entonces mi padre envió por mí.
—¿Y sintió usted abandonar Valencia?
—No, señor; porque iba con mis padres, á quienes adoraba. Además, sentía una indominable inclinación por el teatro. Recuerdo que cuando alguien me preguntaba: «¿Qué quieres ser, hijita», yo siempre respondía: «Tiple cómica»; pero con una «patarra» espantosa, porque yo, de pequeña, era mucho más sosa que ahora. ¡Pobrecita de mí

En efecto; uno de los encantos mayores de Luisa es su dulcísima y femenina sosería incitante.
—¿En dónde salió usted por primera vez á escena?...
—En la Zarzuela. Trabajaba allí mi madre de característica, y me sacaron á escena en *Enseñanza libre*, para decir aquello de «Ole con ole; viva tu madre»; y como yo tenía tantísima «asaúra», hice una creación.

Luisita Puchol en el Parque de la Ciudad Lineal FOT. CAMPÚA



Retrato de Luisita Puchol, hecho en Nueva York

La voz de Luisa tiene el timbre agudo y alegre de un cascabel de oro.
—¿Y después? — inquirí.
—Nos fuimos á Buenos Aires, y á la vuelta ingresé de segunda tiple con Ursula López en el Gran Teatro, y luego otra vez á Buenos Aires; y cuando regresé, fué mi «debut» en Martín, con *Los Cuáqueros*. Lo demás lo sabe todo el mundo: estuve en la Zarzuela, en Eslava, en Nueva York, y ahora en el teatro del Centro.
—Perfectamente, Luisita. ¿Y cómo abandonó usted el verso?
—No me gustaba. Era muy aburrido. No me sentía á gusto en Eslava. Había unos grandes cartelones que decían: «Silencio», «Silencio». Aquello me daba neurastenia.
—¿Siente usted emoción al salir á escena?...
—Mucha; me pongo muy nerviosa y aprieto mucho los dientes, y las uñas me las clavo en las palmas de las manos...
—De sus encantos físicos, ¿cuál es el que más le gusta?
—Los ojos y el cuerpo — exclamó con marcada coquetería.

Su cuerpo, mórbido y prieto de líneas armónicas, en toda su pujante plenitud juvenil, se cimbrea al andar como una vara de nardos... Vestía elegantísima.
—¿Cuál es su vicio dominante?
—Hasta ahora, el café.
—Y si fuera usted hombre, ¿cuál sería su vicio?
—Las mujeres muy femeninas.
—¿Cuál es el rasgo más acentuado de su carácter?
—La violencia. Tengo un genio muy impulsivo. Y soy voluntariosa como una reina.
—¿Cuál es su aspiración suprema en la vida?
—Tener un hijo y besarle la naricita á todas horas... ¡Qué felicidad!

Y suspiró largamente.
—Y, además, ¿qué es lo que le gustaría á usted más?
—No lo puedo decir — repuso con malicia pícara.

Continuamos hablando.

En el parque, la linda tiple lo curioseaba todo, animada por infantil anhelo: los «recreos» mecánicos, los aparatos de ejercicio, el tiro al blanco...

A veces, adelantándose, caminaba de prisa, haciendo revolotear sus faldas gentilmente, y á mi memoria, en la quieta tarde gris, acudían los galantes versos:

El *parquet*, estremecido,
le decía madrigales
por debajo del vestido...

Y así, parecía que el murmullo quedo de las hojas en el *parterre* la ofrendaba, al pasar, fragantes piropos.

Dejándose caer sobre un banco, murmuró Luisa con deleite:
—¡Qué tarde tan agradabilísima estoy pasando!

EL CABALLERO AUDAZ

(c) Ministerio de Cultura 2006

CUENTOS DE "LA ESFERA"

LA CHALINA

Eran las nueve de la noche cuando Pepe Henestrosa recordó que estaba en la obligación de comer.

—A esta hora—pensó—yo haría una cena opípara si fuese un burgués orondo.

Pero como no era un burgués orondo, sino un pintor incipiente, se resignó á que las tripas ayunaran, ya que el genio florecía.

—Cuando triunfe—ideó—se recordarán estas hambres con asombro infinito, como si fuesen una herejía del vulgo.

Se llevó la mano al chambergo, y se atusó la chalina romántica. Luego, el reflejo amarillento de una taberna le atrajo. Y sus pies le llevaron hasta el escaparate. Y sus ojos fueron atisbando las ringlas de comistrajos allí exhibidos.

Había una fuente de alubias pálidas; un plato rojizo de bacalao; cachos de pollo—un obispillo, un muslo con la piel erizada—emergían de entre la salsa coagulada y yerta; unos callos sucios, entrañas rotas de bestias inmoladas, eran gélido revoltijo nauseabundo; unas almejas agónicas entreabrían sus valvas bajo una rama de perejil y gajos de limón.

Pepe Henestrosa tacteó uno de sus bolsillos. Sólo había allí céntimos. Entró.

—¿Quiere usted darme dos reales de chicharrones y un panecillo?

Su cara era tímida; su gesto apocado. El tabernero, que no comprendía los chambergos, las chalinas, las melenas, se lo quedó mirando con simpatía desdeñosa.

—¡Cuánto mejor—pensó—estaría este chico

(c) Ministerio de Cultura 2006

sirviendo cortadillos en mi tasca que haciendo versos! ¡Lástima de mozuelos descarriados!

Pepe Henestrosa, que había *oído* aquello en su receptibilidad finísima de hombre sensitivo, pero que supo disculparlo dado beocio tan enorme, recogió su panecillo y sus chicharrones, y salió de la taberna un poco turbado, empero.

Ya lejano, penso qué haría. Estaba distante de su estudio, apretaba el apetito, y como era obscura la calle, probó á comer. Y mientras, camino de su zaquizamí, daba mordiscadas reservonas y vergonzantes al cacho de grasa congelada y al cacho de cebada y trigo, sintió súbitamente cercada su alma por el adversario terrible que es azote de todo vencido, y que es una mezcolanza de envidia y de miedo, de tedio y de inquietud.

Había sido aquél un triste día. El despertar sin desayuno; el portero que rosma con los recibos atrasados; la visita al mercader de óleos y acuarelas, severo, ceñudo, ofreciendo una limosna é infligiendo el castigo de su crítica; la petición de unos ochavos al amigo que pasa; la melancolía de verse pobre en una rica ciudad llena de sol; aquellos chicharrones infectos, aquel pan exiguo; aquel asedio de la vida, que le iba marchitando, que le enflaquecía y que le aturdía...

—¿Acaso no pinto bien?—razonó.

Se detuvo en una esquina, vacilando sin motivo antes de pasar la calle. Un coche le salpicó de cieno. Y aún, el automedonte gruñó unos improperios soeces, confundidos entre el traqueteo de las ruedas y el chascar de la fusta.

Aquello fué tan humillante, que el artista sintió ganas de llorar.

—¿No pinto bien?—razonó de nuevo.

Y la duda, fría, viscosa, como húmeda, se le metió en el alma, cual un reptil asqueroso.

—Acaso—se disculpó á sí mismo—no he estudiado con ahinco á los maestros. Vacilo. Cambio frecuentemente de sugestión. Mis ocres chillones son un poco desconcertantes y hasta estrambóticos. Sería cosa de pasarse un año en el Museo. Sí, ¿pero y ganar?

Había rematado el condumio, y se sentía con mayor apetito. Sus pepsinas, soliviantadas con aquel entremés, exigían una pitanza copiosa.

—Es horrible—meditó con pudor de sí propio—. Si esto sigue así dos años, me muero tísico, me doy un tiro en la boca, me...

Pero ideó que la tragedia no le era propicia, que le faltaba el valor de lo epopéyico, que le fallaría el pulso en la hora bizarra, y siguió caminando con la cabeza gacha, hacia su estudio, para meterse allí en la cama y procurar abismarse en un sueño negro é infinito que le hiciera olvidar todo aquello.

Cerca de una hora tardó en llegar. Estaba rendido, exánime. El portero le tiró un recado:

—Arriba—le dijo—está su amigo Utrill.

¡Utrill! ¿Lo enviaría un hado benéfico? Henestrosa sabía, por experiencia, que jamás falta á los bohemios el hombre supremo en el instante único.

Al nombrar á Utrill, evocó Pepe á la hermana del amigo aquél, guapetona, hermosota, que el pintor había cortejado estérilmente y de la que había recibido tantos dolorosos menosprecios. ¿Qué sería de ella? Iba para un año que no la había visto junto á su marino elegante, de rubios bigotes, de ajustada levita, de aire donjuanesco, al que había odiado con toda su ira, con toda su impotencia, con todo su fracaso trémulo.

¡Utrill! ¿A qué vendría Utrill? Y, sin saber por qué, Pepe Henestrosa se alegró vagamente, como si barruntara la anunciación de un hallazgo.

Arriba encontró á Utrill, curioseando bocetos á la amarilla luz de una lámpara eléctrica macada por las moscas.

—¿Qué hay, Pepe?—le dijo al artista cuando éste empujó la entreabierta puertecilla del estudio y se coló dentro—. Hace un siglo que no te veo. ¿Cómo van esas cosas? ¿Qué tal andamos de ilusiones, de realidades? ¡Cuéntame!

Utrill estaba expresivo y se mostraba demasiado amistoso. Henestrosa, que tenía el astuto recelo de las bestezuelas acuciadas, se puso alerta. Algo extraño parecía traer á Utrill.

Fumaron, cambiaron diálogos fríos y estúpidos. Entre ambos se hacía la tirantez cada vez más penosa. Al fin, el pintor se decidió á romper.

—Bien—dijo—. Tú has venido á decirme algo, y no te atreves.

Utrill se puso un poco arrebolado, y le temblaron las muñecas.

—Sí—musitó—. Sí. Tengo que proponerte un asunto. Es difícil, ¿sabes? Yo te suplico, ante todo, que me perdones. Me guía una intención honrada.

Había bajado los ojos con rubor, y se le veía zozobrar.

—Dime—acicató Henestrosa—. Dime lo que sea.

Utrill se alzó para acariciar á Henestrosa, golpeándole un hombro con gesto de hermano.

—Vives mal. No me lo niegues. Pasas hambre, frío, tristezas. Luchas por ese mito que se llama la gloria. Quien la consigue ¡llega á ella tan viejo y tan cansado! Yo tengo en mi mano tu suerte.

—¿Mi suerte?

—Creo que sí. No sé si es la suerte, pero es la vida resuelta, acomodada, un montón de billetes ahora mismo, una pensión, el vínculo férreo con una familia casi opulenta. Sabes que tenemos fábricas en Cataluña. Sabes que somos ricos.

Utrill se detuvo un instante. Respiró. Ya había dicho lo esencial. Casi lo había dicho todo. Luego:

—A eso he venido, Pepe—añadió—. A que le des un adiós á la miseria, y á que, riéndote de prevenciones, de prejuicios, de cosas al margen de nosotros, que estamos más altos que la vida vulgar y burguesa, logres de un brinco lo que acaso no alcanzarías nunca.

Henestrosa lo comprendió todo. Súbito, enorme, aplastante, se le echó encima aquel dolor nuevo. Sintió que se le hundían las ojeras. Sintió como un frío largo en su espíritu. Sintió el fracaso definitivo de su vida.

Utrill le acarició de nuevo. Su voz era persuasiva, tentadora.

—Ella, te quiere. Te estima. Se lo he preguntado. Creo que seréis felices. Nada une tanto en la vida como un dolor que se comparte. ¿Aceptas? Dime que sí, y te querré como a un hermano. Dime que sí, y me habrás hecho dichoso.

El pintor no podía responder. Sentía seco el paladar. Su lengua no acertaba á salir de una rigidez pastosa. Notaba un raro frío en el abdomen. Allá, en el fondo de su alma, reía el cínico que todos los seres guardan secreto y que reía con risa hilarante y bufonesca, de tal abyección, que Henestrosa se miró con asco.

Utrill, sagaz, interpretó el silencio del amigo como una aceptación. Se puso alegre y volvió á sus dicharachos. Preguntó si era Pepa la Malagueña aquella danzarina que Henestrosa tenía en boceto, y si continuaba comiendo en el chamizo de la calle Mayor. Se interesó por la vida del bohemio. Le dió tabaco, unos billetes de cien pesetas. Le llamó tontaina, bobo é iluso. Dijo admirarle como artista, y le profetizó grandes éxitos para cuando pintase con el maduro sosiego que evita el desgaste y que suprime la humillación. Después:

—Bueno, me voy, chico. Son las diez.

Le dió un abrazo á Henestrosa, y —eso sí—le suplicó prisa, cierta prisa. Tenían que arreglar las cosas á escape. En una semana se comprometía Utrill á tenerlo todo listo. Saldrían luego para Barcelona, donde vivirían á lo grande.

—Te aconsejo un hotel en San Gervasio, con su jardín. Allí tendrás inspiración, paz, alegría. Bueno, muchacho. Hasta mañana. Espérame á las diez. ¿Convenidos?

Tendió su mano á Henestrosa. Este la recogió, inconsciente. Salió Utrill. Pepe oyó un portazo. Después los pasos del amigo que se alejaban, firmes, audaces, por la escalera. Luego ya no oyó nada. Sí. Oyó el vacío de su estudio, el silencio de su tristeza. Recorrió la estancia á pasos inseguros, voltejeando sin objeto, con el cerebro hueco, canturreando trozos absurdos de coplejas desatinadas. Topó con su espejo y se miró. ¡La chalina! ¡La chalina romántica de sus días juveniles! Sin razonarlo enteramente, aquella chalina le obsesionó, le poseyó. Era como un airón caído, como una bandera plegada. Se la quitó á tirones y la arrojó al suelo. Después, sin saber lo que hacía, se metió en el cuartucho que le servía de alcoba y se acostó vestido, cara abajo, con los puños sobre los ojos y así estuvo llorando una hora, otra hora, hasta que amaneció un nuevo día lívido.

LUIS ANTÓN DEL OLMET

DIBUJOS DE OCHOA

© Ministerio de Cultura 2006

¡CÓMO ENTRÓ EN BOLONIA CARLOS V!

ESTAMPAS DE LUCAS CRANACH

El estandarte de la ciudad de Bolonia

Carlos V y el Papa Clemente, después de la coronación del Emperador

Los estandartes del Imperio y de la Iglesia

El pintor admirable del protestantismo, Lucas Cranach, figura tan interesante ó más que las de cuantos acompañaron á Lutero en su locura religiosa ó patriótica; amigo íntimo y confidente del Reformador; dibujante, en cuyo lápiz resucita la garra de Durero; boticario y burgomaestre de Wittemberg, la Meca de la Reforma, donde Lutero fué fraile y profesor de la Universidad, y donde quemó la bula del Pontífice; impresor de biblias con monopolio y privilegio, tiene en su historia una página conmovedora. Era amigo íntimo de aquel Elector de Sajonia, Juan Federico, al que despojó Carlos V de su soberanía, y al que tuvo preso y condenado á muerte por un consejo de guerra que presidió el duque de Alba. Residía el Elector en Wittemberg, y cuando Carlos V entró vencedor en la ciudad, donde acababa de morir Lutero, fué el burgomaestre, boticario, impresor y pintor á pedirle el perdón y la libertad de su Soberano. Cuentan las crónicas que el César recordó, benévolo, al «pintor de sus mocedades» y concedió á Lucas Cranach lo que pedía.

Esta frase conturbó al cronista, rebuscador de triviales amenidades de la Historia, porque ciertamente conocía el retrato de Carlos V, pintado por Cranach, que se conserva en el Belvedere de Viena, y colocado precisamente al lado de los retratos de sus víctimas, el Elector Juan Federico y su hijo Juan, también pintados por el fundador de la escuela sajona; pero los tres retratos deben de ser de la misma época: de cuando Carlos V entró en Wittemberg y sometió á la Sajonia rebelde, teniendo ya el Emperador cuarenta y siete años.

Pero hace pocos días, habiendo caído en mis manos unas reproducciones de viejas láminas entresacadas de la espléndida colección de estampas de la Biblioteca Imperial de Viena, quedé maravillado viendo cómo Lucas Cranach había sido el cronista gráfico de la entrada triunfal de Carlos V en Bolonia, cuando el César tenía veintinueve años. Fueron estas láminas las que le habían consagrado como «el pintor de sus mocedades», y las que Carlos V recordó cuando le otorgaba el perdón y la libertad del Elector de Sajonia.

Y he aquí que surgen nuevos problemas. Fué Cranach uno de los más grandes admiradores y secuaces de Lutero; multiplicó sus retratos y los de Melanchton, Pomeranus, Schurf y demás corifeos; era burgomaestre de Wittemberg y amigo íntimo del Príncipe de Sajonia. ¿Estuvo en Bolonia y asistió á la entrevista del César y el Papa Clemente y presenció la coronación del Emperador? No hay en Bolonia ningún cuadro de Cranach. Hacía nueve años que la Reforma había alzado sus banderas de rebelión, y que Lutero había quemado en la plaza pública de Wittemberg la bula del Papa y los libros teológicos. Cranach, ¿fué á Bolonia para rendir al Monarca enemigo de su nueva fe el homenaje de su arte, ó fué diplomático, como enviado de su Príncipe, ó sencillamente como espía de Lutero? He ahí un admirable problema de historia chica para los aficionados á las sublimes bagatelas y á las minucias inquietantes.

Aparte esto, las estampas de Cranach son la confirmación del relato que todos hemos leído con un poco de incredulidad en la *Historia de Carlos V*, escrita treinta años después de su muerte por el obispo de Pamplona, fray Prudencio de Sandoval, y en la que creemos advertir el rendimiento de una excesiva admiración.

«... Iba — dice el cronista — armado de todas armas todo el cuerpo, fuera la cabeza, en un caballo blanco ricamente enjaezado. Entraron delante cuatro banderas de caballos ligeros y de hombres de armas con riquísimos atavíos. Seguíale luego la Infantería española, tan famosa por tan extrañas cosas como habían hecho en Italia en aquellos años. Iban todos aderezados costosísimamente de los despojos de tantas ciudades vencidas, y llevaban su orden y paso de guerra con atambores y pífanos. Encima de la cabeza del Emperador iba un riquísimo palio de oro, que le llevaban los principales doctores de aquella Universidad, con ropas rozagantes de seda de diferentes colores. Alrededor del Emperador iba toda la juventud de Bolonia, á pie, sirviéndole de lacayos, vestidos con sayos de brocado, pelo y encima raso blanco muy golpeado. Luego iban tras ellos magistrados y el regimiento de la Ciudad con su bandera.

A la entrada de Bolonia estaba el obispo con toda la clerecía, cantando el *Tedéum laudamus*... Llevaban los soldados en una silla á hombros á su capitán, Antonio de Leiva; paróse en medio de la plaza con los tudescos. Plantóse la Artillería con tan buen orden como si hubieran de pelear.

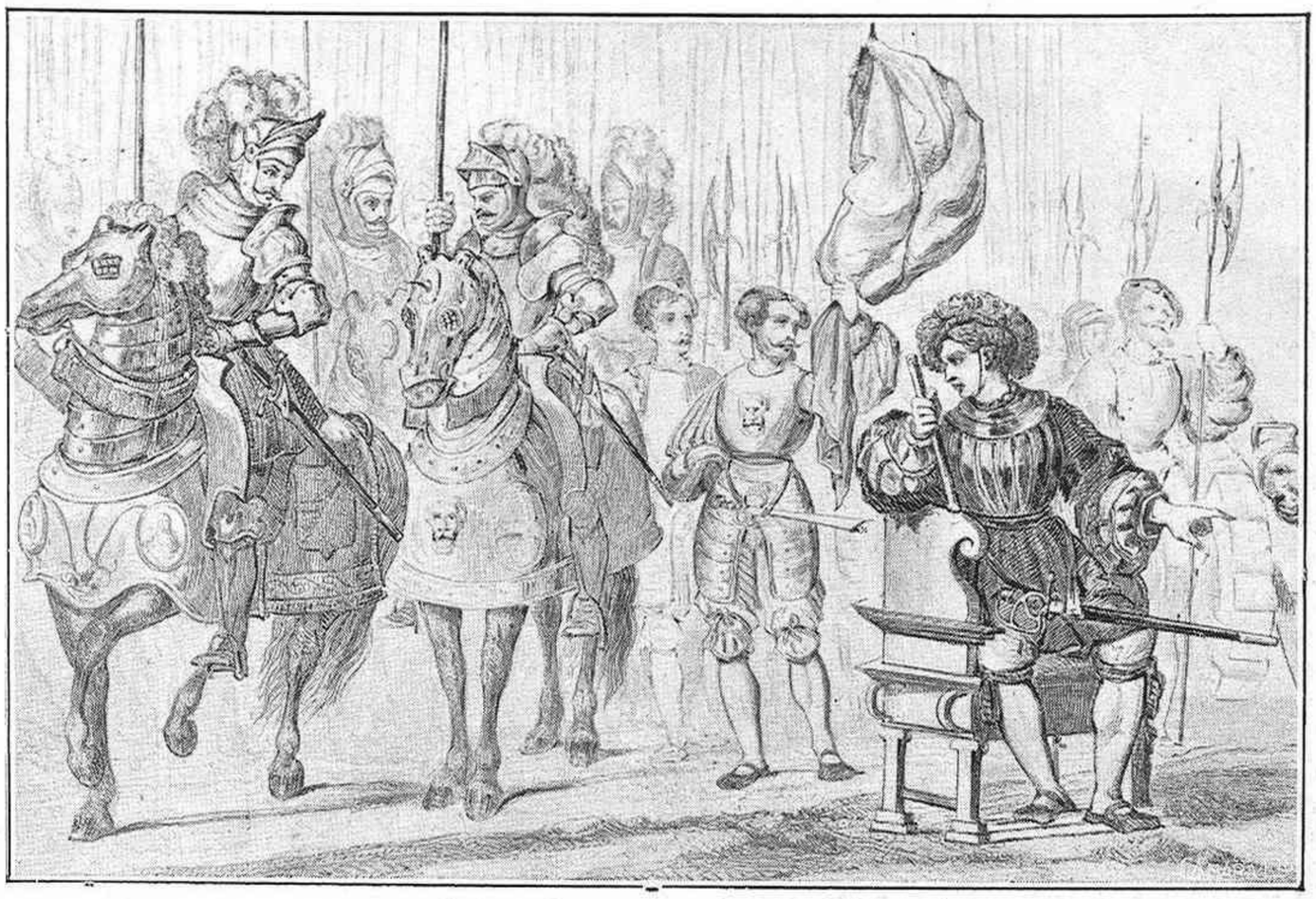
Poco después del Emperador iban los señores y caballeros que con él pasaron de España, y luego seguía el estandarte y águila imperial en una bandera de oro. A los lados del Emperador iban dos gentileshombres muy bien aderezados, derramando monedas de oro y plata, que traían en dos bolsas muy grandes colgadas á los cuellos.

Fué á parar toda esta pompa á la iglesia catedral de San Petronio, á la puerta de la cual estaba hecho un cadalso, con sus gradas, todo entapizado riquísimamente, como para quien era. Estaban sentados en las gradas los cardenales por su orden, y los obispos y prelados que allí se hallaron, que fueron muchos. En medio de todos ellos, en una silla muy alta, estaba sentado el Pontífice, vestido de pontificial, con su tiara en la cabeza. Cuando el Emperador llegó al pie del cadalso, hizo de mano á los Grandes de España que con él iban, como que

Carlos V á los veintisiete años, según dibujo de Cranach

(c) Ministerio de Cultura 2006

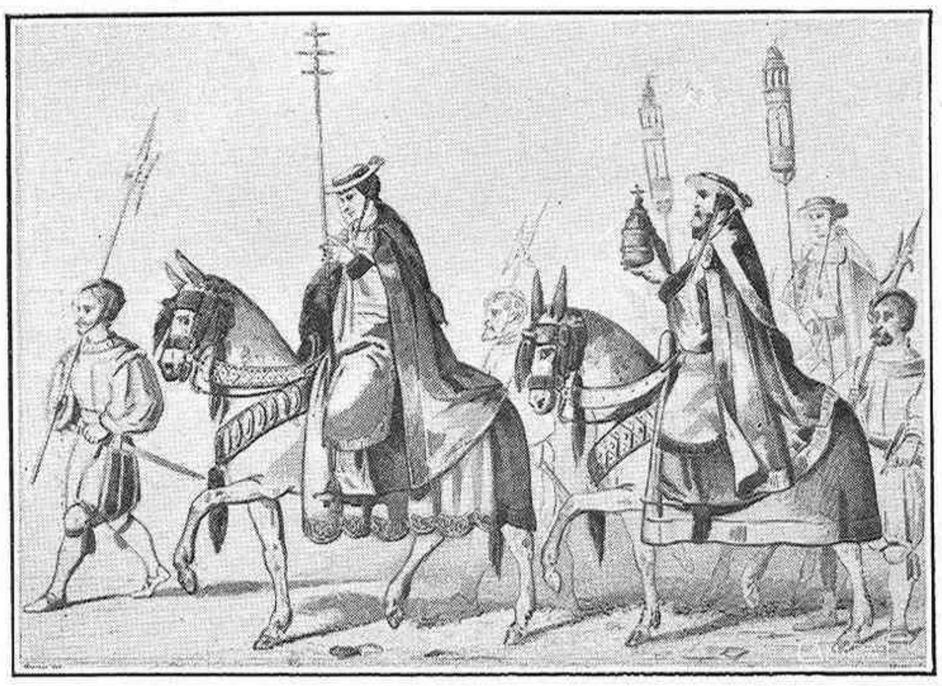
los llamaba, y acudieron todos á apearle. Acudieron luego, de lo alto, dos cardenales y tomáronle en medio para subirle arriba. Cuando se vinieron á juntar los dos mayores Príncipes del mundo, llevaron tras sí los ojos de todos los presentes. Los que estaban lejos no podían oír nada, y así estaban admirados, contemplando un tan raro espectáculo. Los que se hallaban cerca miraban con atención, por si acaso alguno mostraba en el semblante algún rastro de las disensiones grandes que poco antes se habían visto entre los dos. Gustaban mucho todos de considerar el rostro grave y varonil del César, y su delicada tez, cubierta de una mesura hermosa y grave. La nariz corva un poco y levantada de en medio, que suele ser señal de magnanimidad y grandeza. Llevaba



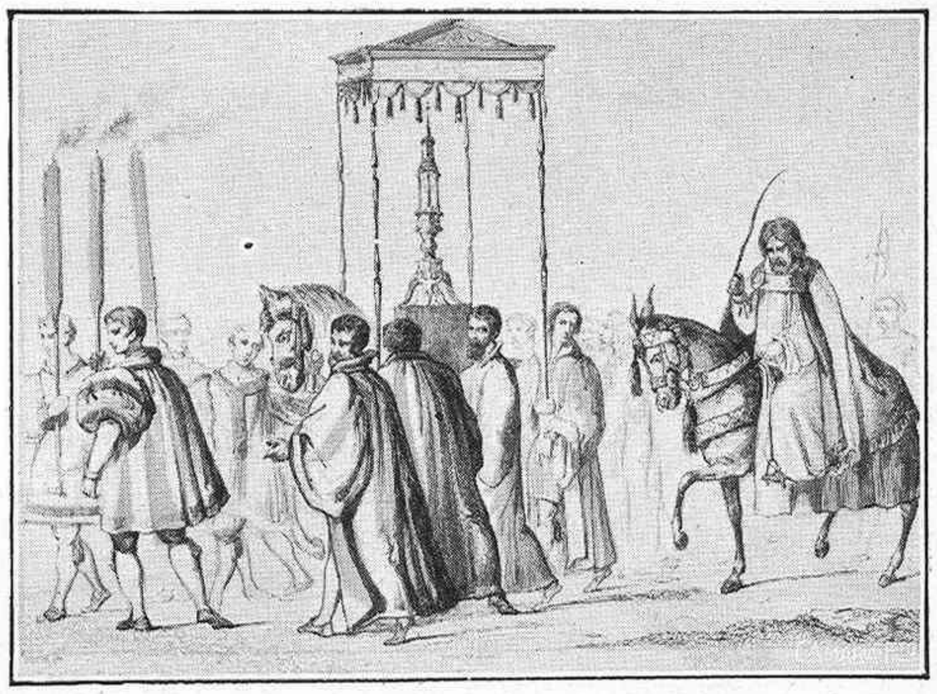
Antonio de Leiva en la silla en que le conducían sus soldados

el mismo palacio y en dos alcobas contiguas, que se comunicaban por una puerta reservada, pertenece á la gran Historia, á la que anda contada y recontada en numerosos libros. De todo ello, lo indudable es que Lucas Cranach no sólo asistió á la entrada triunfadora de Carlos V en Bolonia, en Octubre de 1529, puesto que con tanta exactitud las reprodujo, sino que presenció las fiestas de la triple coronación, celebradas en los postreros días de Febrero de 1530, y de las que también dejó estampas que concuerdan en todos sus detalles con las que narran Prudencio de Sandoval y algunas relaciones populares de aquella época.

Jamás ciudad alguna se ha sentido de tal modo corona del orbe entero como Bolonia en aquellos seis meses en que cobijó al Pontí-



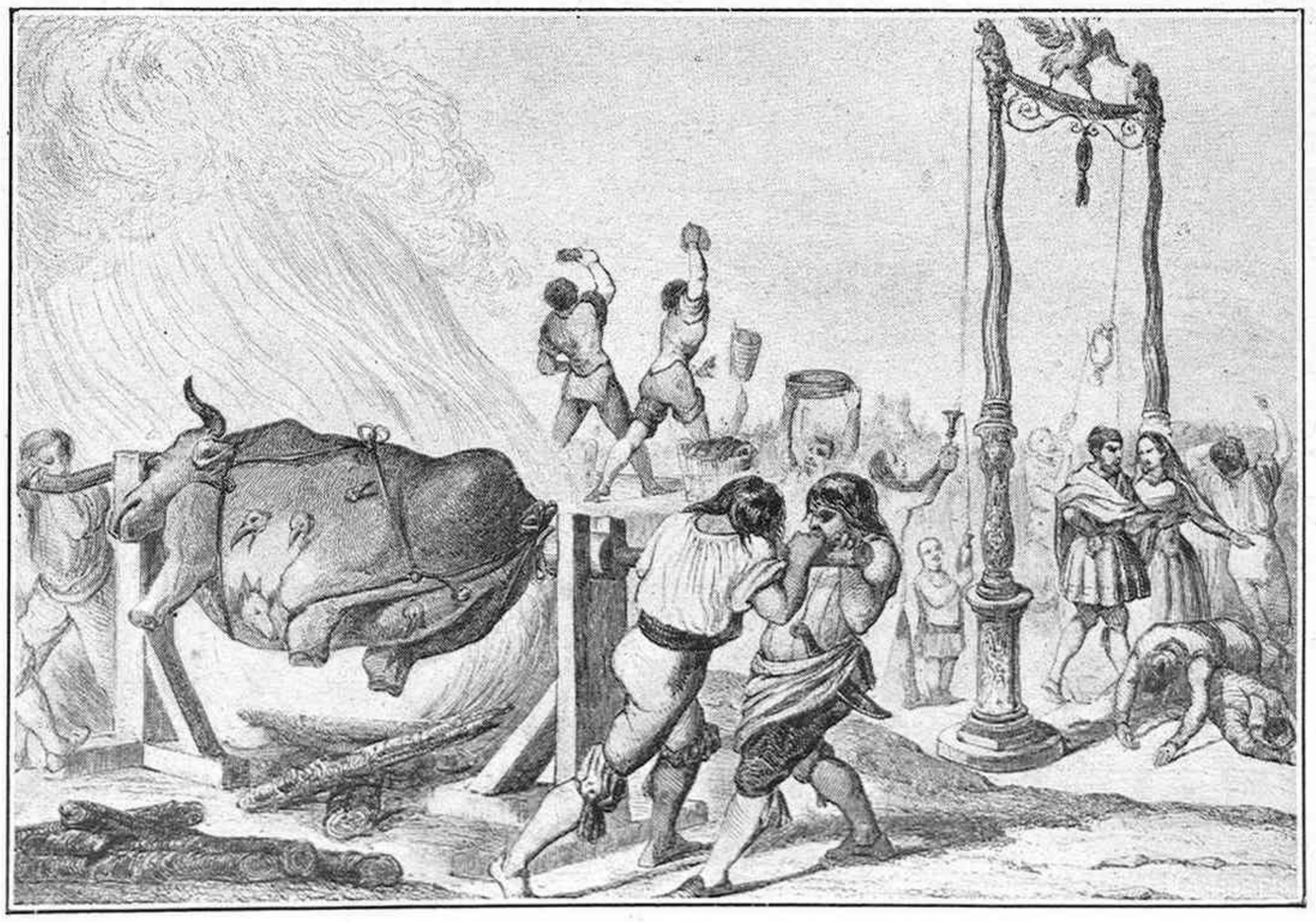
El báculo pastoral, la tiara y los candeleros de oro en la comitiva de la coronación



La Eucaristía rodeada de los patricios y doctores de Bolonia, y detrás el Pontífice en su mula

tras sí á todos los circunstantes, con el mirar de sus ojos garzos vergonzosos, con los cabellos un poco crespos y la barba entre roja y rutilante, de color de oro muy fino. Dábale mucha gracia y majestad el cabello cortado en derredor, á manera de los antiguos Emperadores. Sobretodo, notaban el labio inferior un poco caído, como lo tienen de grandes tiempos á esta parte casi todos los descendientes de la casa de Borgoña, lo cual le añadía antes gravedad que imperfección en su rostro y hermosa figura; con lo cual venía en buena proporción el cuerpo de mediana y justa estatura, con la carne, que bastaba para que ni fuese flaco ni demasiado grueso...

Lo que aconteció entre el Pontífice y Carlos V en aquella entrevista, y en el tiempo en que vivieron juntos en



Regocijos populares después de la coronación de Carlos V

DIBUJOS DE CRANACH

fice y al Emperador, y en que acudieron allí casi todos los Príncipes y grandes señores de la Cristiandad. Carlos V puso digno remate á tanta grandeza haciendo correr el vino en fuentes públicas y entregando á la voracidad del pueblo bueyes enteros, que, rellenos de aves y liebres, se asaron en medio de las plazas, mientras los boloñeses, vestidos de máscara, bailaban y se entregaban á los desafueros de una loca saturnal...»

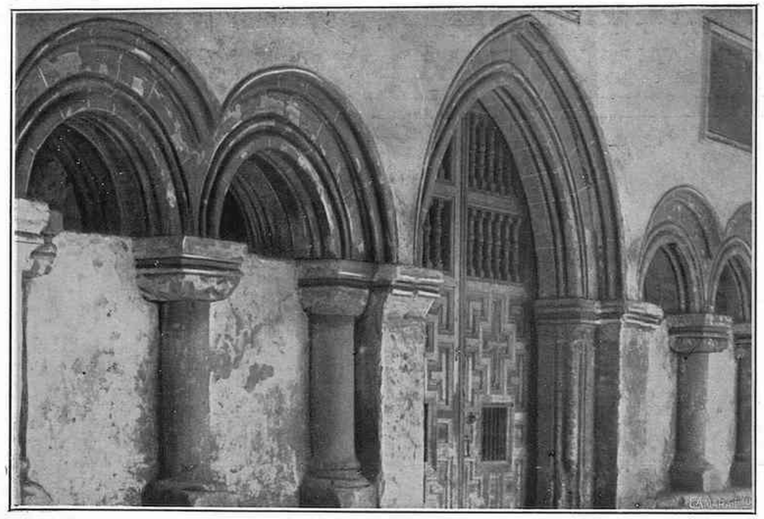
Así fué Lucas Cranach, además de pintor de la teología protestante, pintor de las mocedades de Carlos V, y sus estampas de Bolonia valieron más tarde la libertad de un Príncipe bravo y artista, noble y generoso, que conoció las amarguras de la prisión, de la expoliación y del destierro...

MÍNIMO ESPAÑOL

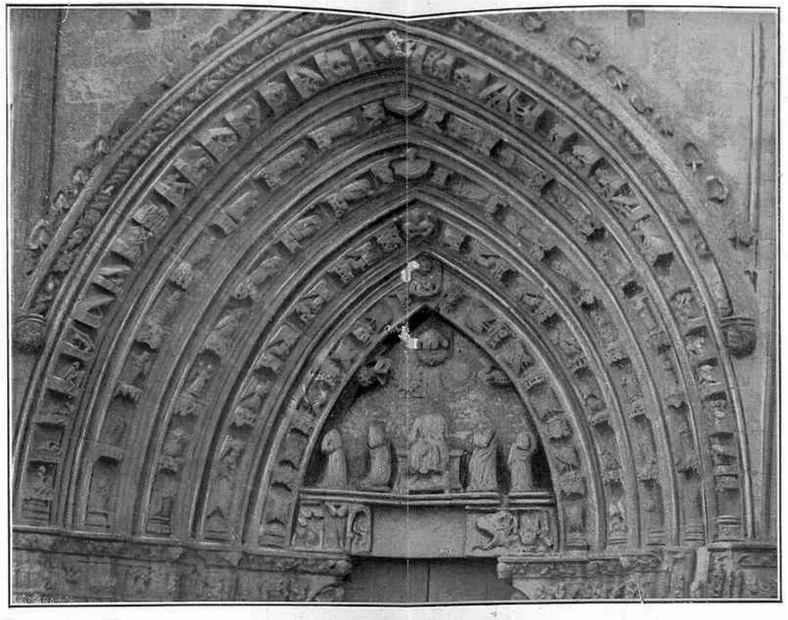
(c) Ministerio de Cultura 2006

España artística y monumental ⊕ El ex monasterio de Santa María la Real, de Nieva

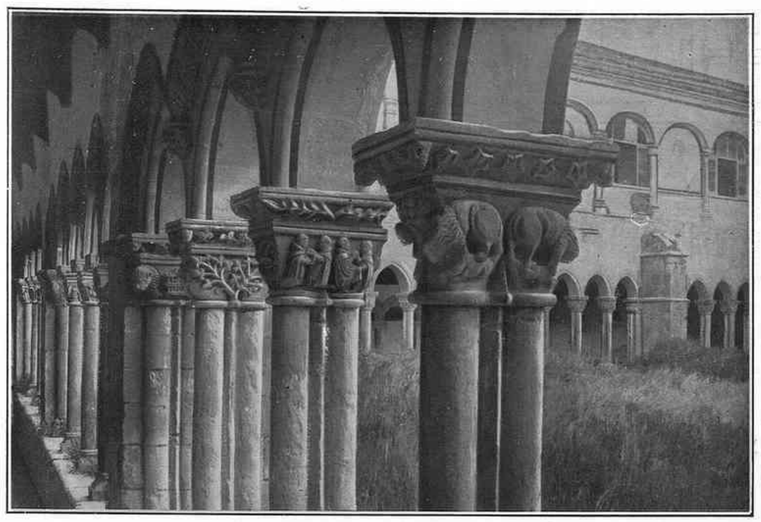
LA ESFERA



La capilla de las Animas



Detalle de la ojiva de la puerta principal



Una vista del claustro

TRAMÍTASE en la actualidad el expediente de declaración de monumento nacional á favor de esta interesantísima reliquia arquitectónica. El Monasterio de Santa María la Real, de Nieva, tuvo su origen, como tantos otros cenobios españoles, en una respetable tradición. Reinando D. Enrique III, hubo de notificar al obispo de Segovia, D. Alonso de Frías, cierto pastor llamado Pedro Amador, la celestial revelación de hallarse oculta en unos pizarrales de Nieva una imagen de la Virgen. Comprobado el hecho por el obispo, erigióse en el lugar de la milagrosa invención una modesta ermita, bajo la advocación de Santa María. La piedad de D.ª Catalina de Lancaster, esposa del Soberano, transformó el pequeño santuario en un suntuoso templo de tres naves, cuya construcción dió comienzo en 1393. Para la asistencia del santuario designó la Reina un capellán mayor y seis capellanes, señalándoles las correspondientes rentas. La custodia de la imagen y el templo fué confiada más adelante por D.ª Catalina á la Orden de Santo Domingo, de la que era gran devota. Los Dominicos se instalaron en el convento en 1399, continuando en su posesión durante largo tiempo. Fueron protectores decididos del Monasterio de Santa María la Real, de Nieva, todos los descendientes de D. Enrique, incansables en el otorgamiento de mercedes y franquicias á los moradores del cenobio, así como á los vecinos de la villa de Nieva, formada en torno del convento. En su templo descansaron muchos años los restos mortales de la Reina D.ª Blanca de Navarra, esposa de Don Juan II de Navarra y Aragón, fallecida el 1.º de Abril de 1442 en Santa María de Nieva, donde llegara en seguimiento de su inquieto consorte, incesantemente envuelto en las revueltas de Castilla. La joya artística de este Monasterio es su claustro, labrado en los primeros años del siglo XV, y que ahora será declarado monumento nacional. De él dice el conde de Cedillo en su informe á la Academia de la Historia: «Construído en momento relativamente avanzado del período ojival, el plan y las numerosas y sugestivas supervivencias románticas que le pueblan, junto con los gallardos elementos góticos en él también patentes, hacen del monumento un singular conglomerado, que, si supone una curiosa tendencia reaccionaria en el artista que lo realizó, podría ser objeto de confusiones para quien lo contempla, de no ser conocida la historia de la fábrica y de no ostentarse en ella el blasón de la Reina inglesa, que sella, por decirlo así, repetidamente varios capiteles del claustro.» En este admirable claustro hubieron de celebrarse Cortes en 1473. A ellas acudió con lucido séquito de magnates el Rey D. Enrique IV.

Angulo Este del patio del ex monasterio

Un aspecto del claustro

Detalle de los capiteles del claustro

FOTS. UNTURBE

(c) Ministerio de Cultura 2006

UN PROGRAMA DE TURISMO

EN LOS OASIS DEL SAHARA

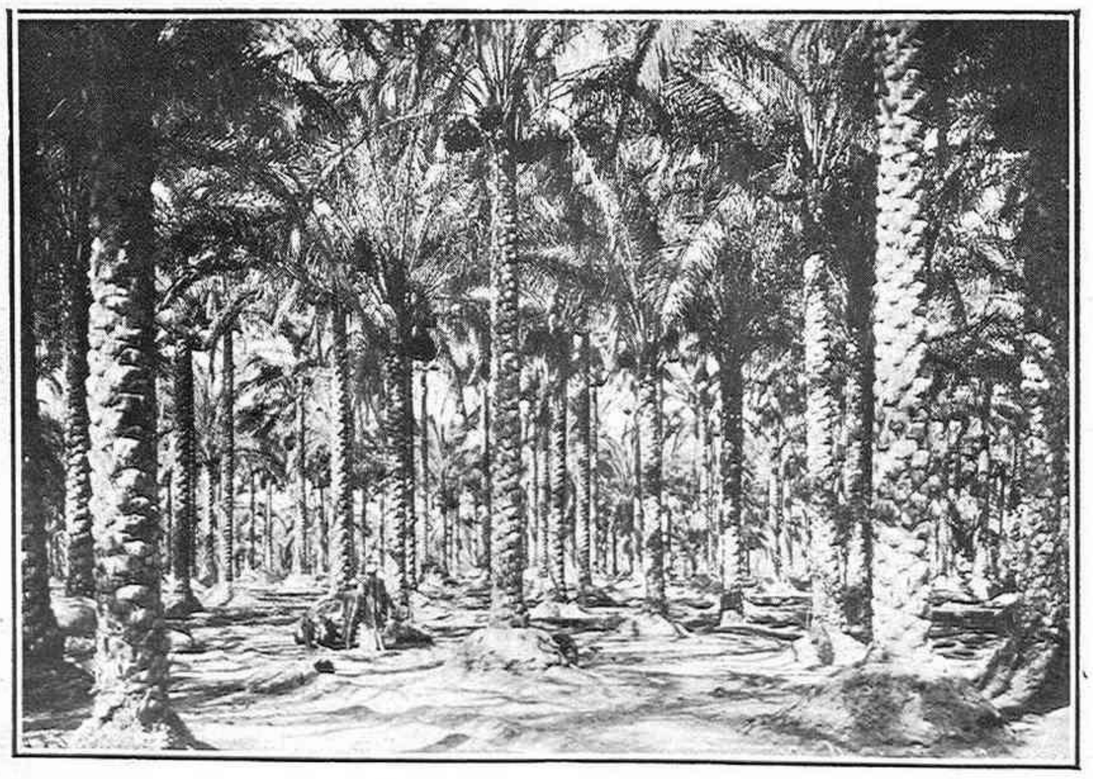
Habitantes de un oasis algeriense alrededor de una fuente

Este podría ser, lector, un artículo enteramente poético; casi lírico y casi trágico, y aun epopéyico. Los grandes poetas que la Humanidad tuvo, en la edad feliz en que era posible ser profesionalmente poeta, no conocieron el Desierto y olvidaron la más grande figura que las Escrituras y la tradición nos han legado, para personaje central de una epopeya espantable: Agar viendo á su hijo Ismael agonizar de sed en el Desierto. Tan grande es esta figura, que algunos escritores místicos creen ver en su dolor un símbolo profético de María contemplando á Jesús agonizar en la cruz. También Cristo, como Ismael, exclamó: «¡Tengo sed!»

Y, sin embargo, éste no será un artículo poético, sino completamente crematístico. Imaginaos que en vez de literatos, somos los organizadores y directores de una agencia de turismo. ¿Dónde podríamos llevar nuestra clientela que más nos lo agradeciera que á uno de esos lugares, llamados exóticos en las guías, donde existieran aún virginidades inexploradas y de donde no hubiese desaparecido todavía ese conjunto de cosas características que llamamos banalmente «color local»?

Cogeríamos un mapa-mundi y recorreríamos el orbe entero, creyendo que no habríamos de encontrar una región autóctona y primitiva por donde hacer pasear á nuestros viajeros. Aparte los dos casquetes de los polos, que están todavía un poco inhóspitos, como dicen nuestros más celebrados escritores, y donde no es cosa de aventurarse, el resto del mundo, ó anda todavía revuelto en guerras y preparándose para sublevarse, ó está completamente europeizado, proporcionando á los turistas los más crueles desengaños.

Hasta ahora, lo único que parece haberse librado de la invasión de ramplonería y vulgaridad que lleva Europa á todas partes, es el Sahara, con la imponente majestad de sus dunas ondulantes, con el misterio amedrentador de sus noches luminosas, con la trágica amenaza de su simún abrasador, con sus espejismos milagrosos que fingen la inmensidad del Océano... El Desierto pondría espanto en el espíritu humano, si no estuviera matizado de oasis. Sólo habiendo visto uno de estos vergeles encantados, después de caminar toda una noche á lomos de un dromedario, sobre las dunas, se concibe su portentosa belleza. No hay modo de imaginársela, porque la admiración que nos produce nace, más que de ella misma, de su comparación con la desolada y ardiente llanura que acabamos de atravesar. Nadie sabe — acaso el náufrago que ve dibujarse en el horizonte los mástiles del buque que puede salvarlo — cómo es la emoción intensísima que nos produce acercarnos al oasis; nadie sería capaz de adivinar cómo se aparece ante los asombrados ojos la masa de verdura de las palmeras cimbreantes; cómo suena en los oídos el barboteo del agua en el manantial; cómo la voz humana, el canto de un pájaro, el rebuzno de un asno, nos parecen la más bien concertada música que escuchamos jamás...



Un bosque de palmeras en el Tonat

El oasis suele estar rodeado de un alto cerro, murallón ó terraplén hecho con las mismas arenas, mal contenidas por las raíces de las gramíneas y las plantas trepadoras que las cubren. En derredor del manantial ó del pozo abisinio se extiende el bosque de datileras, y al amparo de sus palmas, que cubren el sol y contienen al viento, la tribu cultiva el naranjo, la higuera y otros árboles frutales, y ara la tierra y siembra trigo.

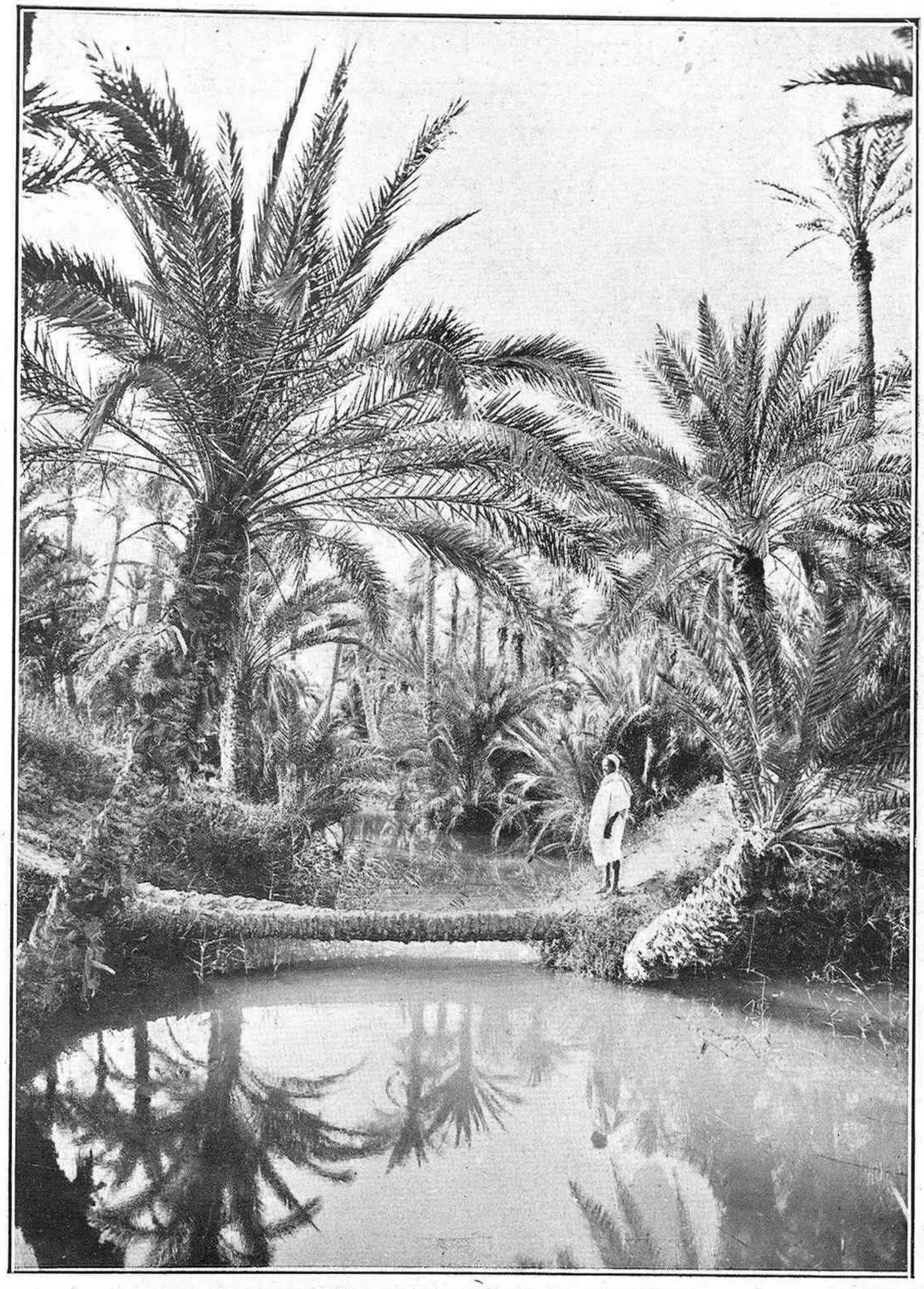
Hasta ahora, aun en los oasis más cercanos á las regiones meridionales de Argelia, no se encontraban más que misérrimas casucas hechas con barro, y acaso algunas blancas *kubbas* de marabúes, enaltecidas por la tradición y la leyenda. Así, era difícil internarse en el Desierto. Los turistas más osados apenas se atrevían á seguir hacia el Sur después de contemplar la admirable cascada de Sidi-Musa des.

(c) Ministerio de Cultura 2006

peñándose de su altura de trescientos metros; cascada milagrosa á la que corren los sahareños á curar sus enfermedades y donde resuena el fatalista grito *Mektub Alá!* como el eco de la agonía de una raza.

Pero he aquí que el turismo va á tener inesperados desenvolvimientos. La conquista del Sahara se realizará en breve plazo, y será posible hacer un viaje de placer, recorriendo los oasis del Desierto. En primer lugar, hay dos medios de comunicación que substituirán el lento, penoso y cansino andar del dromedario: uno es el avión, que vuela ya en todas direcciones sobre Africa, que ha hecho la travesía del Cairo al Cabo de Buena Esperanza, y de Casablanca á Dakar, que ha penetrado en el Congo belga; el otro, acaso el más seguro y posible, el que resuelva verdaderamente el problema del Desierto, es el tanque, el prodigioso vencedor de la guerra europea.

La pezuña plana del dromedario no se hunde en la arena como se hunde la del caballo. Así, la ancha rueda del tanque, que se desliza sobre la superficie, podrá vencer todas las dificultades que opone el Océano de arena. Imaginad una caravana de tanques que, aun sin llegar á grandes velocidades, puede recorrer durante la noche las penosas etapas que hay de oasis en oasis, y comprenderéis que el Desierto está conquistado ya para el turismo. Claro es que apenas se inicie la corriente de viajeros, se transformará el oasis. Bien pronto junto al caserío tuareg ó berebere se alzará el hotel europeo. Vale tan poca cosa un bosque de palmeras en medio del Desierto, que, con indígenas y todo, podrá comprarlo entero cualquier compañía de hoteleros suizos ó franceses. En-



Puente construído con palmeras sobre un riachuelo del Tonat

tonces, la originalidad de la vida sahareña se industrializará, se estilizará, se someterá á los cuidados de un artista que procurará servir á los turistas la emoción con el mismo refinamiento con que el cocinero preparará sus guisos. Con más éxito que Tartarín podremos ir á cazar el león.

Pero acontecerá más: acontecerá que surgirán sobre los arenales del Sahara oasis artificiales; más aún: que el hombre vencerá al Desierto, al arenal inmenso, al simún, al calor despiadado y á las fieras. Bastará para ello encontrar agua; hacerla subir á la superficie con poco gasto, y donde el hombre pueda trazar un regato ó hacer un estanque, sembrar palmeras, que cubren pronto á las arenas con una capa de tierra vegetal. Es indudable que debajo del lecho arenoso del Sahara hay una capa de agua artesiana. El pozo abisinio, gracias al que hoy existen muchos oasis, es coetáneo ó anterior á la reina de Saba, á la graciosa majestad que fué á visitar á Salomón. Así, si en las estribaciones del Atlas pueden encontrarse saltos de agua que produzcan fuerza eléctrica á bajo precio, y esta fuerza, de oasis en oasis, puede ser llevada al Desierto, será posible extraer de misteriosas profundidades cantidades de agua incalculables. Fuentes, pozos, acequias, pantanos, verdaderos ríos transformarán el Desierto en tierra cultivable. ¿Se producirá entonces la lluvia que esperan hace siglos los sahareños?

Entonces habrá desaparecido para el turismo emocional el único país que queda en el mundo, en el que el «color local» no es una miserable y ridícula mixtificación.—AMADEO DE CASTRO

Labradores algerienses en un oasis

FOTS. BOYER

Recoleccion de naranjas en un oasis algeriense

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA HUELLA

Los ojos de Milka, rasgados y oblicuos como los de una muñeca japonesa, tenían aquella noche el color turbio del ajenjo aguado. Sus pupilas, quietas, dilatadas, sin expresión, eran como dos diminutos espejos deslustrados que no reflejaban nada.

Retrepada en su asiento, hierática y muda, con la mirada perdida en el espacio, la muchacha permanecía ajena al bullicio del *cabaret*, pletórico de animación en la primera hora de la madrugada.

La orquesta poblaba el ambiente de estridores inarmónicos, con los compases de una danza exótica... El humo aromado de los cigarrillos tendía bajo las luces, veladas por pantallas rosas, una nube azulada... Una fragancia artificial, de esencias exquisitas, aromas de extraños licores y tibias vaharadas humanas, hacía denso y pesado el aire... Bajo el crudo reflejo de los arcos eléctricos, en el salón de baile cercano, se deslizaban las parejas, enlazadas en un prieto abrazo sensual, que hacía contrastar las pinceladas negras de los trajes de etiqueta con el albear deslumbrante de los descotes y los brazos desnudos de las mujeres, que, enlazados á los cuellos varoniles, semejaban blancas y palpitantes sierpes de alabastro oriental...

De una cajita de concha, cerrada á tornillo, que extrajo de su bolso guateado, Milka vertió unos polvos blancuzcos en la copa de agua que tenía delante de sí en la pequeña mesita del *bar*. Agitó el líquido para precipitar la disolución y se lo bebió con ansia, entornando con delicia los párpados ahumados de *kool*, que se plegaron, ocultando un instante sus bellos ojos celestes.

—¿Por qué tomas cocaína, Milka? — le pregunté, compadecido, al verla ingerir la droga mortal...

Se encogió desdeñosa de hombros; hizo una mueca de hastío con sus labios gordezuelos y rojos, y murmuró displicente:

—¡Phs! Para olvidar...

En el ambiente lujoso y galante del *cabaret*, Milka, con su belleza ambigua de efebo; con su cuerpo esbelto y cimbreño, en el que apenas se insinuaban turgencias femeninas; con sus ojos claros y sus tocados extravagantes, era la figura más extraña, la más llena de interés entre todo aquel mundo abigarrado, aventurero y cosmopolita... Lo que más intrigaba de Milka eran sus manos; sus manos, finas y diminutas, siempre cubiertas por negros guantes de piel de Suecia... Nadie había visto jamás desnudas las manos de la linda pecadora.

Instigado por la curiosidad que desde que la conocí me dominaba, la interrogué:

—¿Por qué usas siempre guantes negros, Milka?

Estremecióse débilmente la muchacha, que parecía somnolienta y desmadejada.

—Esta noche — murmuró con voz queda — puedo decirlo, voy á decírtelo todo... He tomado ahora *coco*, y antes de sentarme aquí, en el tocador, me he puesto dos inyecciones de morfina... Así que ya todo me da igual...

Sus ojos, cada vez más turbios, no me miraban. Y su voz lenta, monótona, como si rezara, me contó:

—Tú no lo sabes, ¿verdad?... Tú no conociste á León... Era mi novio, en París, cuando la guerra... Yo no me acuerdo cómo le conocí una noche... Sólo sé que él me quería mucho, mucho, y me daba mucho dinero... Un día fuí detenida en el *boulevard* y llevada en un *auto* no sé adónde: á un palacio grande y triste... En un salón, un hombre me hizo mil preguntas, me amenazó, me dijo muchas cosas... Yo tuve mucho miedo y prometí hacer todo lo que me mandaran... Y desde entonces vigilé á León, lo seguí, lo espié, registré sus ropas todos los días y velé su sueño muchas noches, por si soñando decía algo... No me digas que hice mal. Yo estaba loca de miedo, de no sé qué; me hicieron odiar á León, me convertí en su enemiga... Un día le sorprendí leyendo unos papeles, que me ocultó. Yo me fijé en dónde los guardaba, y aquella madrugada, mientras dormía, los cogí y salí huyendo, llevándomelos... Ya no le volví á ver más. Le detuvieron en seguida y, acusado de espionaje, aquella misma semana lo fusilaron en el «Polígono»...

Calló Milka, como abrumada por la pesadumbre de sus recuerdos...

—¿Y después?— inquirí ansioso.

—Después... ¡Fué horrible, horrible! Yo no podía vivir, de terror, de remordimiento; por todas partes le veía muerto, destrozado á balazos, lleno de sangre; amenazándome, loco de furor, por mi traición... No pude resistir el tormento; huí de París, fuí á Italia, he venido á Madrid; pero ¡todo es inútil!, le veo siempre, ¡siempre!, delante de mí... Veo su sangre, derramada por mi causa, que me llena el vestido y me nubla la vista; y hasta cuando me miro al espejo, me parece que alrededor de la cabeza tengo una aureola roja, como esas coronas que les ponen por nimbo á las imágenes...

—Pero ¿y los guantes?

—¡Oh! — suspiró aterrada la pecadora —. Tú no querrás creerlo... Pero es que desde el día que lo fusilaron, tengo manchadas las manos con su sangre, ¡con la sangre de León!, y no quiero que se me vean...

—¡Vamos, mujer! ¡No seas niña! Esa es una obsesión, una alucinación de tus ojos. Mírate las manos tranquilamente, sin superstición, y verás cómo no tienes nada en ellas...

Le tomé una mano, que ella me abandonó inconsciente y laxa, y desabotonándole el guante, le dije, mientras se lo quitaba:

—Mira, mira sin miedo, y verás cómo es una ilusión tuya...

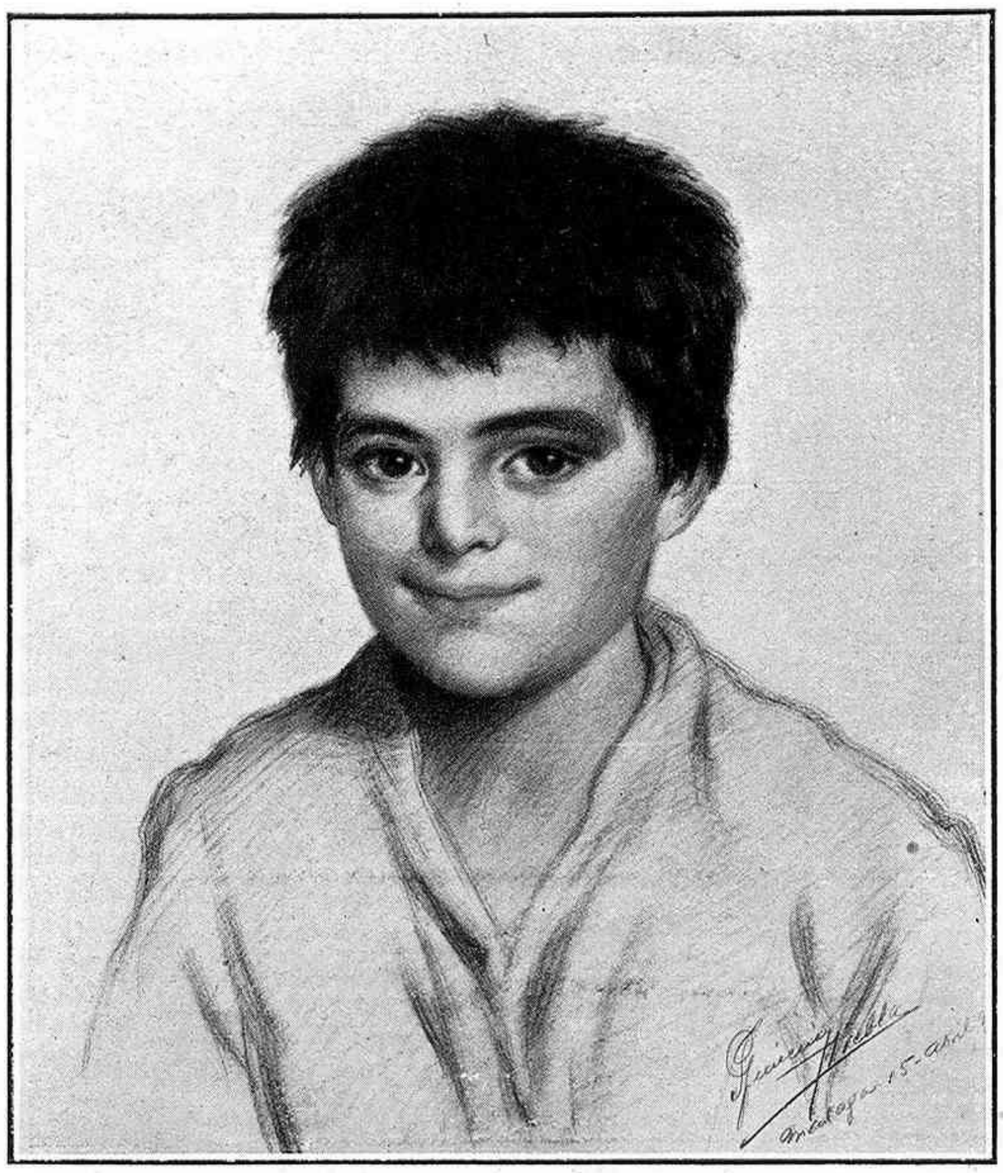
Apenas pude reprimir un grito de espanto y de sorpresa: la mano de Milka estaba manchada de rojo; de un rojo cálido y brillante que tenía la purpúrea tonalidad de la sangre humana...

JULIÁN FERNANDEZ PIÑERO

DIBUJO DE TONO

(c) Ministerio de Cultura 2006

PILLUELOS



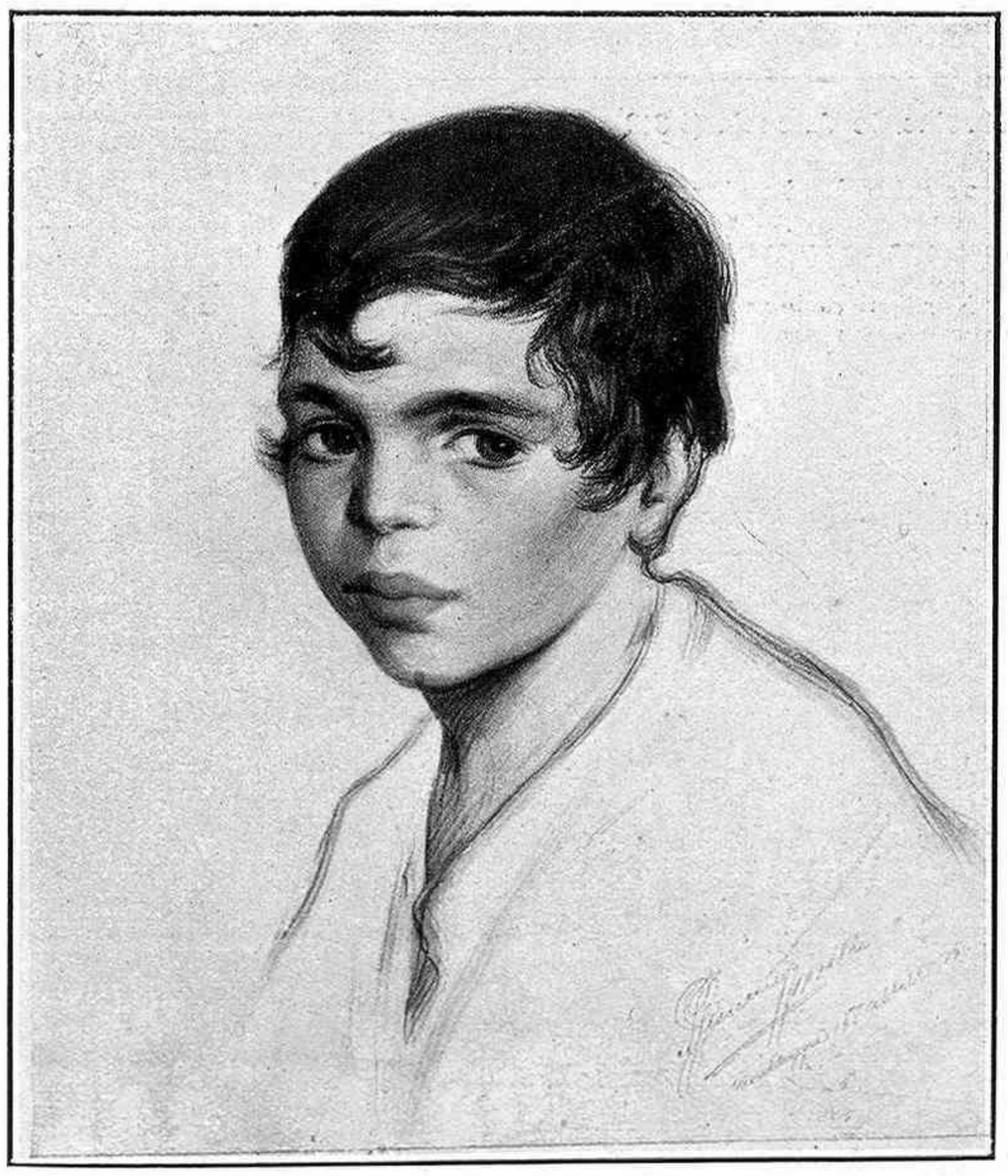
Ante el mosconeo de los mendigos; ante la coacción que sus andrajos, suciedad y malos olores, frotándose contra nosotros con pesadez imposible, ejercen sobre la voluntad, al conjuro de sus jeremiadas, aulladas en un tono sombrío de dolor y compunción, que casi siempre adivinamos falsas, y que, para afirmarnos en la creencia, conviértense muchas veces, ante la negativa, en obscuras y confusas amenazas, ó descaradamente en fanfarrias de injurias, ó ante ese rudimentario *chantage* que estriba en clamar con grandes voces anunciadoras de nuestra presencia cuando queremos pasar inadvertidos, sentimos sorda ira que nos impulsa á mandarles á paseo. Nos volvemos, y nuestra energía cae por tierra al tropezar con unas pupilas infantiles.

□□□

¡Los niños!... Sabemos que su dolor es mentira; sabemos que á esa edad feliz el dolor no existe; que, como la pordioserita del verso clásico, *lloran por su madre...*, sin perjuicio de un momento después brincar y reír y cantar por cuenta propia. Y sin embargo... Hay unas pobres nenitas tan pálidas, tan exangües, tan maceradas y dolientes, que oprimen el corazón y mueven á la lástima.

Todavía los pordioserillos provincianos son más alegres, tienen la confianza de quien conoce á cuantos le rodean; confianza que la divina inconsciencia de la infancia torna en una familiaridad afectuosa; todavía los mendicantes pueblerinos alegran sus rostros con colores de manzana madura, y los caminantes tienen en sus caras de pilluelos la pícara gracia de los personajes de nuestra literatura clásica; pero nada más doloroso que esos golfillos de las grandes ciudades, con estigmas de enfermedades y vicios hereditarios, con precoces adivinaciones en las pupilas tristes, con gestos cohibidos, prisioneros, torturados, que concluyen por deformarles y contrahacerles.

Sentimos una gran compasión cuando en el café ó á la puerta del teatro nos tienden la manita mientras gimen: «¡Una limosnita, por amor de Dios!» Pero luego experimentamos un vivo impulso de ira cuando adivinamos en la sombra la silueta innoble del buscón que les explota ó de la mujerota bravía que se hace pasar por su madre.



□□□

¿Por qué no *enseñar* alegría á los niños? ¿Por qué deformarlos, encerrándoles como en una camisa de fuerza en esa tristeza antipática y jeremiante? ¿Qué razón para hacerlos tétricos, solapados, torvos?

La alegría pirueteadora de los golfillos italianos; la graciosa desvergüenza de los chiquillos de Málaga; esa atención despierta que recuerda la de los perrillos inteligentes, acechante del punto vulnerable del amo para hacerse gratos y arrancarle un gesto *bueno;* esa sonrisa que hace relampaguear las pupilas y vaga en los labios apretados, para no reír, ese es el encanto supremo de los niños.

¿Por qué no enseñarles á brincar, á piruetear, á hacer pueriles habilidades, en vez de á gimotear? Es el principio de la vida y él traza el camino á seguir. En un caso, la alegría serena del trabajo, la salud y la fuerza para recorrer los senderos del mundo, la confianza y la simpatía, la ausencia de odios, la posibilidad de una convivencia feliz con los semejantes; en el segundo, un mirar bizco, rencores, desconfianzas; lo que los franceses llaman un *malentendido;* lo que con frase menos gráfica llamamos nosotros un equívoco. Y como en el mundo todo depende de nuestra manera de mirar las cosas, es la diferencia de la campiña verde y la casita blanca, donde espera la mujercita de las trenzas de oro, á las barriadas obreras, agobiadas de humo, de las grandes urbes, las calles tortuosas y los callejones lóbregos, con casuchas desconchadas y manchadas de humedad; casas que parecen roídas de lepra, y ante cuyas puertas, pintadas de ocre, esperan unas mujerotas soeces embadurnadas de colorines.

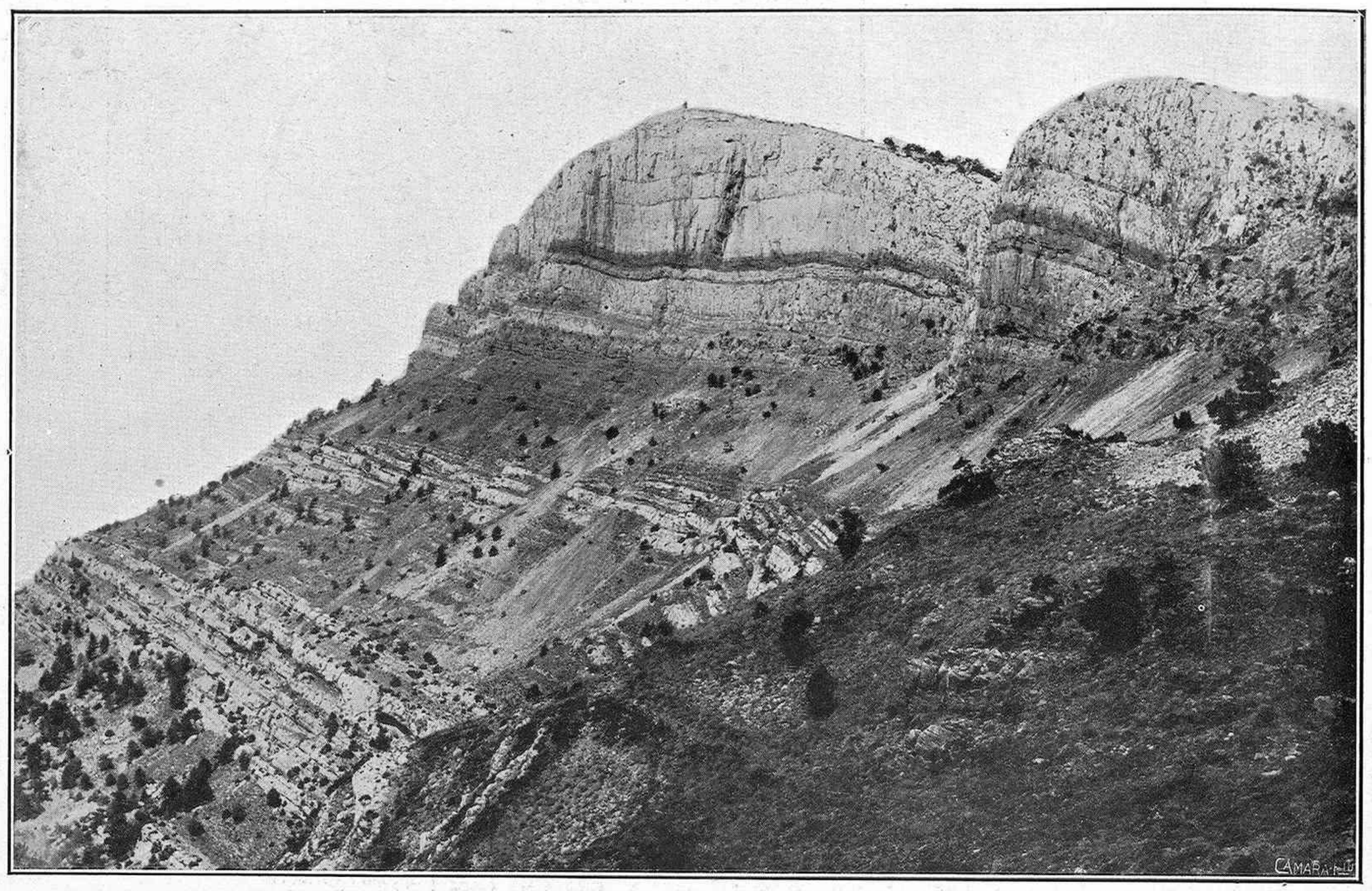
Antonio de HOYOS y VINENT

DIBUJOS DE GIMÉNEZ NIEBLA

© Ministerio de Cultura 2006

OROGRAFÍA

MONTAÑAS DEL LITORAL

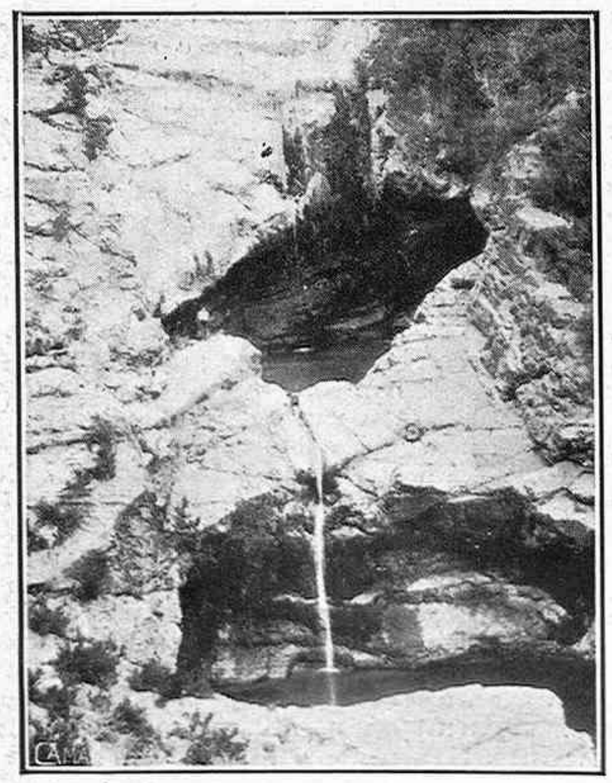


"Peñagolosa", la más elevada cumbre del reino de Valencia (1.813 metros sobre el nivel del mar)

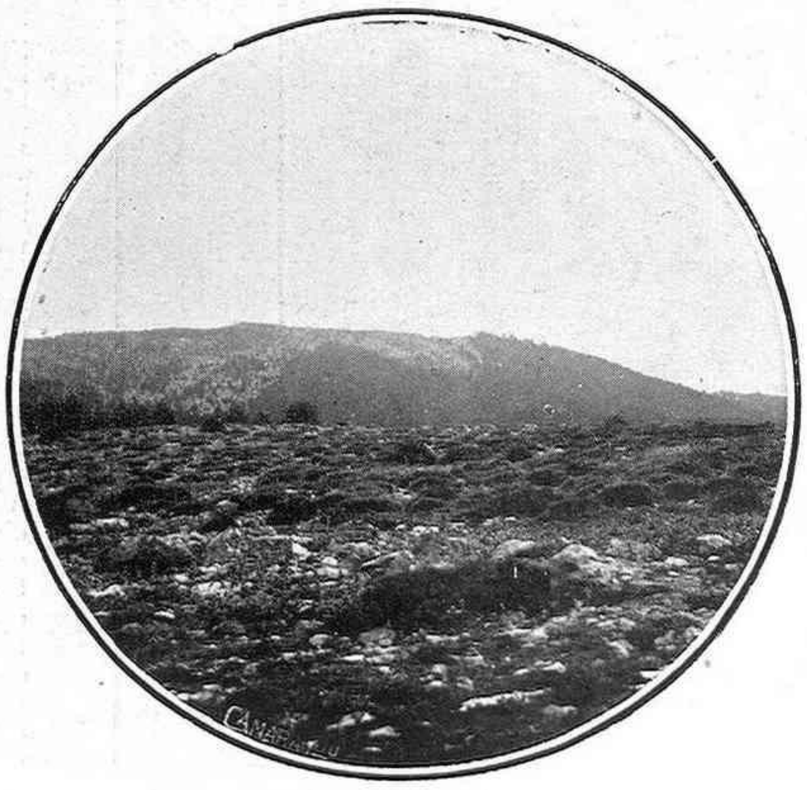
La mayor parte de la provincia castellonense resulta una pequeña Suiza, por el laberinto interminable de cordilleras y sierras, cerros y montañas. A veces son éstas de suave pendiente y terrosas faldas, que permiten escalonarlas con ribazos para secanos cultivos. Pero, generalmente, son rocas vivas, de altos picos y escarpadas pendientes, las cuales, desnudas de toda posible vegetación, amenazan trágicamente, inclinándose siniestras sobre las hondonadas. Bajo un cielo azul obscuro, suelen velarse sus alturas por la neblina, que perezosamente las abraza en la hora melancólica del crepúsculo.

En el Norte y Nordeste de la provincia, el paisaje á veces sorprende y maravilla. Los obscuros caminos vecinales de herradura se pierden en sus pronunciadas y pendientes curvas. El tránsito de vehículos es imposible, por leguas y más leguas de extensión. Muchas comarcas no tienen idea del ferrocarril, y el tendido de una carretera cuesta una millonada.

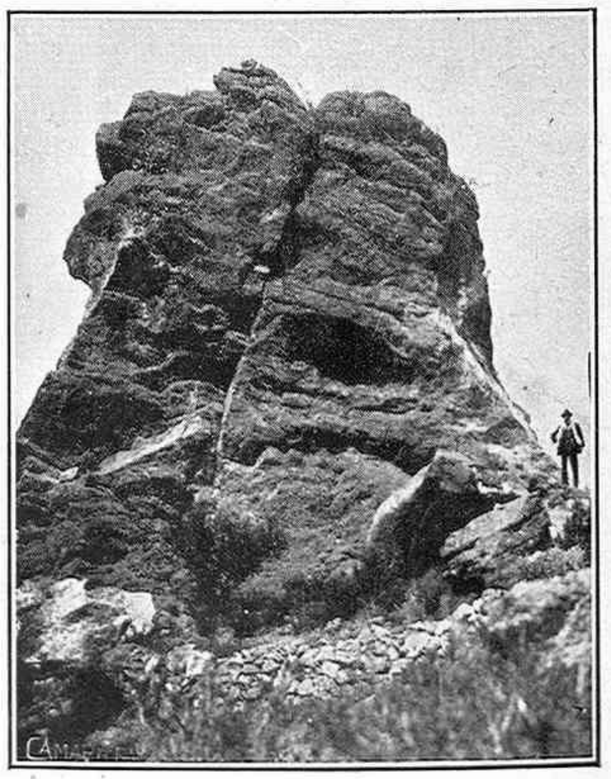
Por algunos lados, rápidos desmontes de dura peña siguen la dirección de interminables montañas. Por entre ellas, los arroyos ó riachuelos que originan las fuentes, deslizan sus aguas cristalinas hasta el fondo de los ríos. Con la blancura de las pétreas montañas contrastan las man-



"El Pozo de las Palomas"



La soledad en la Sierra



Un picacho de "Peñagolosa"

(c) Ministerio de Cultura 2006

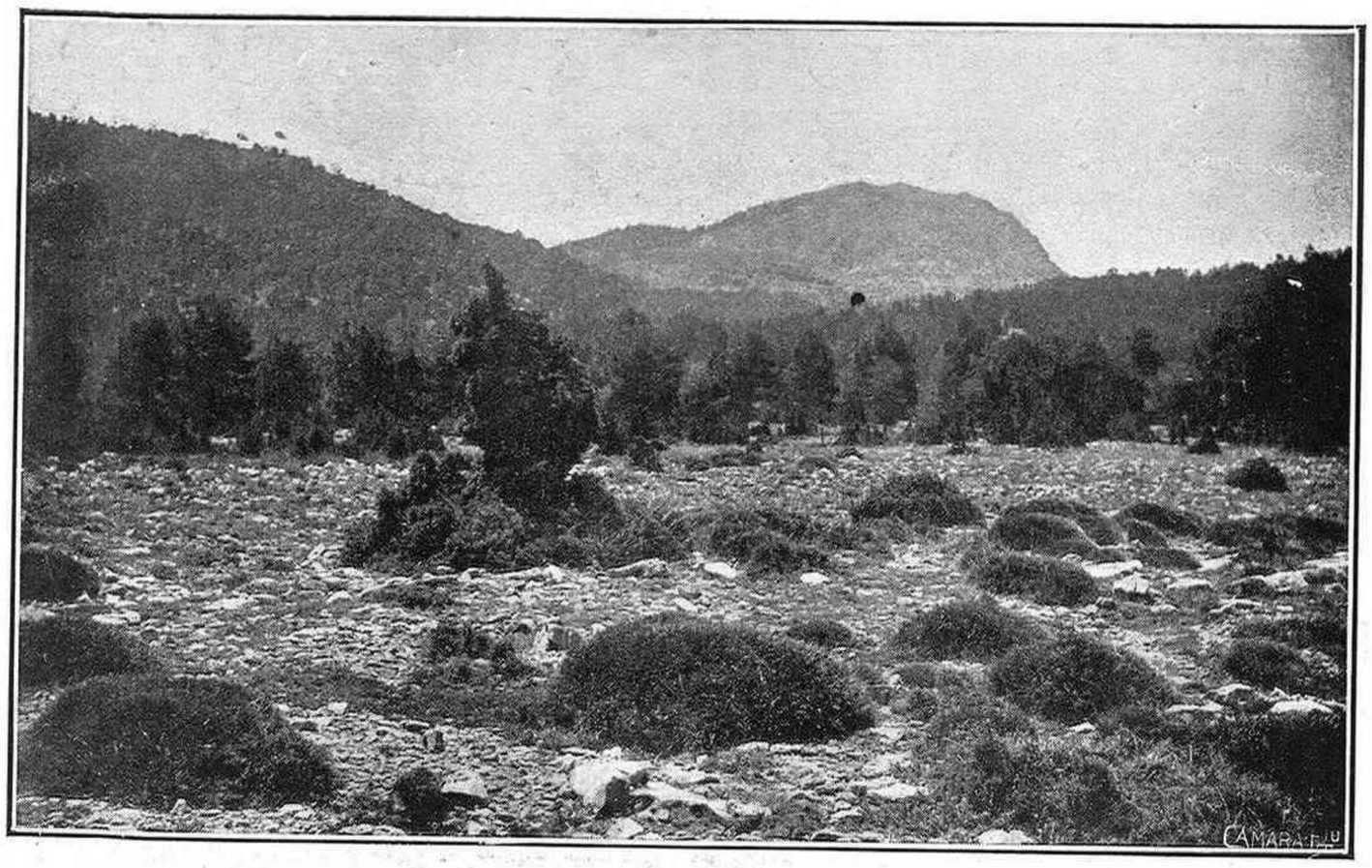
chas obscuras de los bosques de pinares, que las tapizan á veces y perfuman los angostos valles y profundos barrancos. Verdes prados, de intenso color esmeralda, alfombran las mesetas centrales ó anuncian la proximidad de un poblado en los lechos ó riberas de los ríos. Como puntos de inmaculada albura, tachonan el mapa natural las clásicas masías ó casas de labranza, cuando no pobres cabañas, á las que cobijan inmensas moles ó cumbres imponentes de fatigoso acceso, sólo visitadas por los pastores con sus incansables ganados.

Unas montañas con otras se enlazan en interminables sierras, que á su vez se cruzan y confunden en inmenso anfiteatro, sirviéndoles de broche gigantesco el soberbio pico de Peñagolosa, pedestal de 1.813 metros de altitud, nidal de águilas en las grietas de sus precipicios, y atalaya que domina todo el litoral mediterráneo, desde Cataluña á Andalucía.

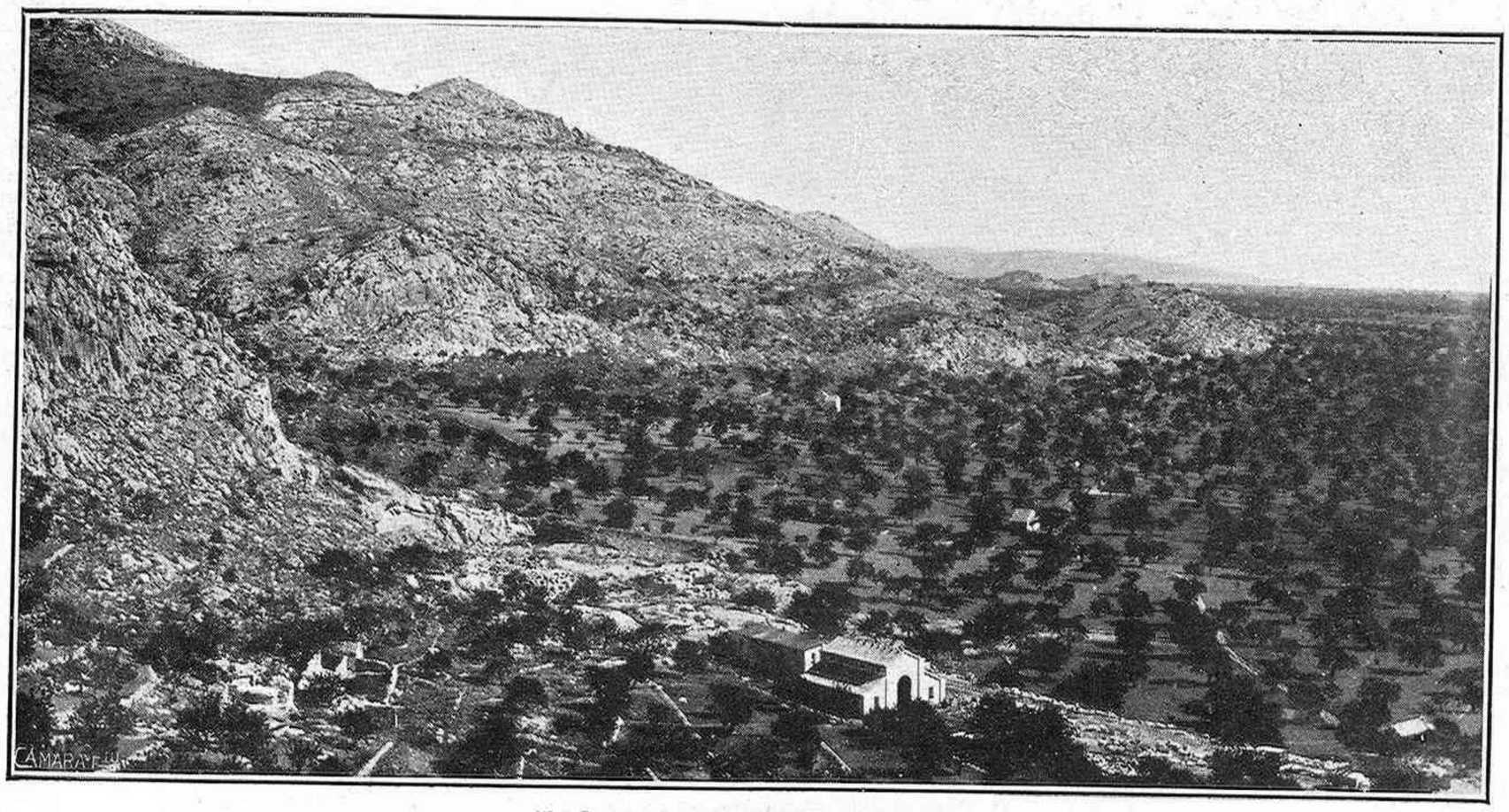
No es fácil hacer una clara descripción de las sierras castellonenses, que en conjunto pueden considerarse como estribación de la gran cordillera ibérica, que en sentido Norte á Sur corre, enlazando el «Mons Idubeda» de los romanos con la «Mole Orospedana».

La cordillera del Idubeda, como afirma Llorente, hace de la provincia de Castellón la más montuosa y árida de las tres que componen el histórico reino valenciano. Desde el límite catalán hasta el río Mijares, es un macizo de cerros que apenas ceja en las playas de Vinaroz y Peñíscola, y viene á repetir en las costas de Oropesa los acantilados de Cataluña. Y dominando ese castillo de rocas de 200 leguas de extensión, se alza orgullosa, como su torre del homenaje, la antedicha Peñagolosa, nombre corrompido de peña colosal. El río Mijares, que, oprimido entre acantilados, atraviesa sus aguas bramando entre los escarpes y saltando de roca en roca, deshechas en espuma, serpentea, al fin, tranquilo en las llanuras de la Plana, fertilizando con sus acequias riquísimos naranjales, antes de rendir al mar el tributo de su desangrado caudal.

En realidad, pueden distinguirse en la provincia dos grandes series de montañas, separadas por las cuencas del Mijares y el Palancia. La meridional, ó sean las sierras de Espadan y Espuña, y la de Peñagolosa, que avanza hacia el Ebro, con leves depresiones, corriendo casi paralela á la costa. La primera comienza por cerca de Almenara, donde estuvo el templo romano de Venus Afrodita, y va aumentando en amplitud y altura hacia el interior. Como cordillera marítima está la que, arrancando de las cercanías de la capital (Borriol y Desierto de las Palmas), recorre hacia Alcalá hasta Peñíscola. La sierra Engarcerán se confunde casi con los empinados montes de Morella, que en desorden van á fusionarse con los de las vecinas provincias aragonesas. Los alzamientos del terreno triásico son pródigos en cerros abruptos y dientes de rodeno: contornos angulosos, simas agudas de ásperas pendientes y valles estrechos.



Parque natural en la cordillera de "Peñagolosa"



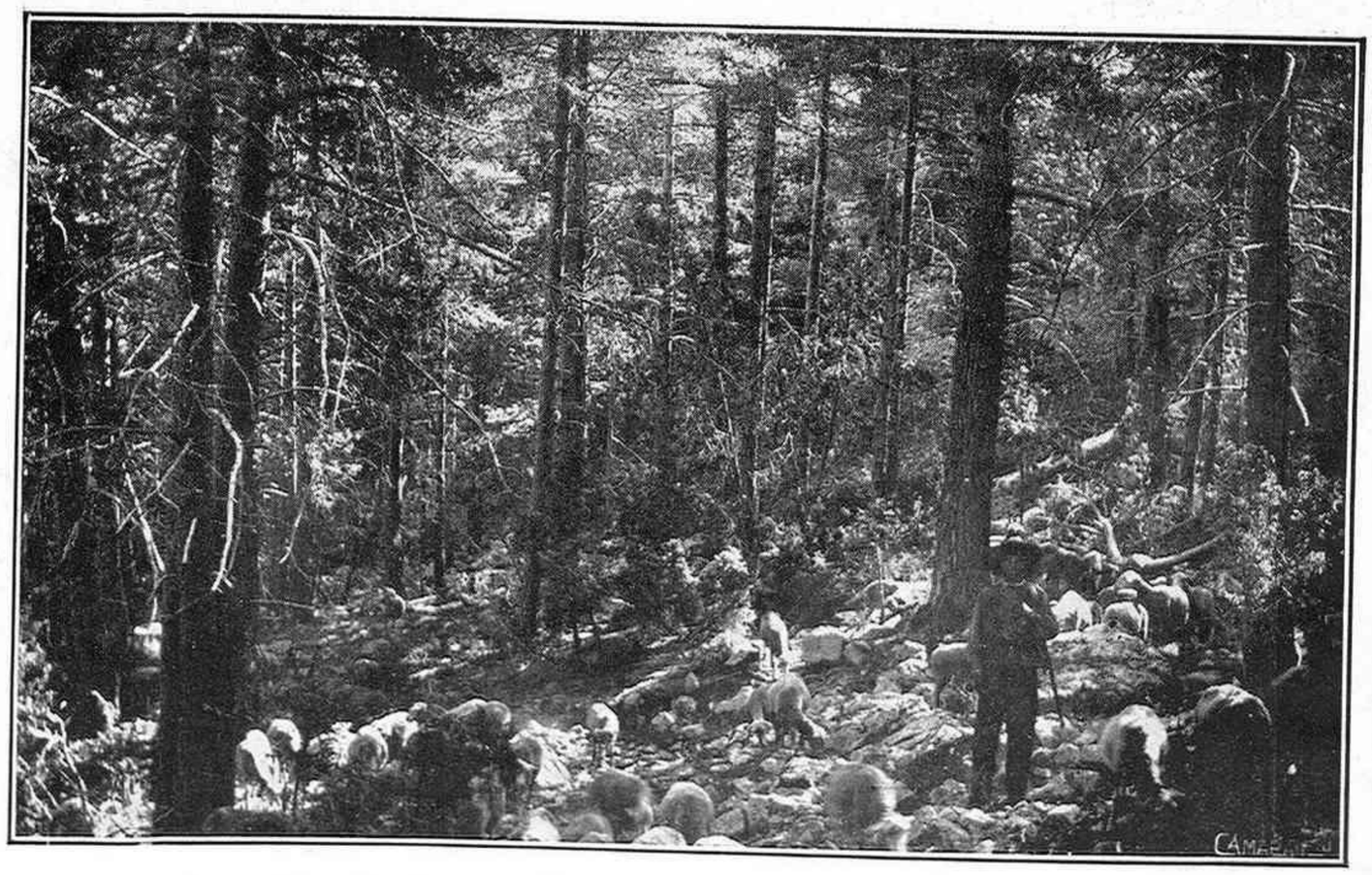
"La Pedriza", en la Magdalena (Castellón)

La sierra de Espadan, en cuyas breñas se riñeron terribles hechos de armas en históricas guerras religiosas y civiles, es una cordillera quebradísima, que en su cima tiene prolongadas mesetas, rodeadas de crestería desigual de afilados peñascos, que, vistas desde abajo, recortan el celaje en líneas tan quebradas como caprichosas, y su ascensión resulta, más que difícil, temeraria, cuando no imposible.

Y en su corazón alberga, como joyas en cerrados estuches, pueblecitos sencillos, encantadores, cuya vida pacífica y patriarcal contrasta con la que acelera y amarga nuestras vidas en las grandes urbes de la llanura.

Dr. Carlos SARTHOU CARRERES

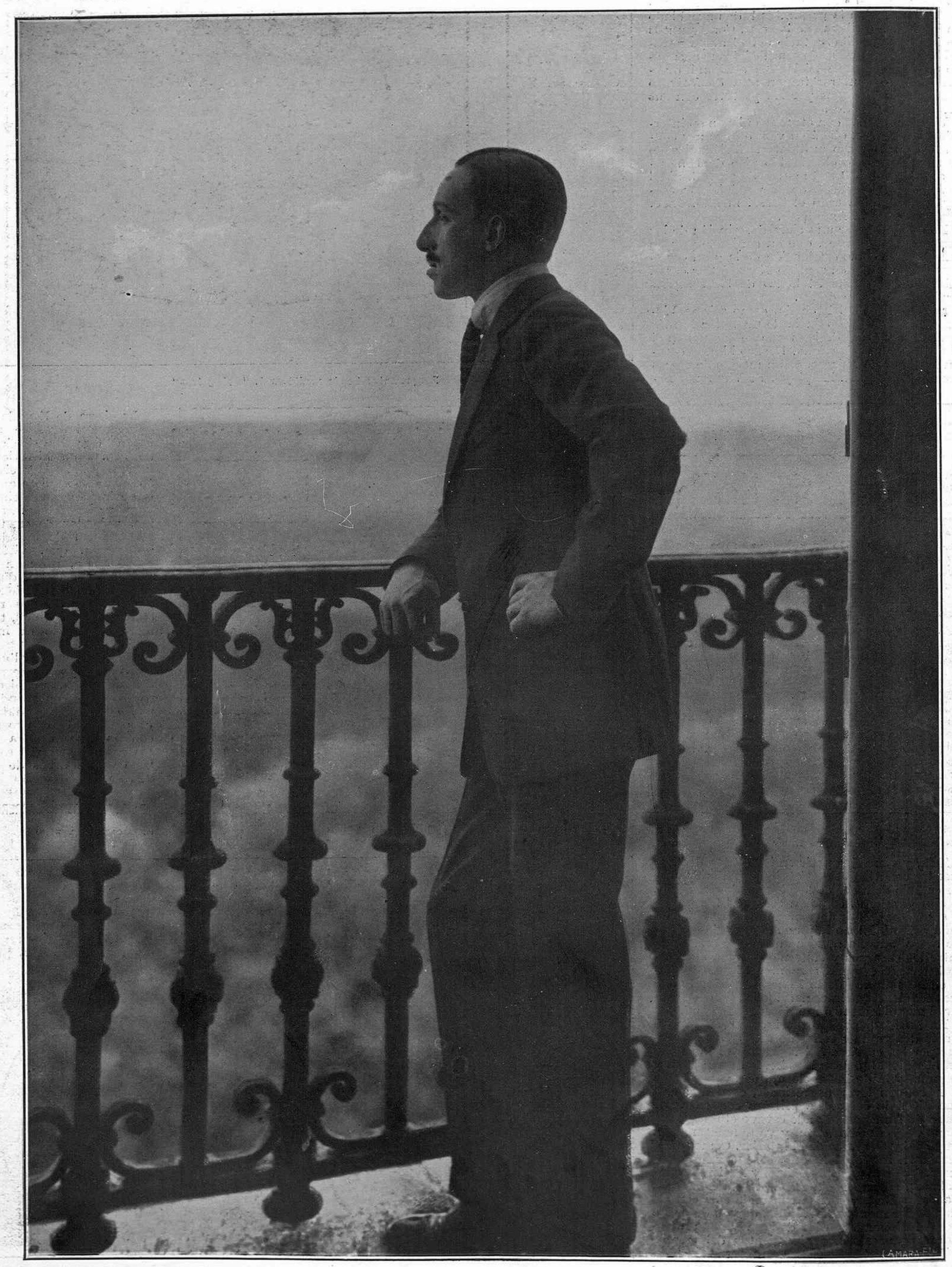
FOTOGRAFÍAS DEL MISMO



Bosque de pinares, propiedad del Estado, en las faldas de "Peñagolosa"

(c) Ministerio de Cultura 2006

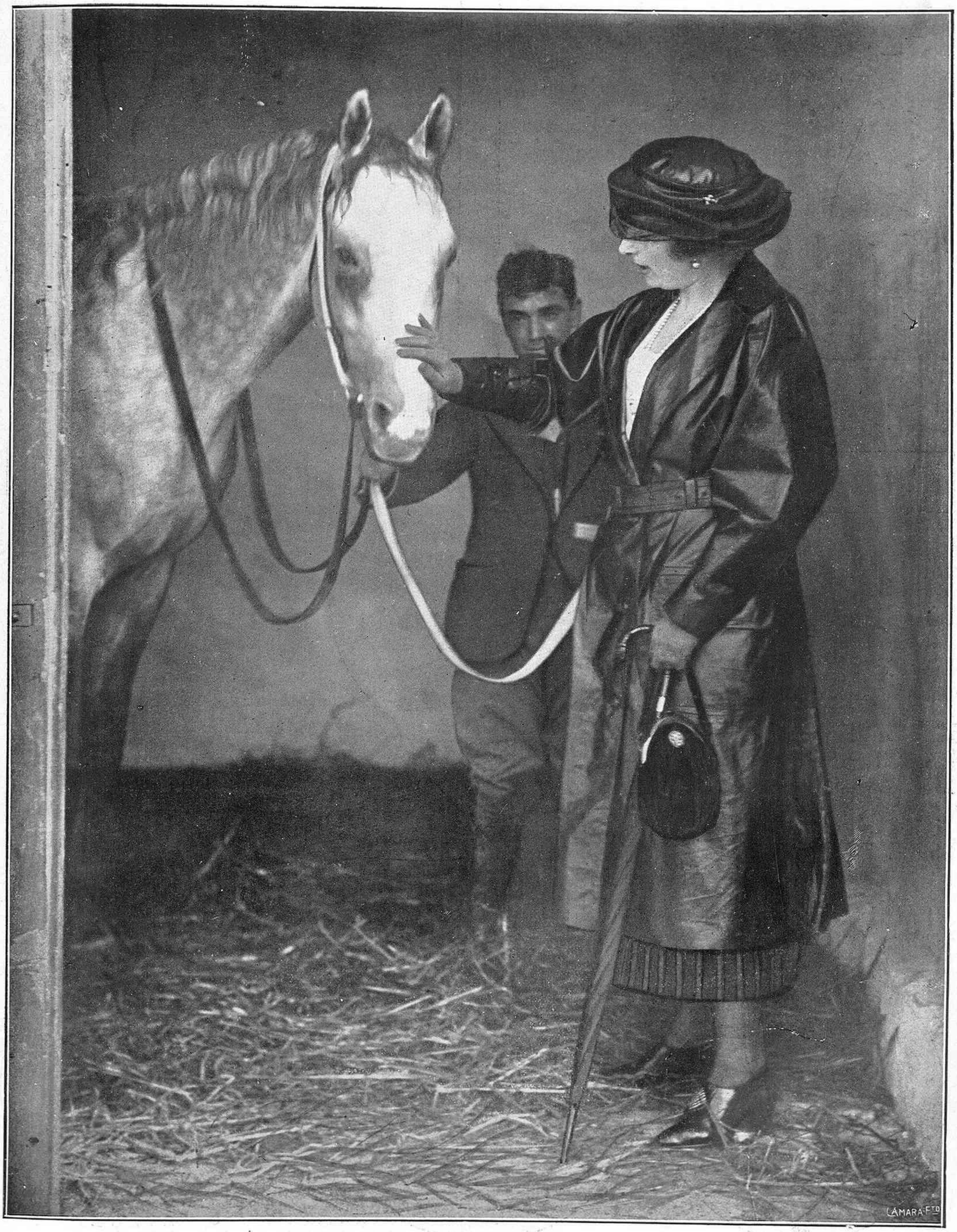
UNA FOTOGRAFÍA DEL REY



Interesante fotografía de S. M. el Rey, contemplando el Campo del Moro desde los balcones del Real Palacio, obtenida por nuestro distinguido colaborador Sr. Satué

(c) Ministerio de Cultura 2006

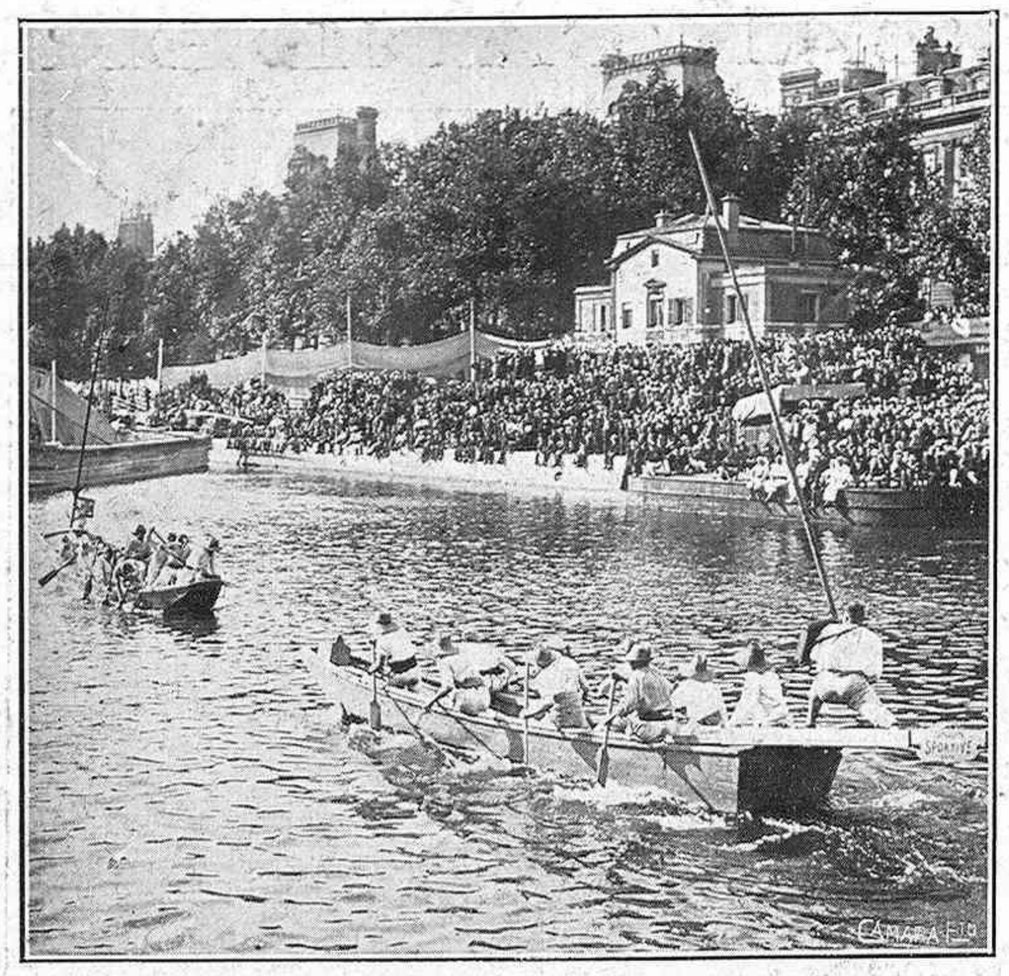
LA REINA EN SANTANDER



S. M. LA REINA DOÑA VICTORIA ACARICIANDO EL CABALLO "KING-CUP", DEL DUQUE DE TOLEDO, EN EL HIPÓDROMO DE BELLA VISTA

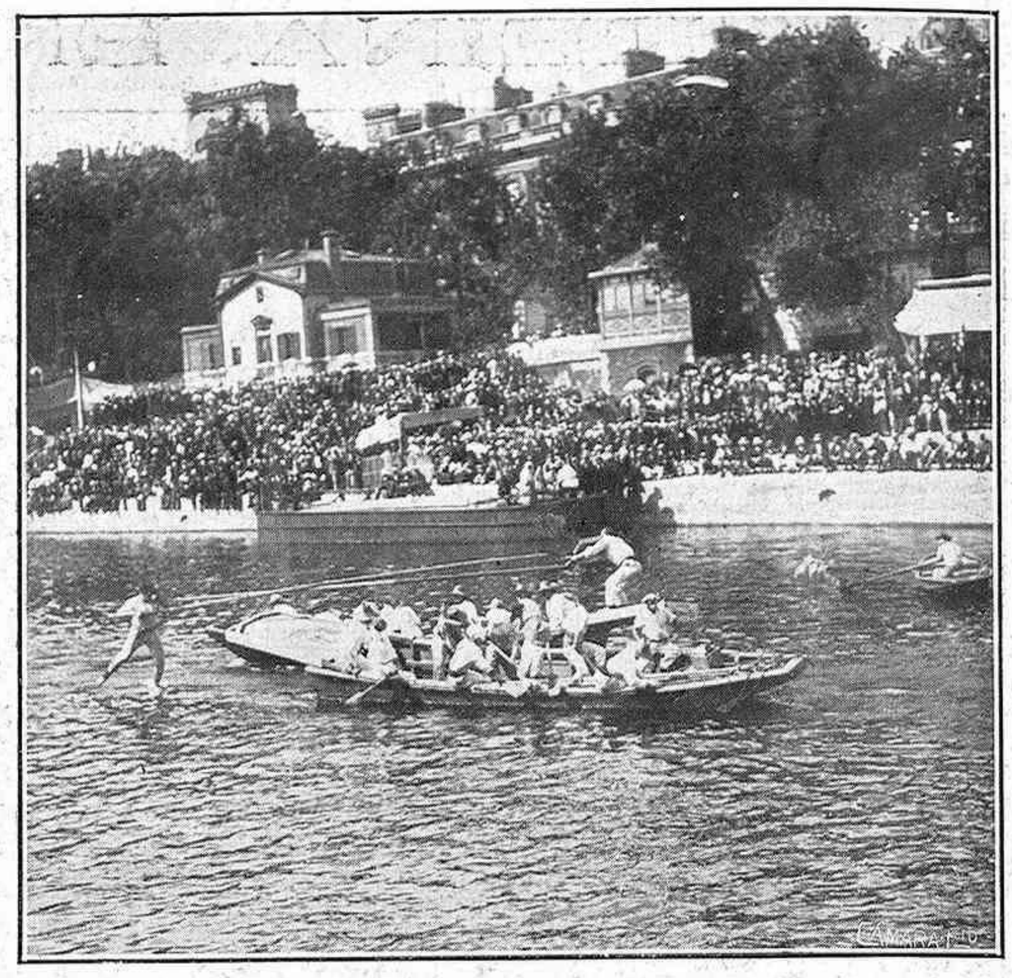
FOT. CAMPÚA

(c) Ministerio de Cultura 2006



Primera fase del torneo

EL TORNEO EN LANCHA



Un combatiente al agua

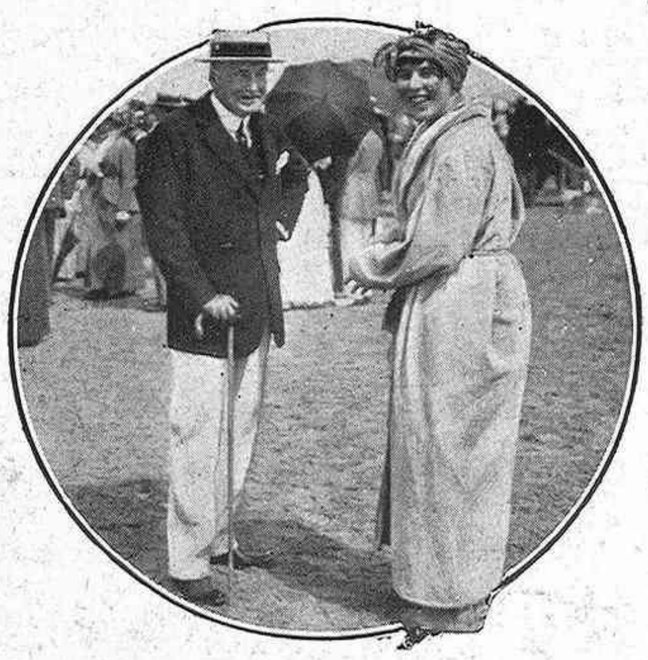
DE LA VIDA VERANIEGA

TIENEN el mar y el río la virtud notable de remozar el alma, al mismo tiempo que el cuerpo... La primera impresión, al volver á la playa después de una larga ausencia tierra adentro, es de alivio, como si el peso de los años, pocos ó muchos, fuera menor...

El agua, que es la gran compañera de todos los juegos de infancia, guarda siempre una memoria y una evocación de ingenuidad: es como la madre ó como el ama, que siguen viendo en el hombre ó en la mujer á quienes, niños, mecieron en sus brazos, no el adolescente, ni el adulto, ni el viejo, sino el chiquitín de las claras risas y de los claros ensueños...

Por eso el hombre de mar se hace octogenario sin haber perdido la infantilidad, y es crédulo, sencillo y bueno, porque su espíritu y su corazón no han cambiado y siguen siendo los de las primeras comprensiones y los primeros amores, al amparo de la eterna arrulladora maternal...

Todos los que veranean en las playas ó los que viajan por mar conocen la influencia misteriosa del Océano sobre los que, viniendo de la tierra, llegan á él... Hay en el viento de los mares y en su inextinguible rumor un aliento y una canción de primavera perpetua... Es como si la intensa vida, oculta en las profundidades, tuviera poder de radiación, y avivara el fuego lento y breve en que arden las existencias terrenas... En las playas, y á bordo de los trasatlánticos, se tejen idilios sin cuento, que duran lo que duran



El "flirt"

el veraneo y la travesía... Junto al mar se hacen proyectos que no tienen realidad lejos del mar...

Con su renuevo de infantilidad, el agua nos devuelve á los juegos que ella nos enseñó allá lejos, cuando estaba en la senda de nuestros primeros pasos... Juegos de fuerza y juegos de habilidad... Torneos acuáticos, regatas, concursos de natación...; y luego las pequeñas piruetas sentimentales. inciertas y vagas en su fácil mudanza, como aquellos afectos que antaño nos hacían ofrecer nuestros juguetes y nuestra protectora ayuda á una amiguita hoy, y á otra mañana... Sólo que en aquel entonces cumplíamos, al menos por un día, lo prometido, y hogaño prometemos, no por un día, sino para toda la existencia, lo que estamos seguros de no poder cumplir.

□□□

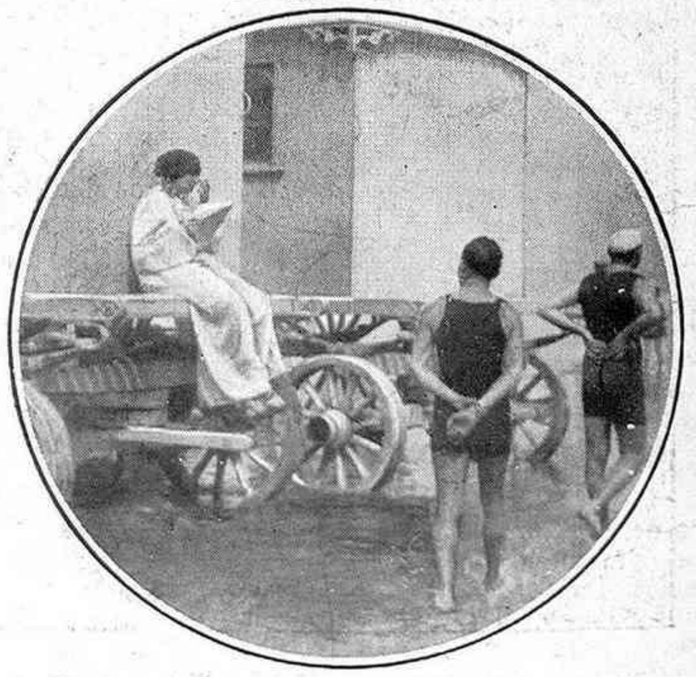
Deportes y juegos del agua, dicha veraniega, bondad pasajera y amor fugaz: todo eso acaba con la primera galerna... Las gentes de la tierra vuelven á la melancolía de sus montañas, á la aspereza de sus llanos, al vértigo enfermizo de sus ciudades... Y un día de otoño queda la playa desierta, limpia de casetas, de sillas, de quitasoles... Hay, sin embargo, una zona de arena respetada por las mareas de verano, y allí quedan huellas de juegos, ruinas de castillos, estaquitas sobre las cuales aún flamean, sueltas al viento como banderolas, las cintas que afianzaban las tiendas de campaña... Entonces llega la primera gran marea del equinoccio, y las olas embravecidas suben al asalto de las costas... Luego, cuando descienden vencedoras, la playa queda lisa, tersa, virginal, sin una mancha que la afrente, sin un recuerdo que la aflija, purificada y renovada por la eterna juventud del mar...

ANTONIO G. DE LINARES

Deportes y juegos del agua

Una tapada

El pugilato



Juego de palabras

(c) Ministerio de Cultura 2006

"Floreras", cuadro de José Rico Cejudo, premiado con tercera medalla en la reciente Exposición de Bellas Artes

LITERATURA PARA LA MUJER

Si nos asomamos al escaparate de cualquier librero veremos que casi todos los libros de reciente publicación podrían venderse en las perfumerías. Parece que han de ser libros perfumados como los abanicos. Si hacemos algo más que asomarnos al escaparate: si nos asomamos á los libros, veremos que, en efecto, hay en ellos la intención del perfume. Desde luego están escritos y publicados pensando en la mujer, unos porque buscan su clientela, otros porque los inspira la obsesión sentimental y, naturalmente, el tema del amor.

No hay por qué censurar esta preferencia, ni valdría la pena de aventurarse en una crítica contra las costumbres que haría sonreír á las lectoras y á los editores. En todas partes la mujer tiene sobre el homenaje de las otras galanterías el de la preferencia editorial. La mujer lee mucho; la española lee cada día más.

Pero es que todas las cosas pueden hacerse bien y mal. Tan difícil es, acaso más difícil, escribir para la mujer como para el niño. ¿Y cuántos libros hay dignos de servir de lectura para los niños? En casi todos se nota un propósito industrial y, desde luego, un error, ó más bien una falta de pureza de intención. Hay libros para niños que suponen á los pequeños lectores tontos de capirote; otros que los educan para pedantes; otros, los que más indignan, que se burlan de la ingenuidad infantil. Pues estos tres tipos de libros equivocados—pase la expresión—se dan del mismo modo en la literatura para la mujer.

Al primero corresponde la literatura blanca, una literatura sin humanidad, sin imaginación, que por huir los riesgos de la inmoralidad forja un mundo ilusorio, tan aburrido, que despierta en las jóvenes lectoras, por contraposición, la idea de que subiéndose al cascote de sus páginas y mirando por alguna ventana, ha de verse otro mundo muy distinto, quizá el de la curiosa y arriesgada Collette Willy. Al segundo, al de la preparación pedantesca, corresponden muchos volúmenes que empiezan por establecer una diferencia mental entre la mujer y el hombre, aunque sostengan lo contrario, y acaban por disponer á las lectoras en plan de guerra. Y al otro, al más grave, al de la falta de pureza de intención, pertenecen centenares de libros escritos casi siempre en frío, que desde la cubierta, donde casi siempre ofrecen más de lo que dan, hasta su última página, descubren un vergonzoso industrialismo.

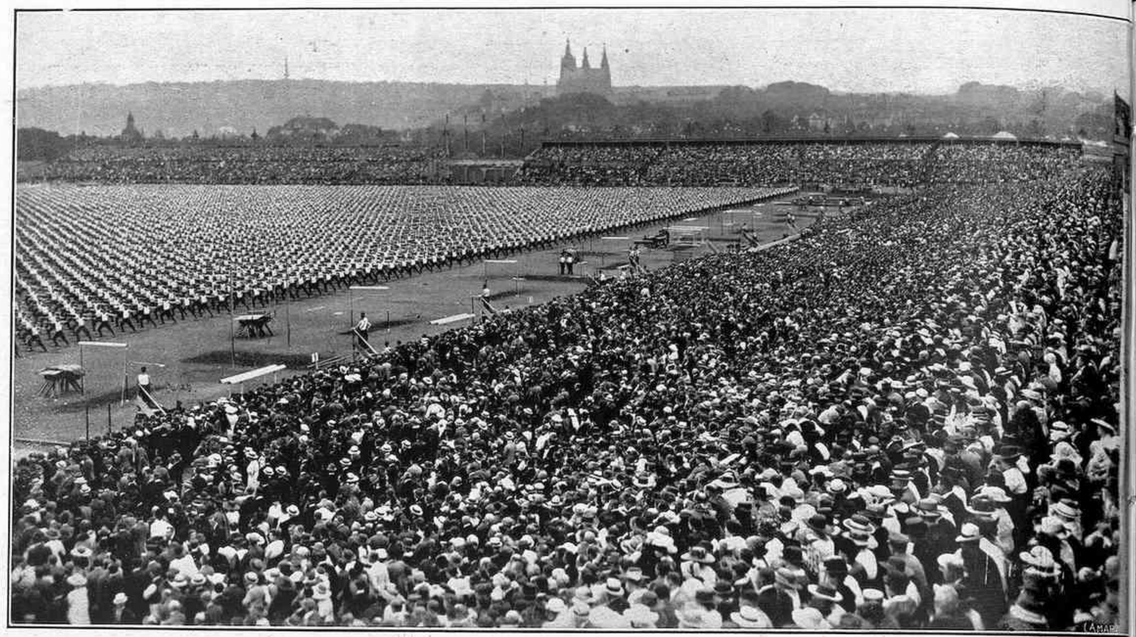
Como la crítica es una función entre nosotros poco menos que abandonada, nadie ha trazado el cuadro de una literatura de tipo bastante curioso á la que pertenecen muchos libros contemporáneos y que pudiéramos incluir en un grupo neorromántico derivado de *La Dama de las Camelias*. Claro que ha pasado mucho tiempo desde los días de Alejandro Dumas, cuyas amigas gastaban miriñaque; pero la poetización del espíritu de aquella dama va siguiendo en las letras españolas contemporáneas una línea de trazos bien definidos que un crítico sincero podría descubrir. Lo malo es que sería preciso leer una porción de libros de éxito en el público femenino, pero que francamente no ofrecen demasiado atractivo.

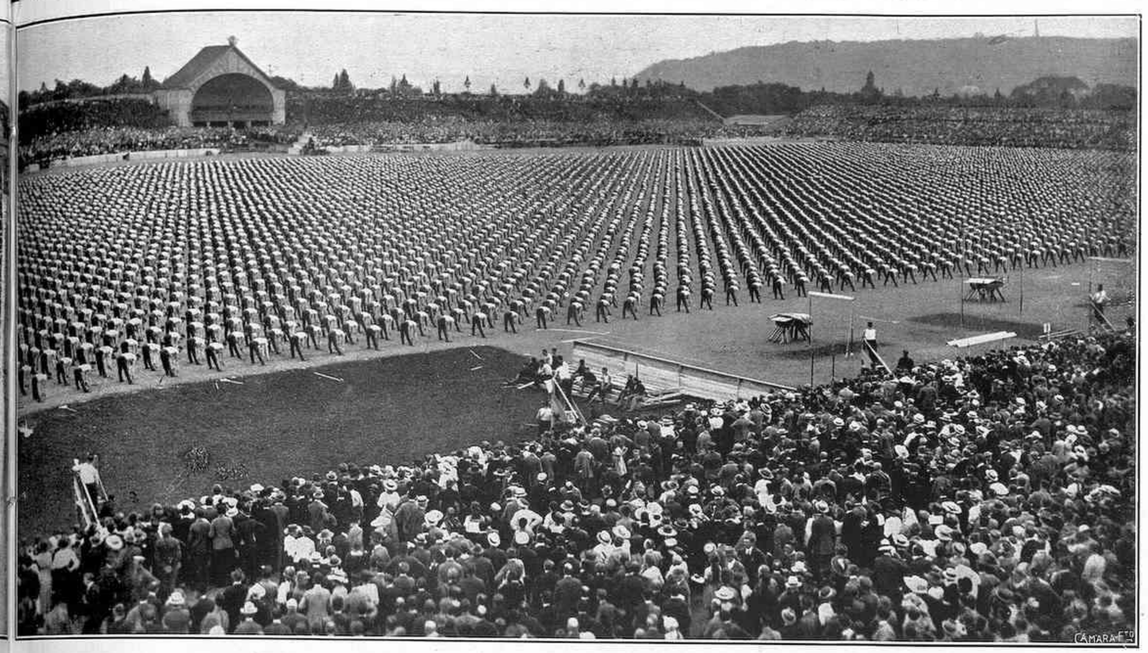
Y, sin embargo, es preciso llenar el legítimo deseo de cultura de la mujer, cultivar su razón y sus sentimientos, prepararla á la lucha en un mundo muy diferente del que conocieron sus madres. Pocas veces habrá habido tanta distancia entre dos generaciones. Si no la moral, por lo menos las apariencias ostensibles de la moral han cambiado por completo. ¿Vale la pena de que vigilemos esa producción literaria de carácter industrialista? Ello sería difícil; más que difícil, imposible. Mejor será preparar sueros é inmunizadores, ya que el peligro es inevitable, y procurar que la crítica, salvando lo que deba salvarse, señale en esas obras el mayor pecado de todos: el pecado de tontería.

LUIS BELLO

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL CONGRESO GIMNÁSTICO DE PRAGA





Dos interesantes vistas panorámicas del campo de deportes de Praga, durante los ejercicios verificados por 25.000 gimnastas checoeslovacos, con motivo de su VII Congreso celebrado recientemente

Mujeres checoeslovacas con los trajes típicos del país, durante las fiestas del VII Congreso de gimnastas "Sokols" celebrado en Praga

(c) Ministerio de Cultura 2006

FILM

Sobre el mar de aluminio
ruedan las nubes blancas.
La sierpe de un camino
se encorva á la montaña
que puso el sol al rojo...
Las velas de los barcos son como llamaradas.

La tierra, al borde del invierno, suda
savias primaverales..., y el mar canta
al borde de la tierra.
Despierta la alegría que soñaba,
y los labios del mundo sonríen en las flores,
y la luz sinfoniza con la orquesta del agua.

Luego, los cielos grises pesan... La lluvia cierne
finos cristales, selvas de vidrio, raudos
de diamantes y perlas... Un polen de ideal
colma el cáliz del alma...
Y la carne contempla su desnudez divina,
su reflejo de Dios, hecho escultura humana.

El sol muerde las nubes,
las abre, las desgarra...
Un arco iris se curva
sobre la alegoría imaginaria
del anciano barbudo
de las melenas blancas.

El corazón del mundo
tiembla... Todas las bocas cantan;
murmuran algo hermoso...
La emoción brota sana,
fragante y nueva del espíritu...
Y el entusiasmo grita, borracho de esperanza.

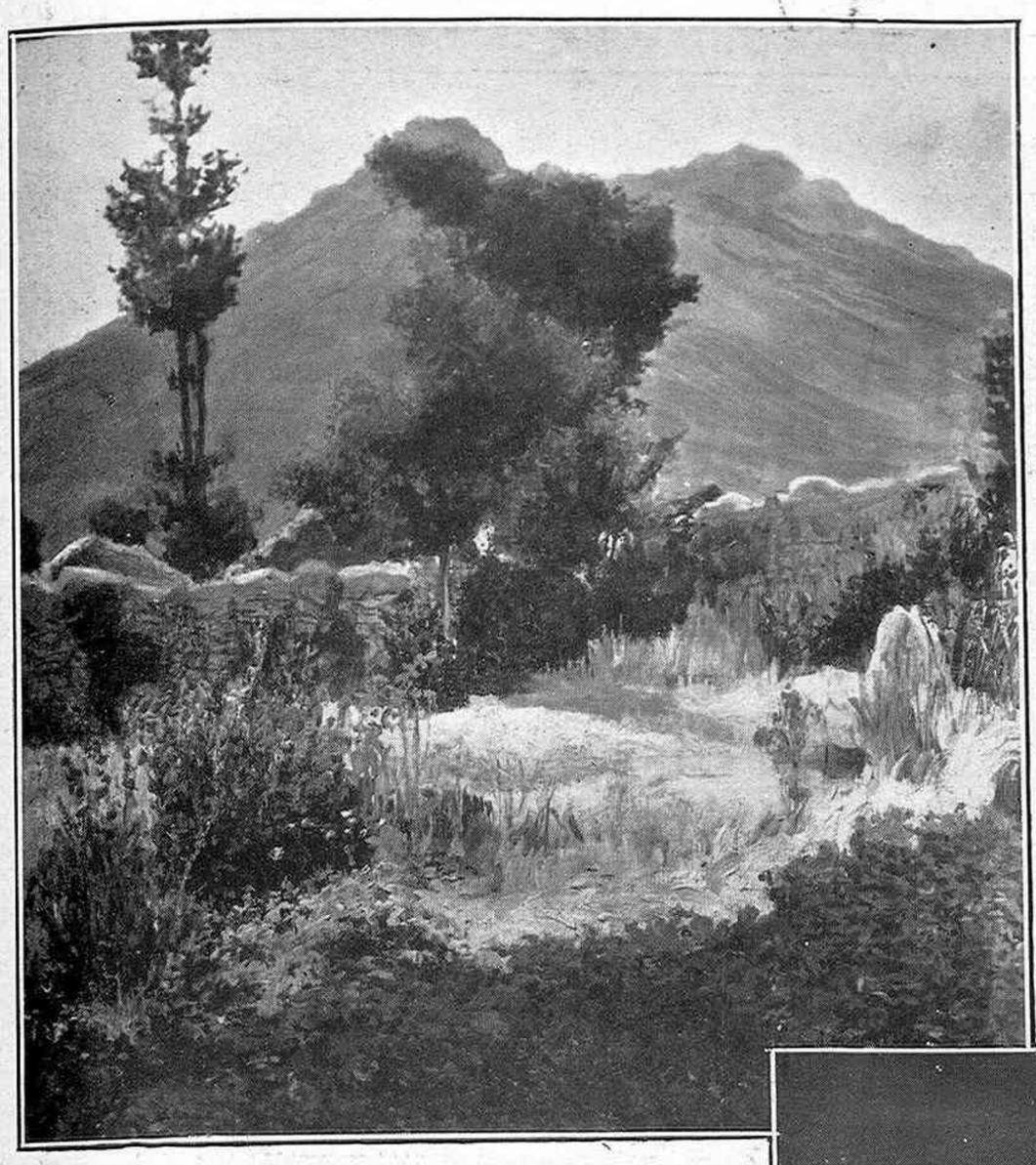
Eliodoro PUCHE

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

(c) Ministerio de Cultura 2006

UNA EXPOSICIÓN ARTÍSTICA

LA ESCUELA DE CERÁMICA

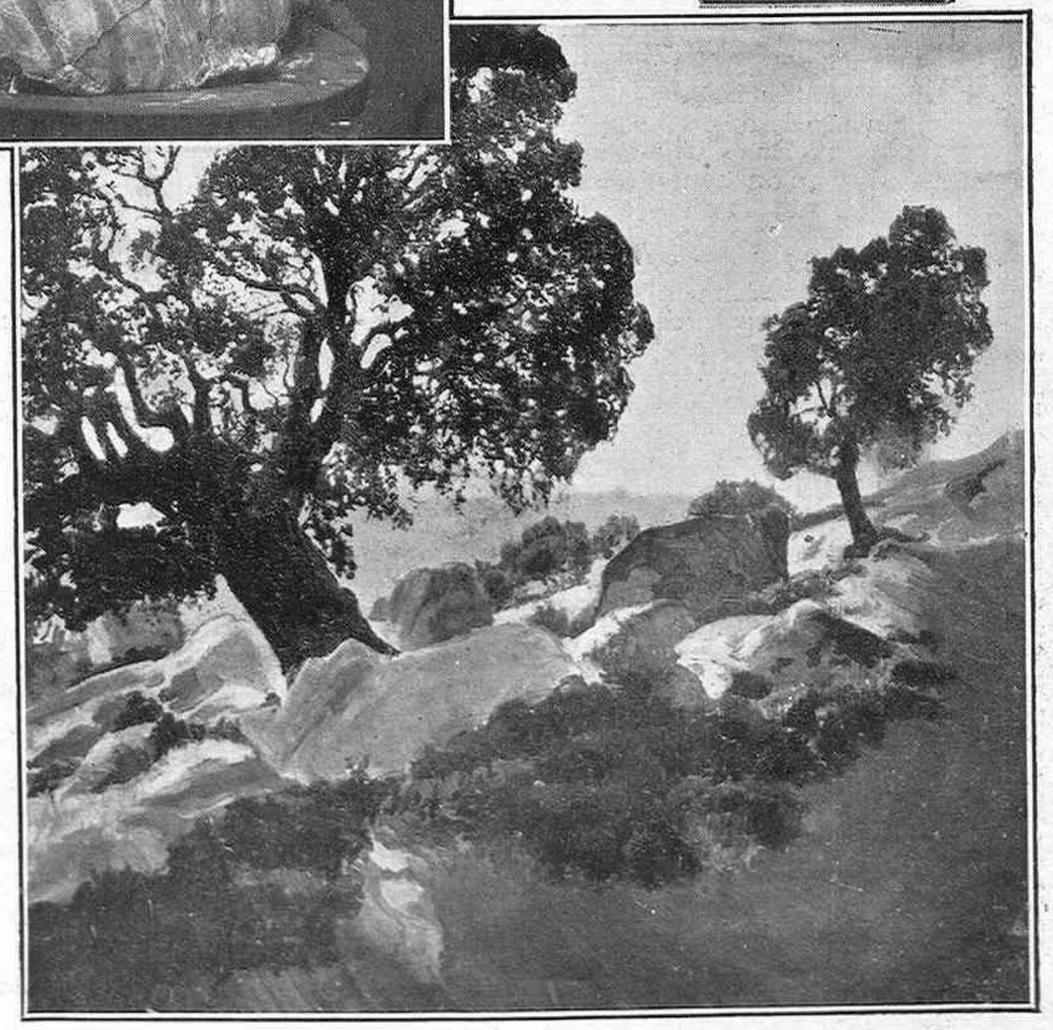


"El huerto del tío Ñoño", paisaje original de Jacinto Alcántara

"La perra del tío Señena", escultura de Antonio Bustillo

"La hija de la viuda", busto original de Aniceto García Villar

"Jarrón de loza española", original de Emilio Vadillo



"Prado cervuno", paisaje de Carlos Moreno

Hace un año, en el mismo local del Ministerio de Estado, pero ocupando totalmente los dos patios destinados á exhibiciones artísticas, presentó la Escuela de Cerámica un espléndido conjunto de los trabajos de sus alumnos, desde los más elementales y primarios hasta las obras ya concluídas, como jarrones, figuras y azulejos, donde se desarrollaban temas realistas y actuales de neto españolismo.

Después, á la Exposición de Ceramistas organizada por el Círculo de Bellas Artes en el mes de Noviembre, también concurrió la Escuela de Cerámica, dando su nota brava y personal.

No se limitan los alumnos de esta Escuela al aprendizaje de lo que tiene de oficio el arte cerámico; no se cohiben sus iniciativas espirituales y su concepto idiosincrásico con una enseñanza rutinaria y de espaldas á la vida, sin otra mirada que á la tradición de temas y procedimientos.

Alcántara, gran español—uno de esos españoles de antaño por su traza hidalga, que parece surgida de un retrato de Velázquez ó del *Greco,* por su espíritu tan sanamente viril, tan ampliamente liberal—, se obstina en esa labor patriótica más allá de los tópicos patrioteros.

De este modo, desdeñando las insidias, las interesadas observaciones, no siempre de buena fe, que suelen hacer los del criterio de en frente, el inspirador de la Escuela de Cerámica logrará crear un grupo de artistas definidos, conscientes y capacitados para imponer una evolución positiva á los demás. Y tendrá el orgullo de que esos artistas que sepan trabajar la tierra y la cambien en rutilantes expresiones de castellanía habrán salido de lo más humilde de la tierra castellana, é interpretarán los tipos, las costumbres, los temas decorativos esencialmente populares, con tanto más amor cuanto que ellos carne y alma de pueblo son, por fortuna.

Todos los años los alumnos de la Escuela, acompañados de sus profesores, realizan un cursillo veraniego en algún lugar característico y cuajado de tradición ó de fuerza emotiva. Así, en los años de 1917 y 1918 estuvieron, sucesivamente, en Arenas de San Pedro y en Córdoba. El año 1919, en Hoyo de Manzanares, y el año actual ya han emprendido su viaje á Soria.

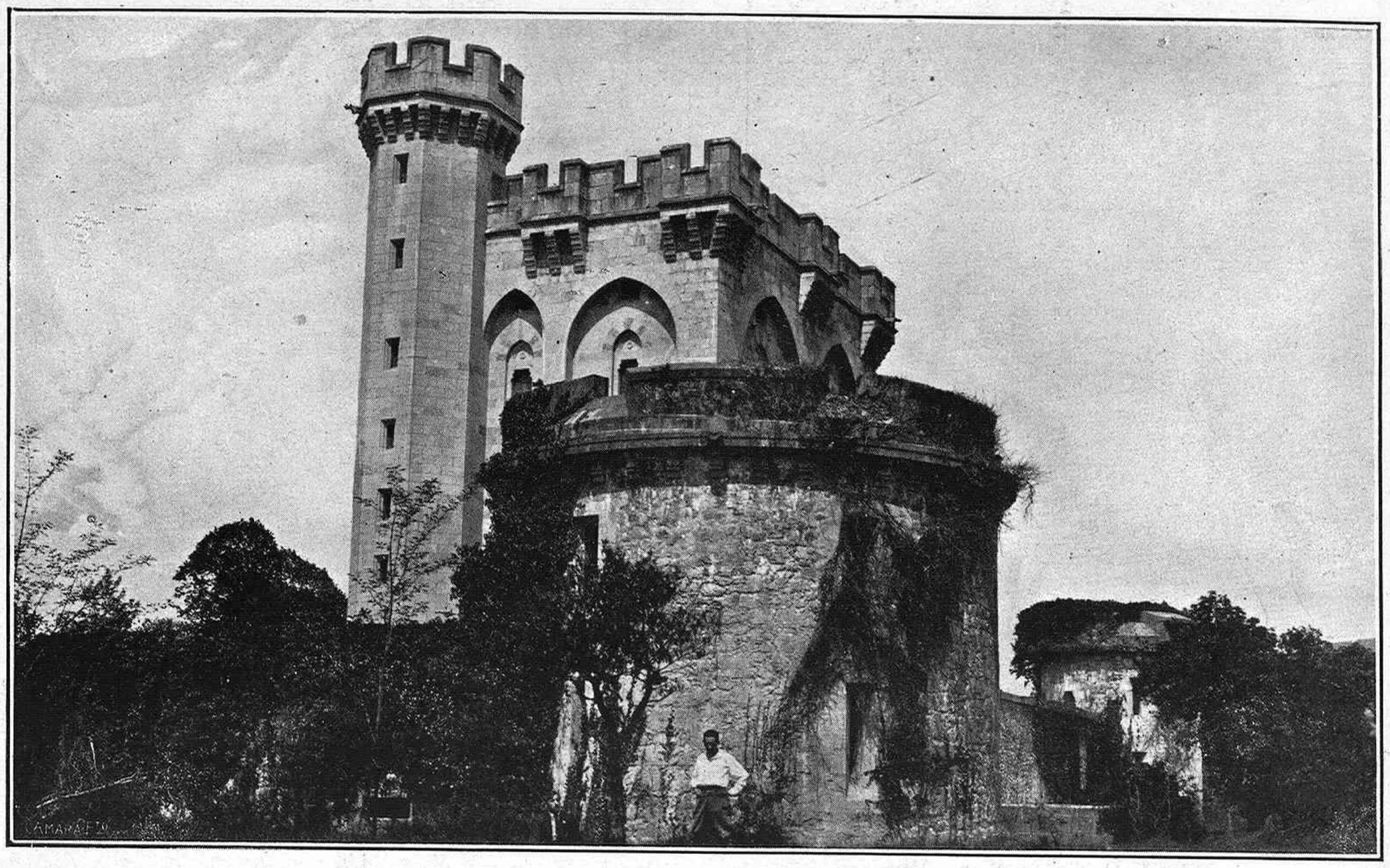
La Exposición celebrada recientemente en el Ministerio de Estado comprendía los trabajos del curso anterior. Reducida, por escrupulosa selección, nada había en ella que no debiera estar, y todos los envíos tenían su valor, desde los ingenuos, candorosos (y, sin embargo, dotados ya de cierta agudeza expresiva), de los alumnos de primer año, hasta el jarrón de loza española presentado por Vadillo, que es una pieza de verdadero mérito, y las esculturas de García Villar y Antonio Bustillo, reciamente modeladas.

Pero lo que sobremanera seducía en esta Exposición juvenil y apasionada eran las acuarelas reproduciendo tipos y paisajes de Hoyo de Manzanares. Tipos hoscos, tierras bravas, cielos limpios y un sabor acre, fuerte, de castellanía.

Al mismo tiempo que ceramistas, se van formando en esta benemérita Escuela unos paisajistas certeros y sensibles, unos costumbristas que ahincan la observación hasta lo hondo de los interiores aldeaniegos y lo profundo de las huraña psicologías campesinas. Así, este año encontramos, como en los anteriores, pero cada vez más seguros, más destacados con sus peculiares cualidades, á Jacinto Alcántara, á Carlos Moreno, á Joaquín Bustillo, á Enriqueta Guijo. Y volvemos á pensar melancólicamente en el malogrado Fernando Alcántara, que se fué de la vida y del arte demasiado pronto.

© Ministerio de Cultura 2006

EL CASTILLO DE LA EMPERATRIZ EUGENIA



Palacio de Arteaga (Vizcaya), conocido por el castillo de Napoleón. Fué restaurado en 1857 por su propietaria, D.ª Eugenia de Montijo
FOT. OJANGUREN

CERCA de Guernica, la pequeña villa vizcaína guardadora del famoso árbol que simbolizara las en algún tiempo sabias leyes forales, hay una aldeíta que se llama Gautéguiz de Arteaga, á orilla de la ría de Mundaca, cuya desembocadura en el mar no dista más de cuatro ó cinco kilómetros.

Campiña de suma belleza toda la del Señorío vizcaíno, lo es de mucho mayor encanto aún allí, en aquellas pintorescas cercanías de Guernica, donde las cumbres de las montañas parece que tienen más solemne majestad, los bosques más selvática grandeza, las heredades más jugoso verdor, el campo todo mayor variedad y riqueza de tonalidades.

Al correr de un pequeño tren que va desde Guernica hacia la costa, puede verse, á punto de pasar por Gautéguiz de Arteaga, á cierta distancia, un precioso castillo que, siendo nuevo, parece por su forma antiguo, asentado en un altozano, cerca de unas montañas que le sirven de fondo, y rodeado de unos jardines como de ensueño.

El castillo, esbelto y señoril, de estilo gótico; los jardines, trazados por aquel mago de la jardinería, el célebre artífice de los imperiales palacios de Napoleón III, Mr. Newman; las montañas, que parecen dulcificar su tono agreste, como si estuvieran convencidas de que la Naturaleza las ha puesto allí para complementar el paisaje más adecuado á tal mágico capricho; todo parece constituir un boceto de Wateau.

Aquel precioso monumento arquitectónico es el castillo-palacio de la Emperatriz Eugenia, una de las cosas más interesantes y dignas de verse del país vasco, que ha sido objeto de visita por parte de Reyes, Príncipes y próceres del pensamiento, del arte y la cultura universales; que ha sido visitado, contemplado y admirado por innumerables personas... menos por su dueña, que ha fallecido hace poco sin haber pisado jamás los umbrales de lo que con tanto entusiasmo hizo construir á los mejores artífices de la corte de Versalles y Fontenaibleau, durante la soberanía imperial de su esposo.

Ahora bien: ¿A qué se debe que en aquella apartada aldeíta vasca tuviese un magnífico palacio completamente vacío y deshabitado, como si fuera el castillo de un cuento de hadas, la seductora Emperatriz?

He aquí algo digno de referirse, ó, por lo menos, de mencionarlo, á guisa de capítulo más ó menos interesante de una vida conocida sólo por los fulgores de su brillantez imperial y la exteriorización de sus desdichas más visibles.

Y este curioso castillo-palacio de Arteaga es quizá una de las páginas de esa novela histórica que pudiera intitularse *La bella granadina Emperatriz de Francia*, ó mejor aún, sencillamente, *María Eugenia de Guzmán*.

Sabido es que el antiquísimo linaje de la ilustre dama está ennoblecido por héroes como el defensor de Tarifa, Guzmán *el Bueno;* por santos como Francisco de Sales y Domingo de Guzmán; por capitanes y virreyes como Alba y otros; por diplomáticos y aristócratas de prestigioso abolengo, que seguramente llenan la mitad de la Guía de la Nobleza española. ¿Cómo, pues, había de faltarle algún ilustre vizcaíno, de aquéllos que, por el mero hecho de haber nacido en el solar vasco, teníanse por dueños de la mejor ejecutoria, sobre todo si era avalorada por propias hazañas? Uno de éstos fué Fortún García de Arteaga, antecesor de la bella granadina Eugenia de Guzmán, célebre banderizo de la Edad Media, que tenía su casa fuerte en la llanura de Ozolomendi, al pie de la sierra de Bolluve, entre las Repúblicas de Nabarniz y Cortezubi, frente á la famosa peña de Amboto, ingente montaña de 2.358 metros de elevación sobre el nivel del mar.

Pues bien; en ese mismo sitio, sobre los cimientos de la derruída casa de Fortún García, hizo construir María Eugenia de Guzmán, ya Emperatriz de Francia, por los años comprendidos entre el 1857 y 1860 inclusives, el castillo-palacio de que se trata, con mármoles de cercanas canteras.

Excusamos describir detalladamente las particularidades arquitectónicas del hermoso edificio, en cuyo oratorio, en magnífica vidriería artística en colores, aparecen las imágenes de San Francisco de Sales y Santo Domingo de Guzmán, y en la orla del escudo que se ve en la puerta de entrada, las palabras: «Estas son las armas de la casa-solar y fuerte de Arteaga.»

Y también omitimos la descripción del extenso parque que lo circunda.

Y es el caso que mientras se construía esta joya, adonde su egregia propietaria había de ir á pasar los veranos desde el año 1861, comenzó á frecuentar un pueblecito de pescadores, que, á partir de entonces, experimentó los beneficios con que pudiera haberle favorecido un hada mágica y bienhechora, puesto que llegó á ser la principal playa elegante del mundo. Nos referimos á Biarritz, en donde nuestra compatriota erigió su Villa Eugenia, casi al borde del mar, y desde cuyo momento, poniéndose Biarritz de moda, llegó á ser lo que hoy es, y más aún, toda vez que por entonces no tenía rival. Y esto hace pensar en el poder de la encantadora Emperatriz, en el avasallamiento y la influencia que en el gran mundo de diversas naciones ejercía la bella hija de Granada, y también en lo que hubiese sido toda la comarca vizcaína que rodea á Gautéguiz de Arteaga, si, como tenía proyectado, hubiese ido á pasar los veranos al castillo-palacio de su linajudo solar, á pocos kilómetros de la playa de Lequeitio, en donde á la sazón solía ir á veranear también otra Soberana, nuestra Reina Doña Isabel II, de quien la madre de la Emperatriz había sido una de sus cortesanas.

Pero el Destino lo dispuso de otro modo. Pasaron los años, y el castillo de Arteaga continuó gallardo y gentil cual su dueña, pero solitario y misterioso, como ella habría de andar por el mundo después, peregrina del dolor. Allí, erguido en la llanura de Ozolomendi, al pie de la sierra de Bolluve, abriendo sus puertas de tarde en tarde, complaciente y majestuoso como un gran señor, á los visitantes que logran curiosearlo, permanece siempre igual, tal vez guardando sin rencor entre sus bóvedas y artesonados el hondo pesar de que su dueña no llegase á posar nunca su preciosa planta en él.

Y eso, ¿por qué fué así?, diréis. Un misterio más, seguramente, de la interesante novela histórica y sentimental que la compleja vida de María Eugenia de Guzmán, la bella granadina Emperatriz de Francia, pueda revelar algún día, si verídicamente se refiere.

ROBERTO DE GALAIN

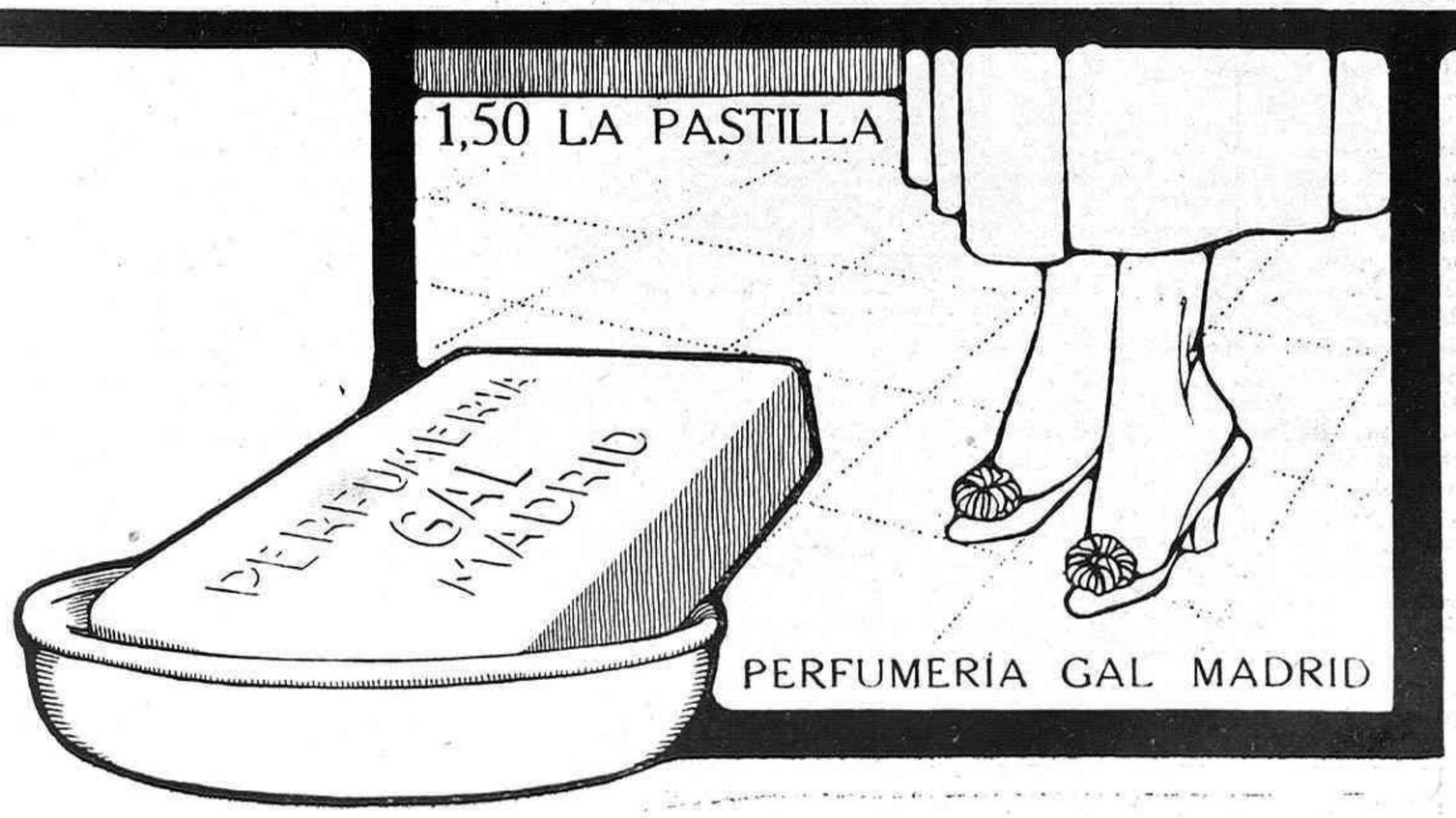
(c) Ministerio de Cultura 2006

Idea

PARECE USTED OTRA

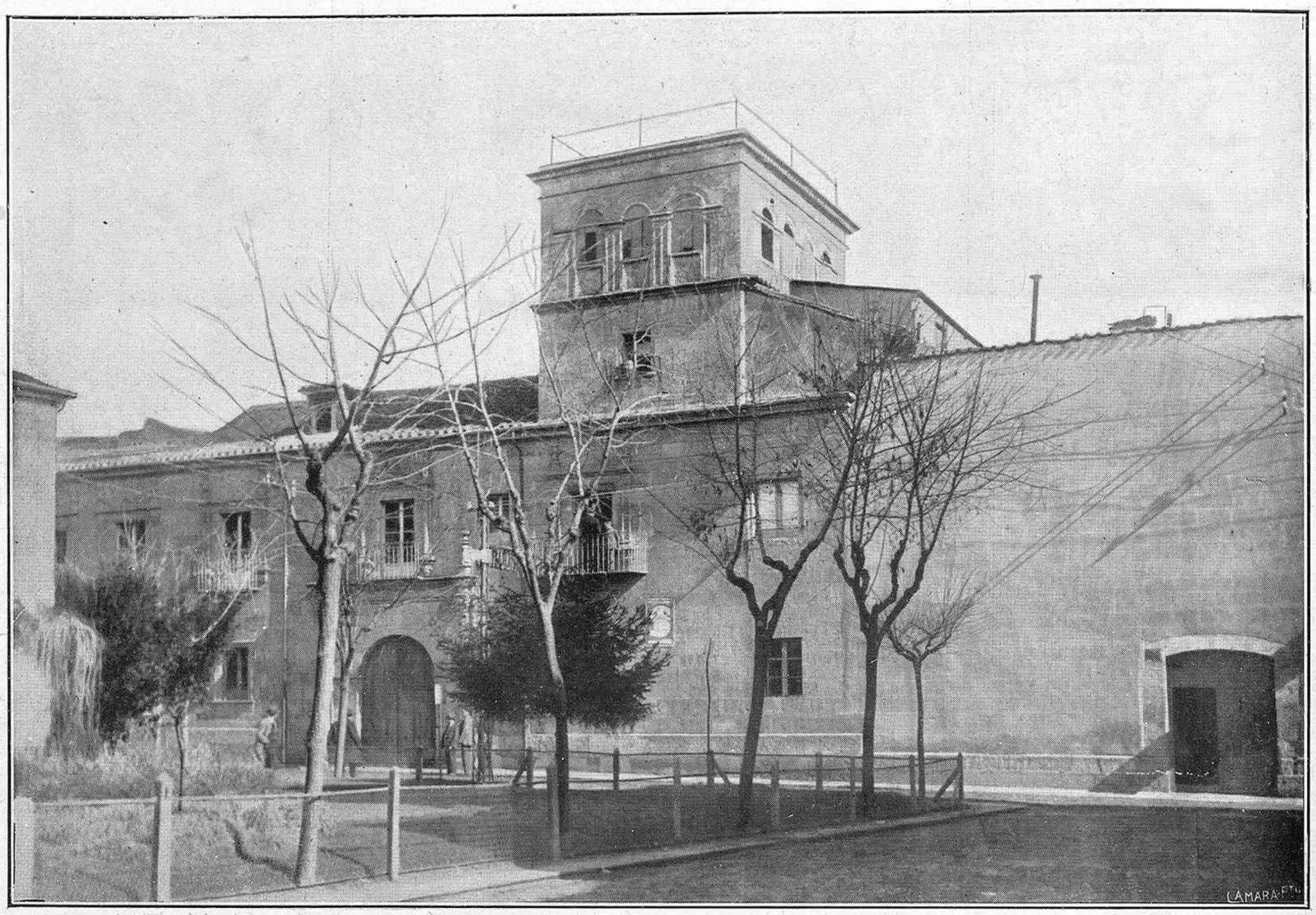
DESDE QUE SE LAVA CON JABÓN

HENO DE PRAVIA



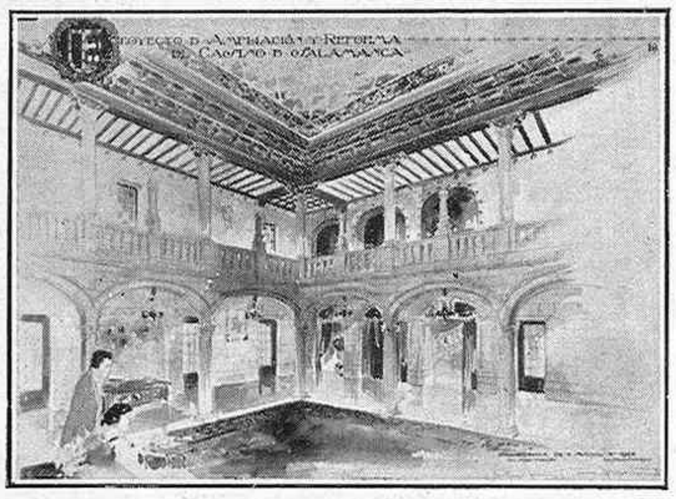
(c) Ministerio de Cultura 2006

POR LAS ESPAÑOLAS ARTES

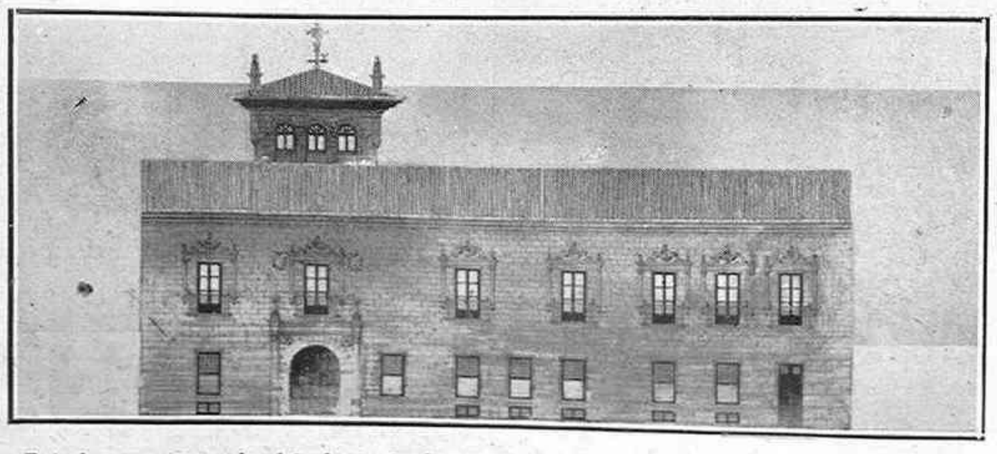


Estado actual de la fachada del Casino de Salamanca á la calle de Pérez Pujol

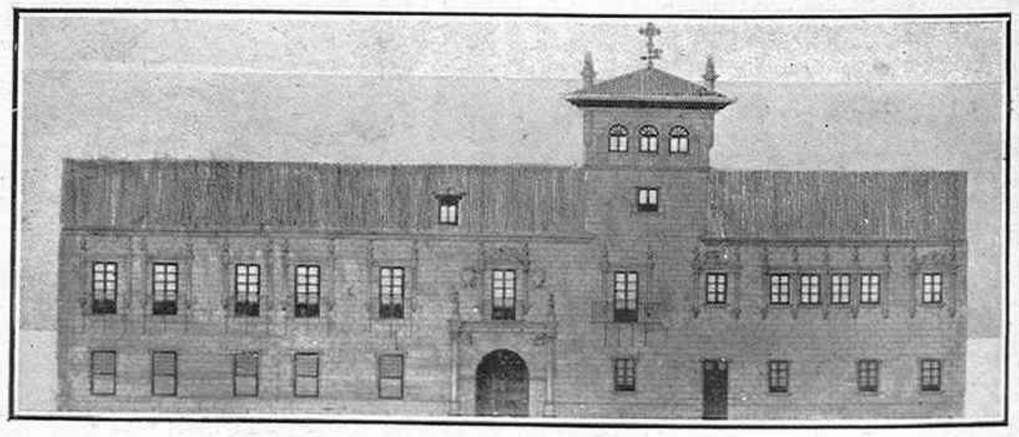
La Junta directiva del Casino de Salamanca, en su labor de restauración de la vieja casa señorial de su propiedad, acaba de otorgar el primer premio del concurso de proyectos al firmado por los señores D. Santiago Madrigal, arquitecto de Salamanca, y D. Luis de Lerchundi, decorador bilbaíno. El proyecto premiado es la obra del acertado consorcio de la técnica arquitectónica con el arte monumental. Trata con gran delicadeza y buen gusto la restauración de la casa solariega de los Maldonados de Amatos, hoy del Casino, según puede colegirse de las fotografías de ambas fachadas y de la del salón de fiestas. Era ya hora que en Salamanca, como en Toledo y como en todas nuestras viejas monumentales ciudades, se iniciara esta discreta orientación artística que conserve los tesoros de nuestro gran pasado, cuanto que se ha destruído por la piqueta municipal, con sus disparatadas y arbitrarias alineaciones y con su bárbaro desprecio á todo lo viejo. Felicitamos al Casino de Salamanca por su obra de restauración de la casa nobiliaria de los Maldonados de Amatos, que servirá de buenísima enseñanza para que de hoy en adelante se conserve con más cariño el estupendo museo del Renacimiento español que posee la monumental ciudad universitaria del Tormes.



Lo que será el "hall" del Casino de Salamanca, después de la reforma



Estado en que quedará la fachada á la calle de Pérez Pujol, después de la reforma



Estado en que quedará la fachada á la calle de Zamora, después de la reforma

(c) Ministerio de Cultura 2006